

Revista editorial de fantasía, terror y ciencia ficción

VALINOR

08 / NOVIEMBRE DE 2014



Noticias • Relatos • Entrevistas • Poesía • Ilustración

CADA DÍA 13 ENCUÉTRANOS EN WWW.EDITORIALVALINOR.COM

16+

Valinor. Revista Editorial.

Ilustración de portada: Nuria Balaguer.

Equipo de la Revista Valinor:

Jessica Tornos. Redacción, prensa.

Myriam Crespo. Redacción.

Violeta Moreno. Redacción.

Diego Bober. Dirección, redacción, ilustración, maquetación, diseño gráfico.

Contacto:

Correo de la revista: revista@editorialvalinor.com

Correo de la editorial: info@editorialvalinor.com

www.editorialvalinor.com



Revista Valinor by Editorial Valinor is licensed under a Creative Commons International License.

No se permite el uso comercial de la revista.

Queda prohibida la modificación de la revista y su contenido.

Todos los derechos de los textos e imágenes pertenecen a sus autores, en caso de ser citados deberá ser mencionada siempre su autoría.

VALINOR

Editorial

A estas alturas, todos nos hemos dado cuenta ya. Estamos asistiendo a un resurgimiento de nuestros géneros preferidos, para deleite de todos nosotros, fieles seguidores. El terror es el rey indiscutible en las series, el cine y los videojuegos: sagas como *REC*, *The Walking Dead* o *Silent Hill* se han puesto la corona de laurel más de una vez. La fantasía también está en un momento de auge gracias a Kvothe, *Canción de Hielo y Fuego*, las películas de Peter Jackson y otras hierbas, que brillan con luz propia en el campo de la fantasía histórica o los cuentos de hadas. La ciencia ficción intenta seguir la estela de sus compañeras, y se mantiene a la zaga gracias a *Doctor Who* y *El Juego de Ender*, por citar ejemplos diversos. Estamos de enhorabuena, y además vemos cómo poco a poco los aficionados a estos géneros crecen y crecen. ¿A qué se debe este florecimiento? Bueno, nosotros no lo sabemos, pero por ahí dicen que es normal, que en tiempos de crisis la gente busca la evasión. Hemos estado dándole vueltas a esta idea, sacándole punta y puliéndola un poco; es lo que tiene viajar en autobús por Madrid sin tener iPhone, que te da tiempo a darle vueltas a temas tan cruciales como este.

¿Qué es realmente la evasión?, nos preguntamos. Muchas veces se habla de "literatura de evasión" de forma despectiva, como si todos los libros que uno lee debieran ser profundos tratados filosóficos, densos ensayos o relatos realistas sobre la Guerra Civil y otros temas de actualidad (¡desactiven sus sarcasmómetros para que no se sobrecarguen!). Sin embargo, en épocas de mucha presión, de apatía intelectual y espiritual, de frustración social... todo el mundo necesita respirar. Tomar distancia. Volver la vista a paisajes menos viciados y dejar atrás las ideas viejas, las cenizas de

los fracasos y renovarse. Eso no se puede hacer sin evasión. La evasión no es, cuando se plantea así, una forma de escapar de la realidad para no enfrentarla. La evasión es entonces como el viaje iniciático del aventurero sobre caminos nuevos, a través del cual se produce en él una transformación. A través de esa distancia y esa experiencia ficticia que la evasión proporciona, la mente se renueva y se limpia de la amargura y se refuerza para enfrentarse con nuevos bríos a esa realidad de la que presuntamente ha escapado.

Dijo Goethe que en las cumbres se halla la paz. Para muchos de nosotros, esas cumbres están detrás de las tapas de un libro, dentro de una pantalla, sobre el escenario de un teatro, en el interior de un e-reader o en un DVD. Y en algunos momentos, sobre todo en épocas duras, si no fuera por esos momentos de escape, no podríamos encontrar la ilusión y las fuerzas para seguir adelante... ni tampoco las ideas y la esperanza para cambiar el mundo.

Y, digan lo que digan, seguiremos escapándonos... para luego volver, y ayudar a los demás a recordar el camino a Fantasía. Por cierto, felicidades, Michael Ende. Tú sí que sabías.

El equipo de Editorial Valinor

¿Quieres ser publicado en nuestra revista?

Envíanos tus relatos cortos, noticias, anuncios, artículos, poemas, microrrelatos, fotografías o ilustraciones a: revista@editorialvalinor.com

COLABORACIONES

Para este viaje hemos contado con la ayuda de:

Simón Bellido, corresponsal e investigador.

G. Escribano, escritor.

Nuria Balaguer, ilustradora.

Rodrigo S. Olivenza, escritor.

Daniel Flores Laino, escritor.

Miguel Huertas, escritor.

Richard Montenegro, escritor.

Chris Martin L., escritor.

Óscar Torres Gestoso, ilustrador.

Ángeles Mora, escritora.

José Manuel Mariscal, escritor.

Julieta Manterola, escritora.

Isabel Cisneros, escritora.

Géraldine de Janelle, escritora.

Boebaert, ilustrador.

Nathalia Tórtora, escritora.

GRACIAS A TODOS

V
a
l
i
n
o
r



SUMARIO



Noticias

Mercado Goblin. Reportaje de Simón Bellido.
PAG. 6



El Castillo de Cachtice

Juego de la Hermandad del Cisne.
PAG. 10



Artículo

La génesis del fantasma en la literatura occidental. Por G. Escribano PAG. 13



Garcán y la maldita sombra

Relato de fantasía épica por G. Escribano.
PAG. 18



Imaginarium

Nuria Balaguer, ilustración.
PAG. 24



Entrevista

Borja Antonio Martín Fernández.
PAG. 28



Mi camino solo es mío

Relato de terror por Rodrigo S. Olivenza.
PAG. 35



La playa cósmica

Relato de ciencia ficción por Daniel Flores Laino.
PAG. 42



El mundo que muere

Relato de fantasía épica por Miguel Huertas
PAG. 46



Fábulas

Tres fábulas por Richard Montenegro
PAG. 52



Licántropos en New York

Relato de terror por Chris Martin L.
PAG. 54



La Nada

Cuento gráfico de Óscar Torres Gestoso y Ángeles Mora.
PAG. 57



Carretera de Moebius

Relato de ciencia ficción
por José Manuel Mariscal. PAG. 60



Reciprocidad

Relato de terror por Julieta Manterola.
PAG. 63



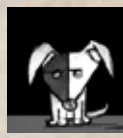
Eddan y Kiri. Danny

Serie de relatos de aventuras
por Isabel Cisneros. PAG. 65



Christall. El lago negro

Serie de relatos de terror y aventuras
por Géraldine de Janelle. PAG. 70



Otto

Tira cómica de Boebaert.
PAG. 73



Poemario

Amantes. Poema de Nathalia Tórtora.
PAG. 75

Noticias



Un reportaje de Simón Bellido, investigador y corresponsal en Barcelona.

Mercado Goblin

BARCELONA.

8 de noviembre de 2014,

Me encontraba yo en mi estudio, redactando el informe del caso "Hombre Lobo". Al final no resultó más que otro loco disfrazado con sed de sangre. Empezaba a desesperarme, el dinero para financiar mis investigaciones se acababa y seguía sin tener pruebas de la existencia del mundo sobrenatural.

De repente escuché un incesante pitido a mis espaldas; me giré y me acerqué al dispositivo que emitía el sonido. Era el detector de brechas en el espacio, se había encendido por sí solo y marcaba una ubicación cerca a donde yo me encontraba: Barcelona.

Cogí a toda prisa mi cámara de fotos y mi bloc de notas, las dos únicas armas que siempre llevo en todas mis expediciones; me enfundé en mi gabardina y me dirigí a toda prisa al lugar donde estaba teniendo lugar el evento.

A medida que me acercaba la señal del detector se hacía más y más fuerte. Aparqué el coche en la calle Espronceda, cerca de la Avenida

Meridiana de la ciudad condal y seguí el rastro hasta que la señal se tornó constante cuando llegué a la altura del número 326.

Apagué el detector y lo guardé. El ambiente en aquel punto de la ciudad lo encontraba enrarecido, me sentía como si estuviese dentro de un sueño, como si la realidad hubiese dejado lugar a un pedazo de algún reino onírico. Entonces empecé a ver criaturas que nunca hubiese imaginado ver. Las ninfas se adentraban, con unos gráciles brincos, hacia un local, escondido en un callejón. Yo las seguí y me fascinó lo que encontré.



Seres de fantasía empezaban a cruzar la brecha que se había formado entre ambos mundos. Vi a una jovencita mujer de carrillos inflados, morro alargado e incisivos afilados. Me recordaba claramente a un roedor; con sus gráciles

Noticias

y ágiles movimientos saludaba a los soñadores que se acercaban picados por la curiosidad y les invitaba a que pasasen. De repente, sin previo aviso, apareció ante mi una gran criatura, de aspecto terrible, vestido con una armadura y su piel parecía más rocosa que las mismas piedras. La ratoncita se le acercó y posó junto al orco a todos los que les pedían retratarles.



Yo, parado por la impactante presencia del guerrero, dudé si entrar o no, pero al final, reuniendo todo el valor que encontré dentro de mí, conseguí adentrarme por el local.

Las criaturas no habían venido solas. Con ellas habían traído parte de su reino, magníficas obras de artesanía forjada en sueños, efigies de seres sobrenaturales, espadas, gigantescas mazas, cascos y coronas de cuero, delicados colgantes forjados con metales inexistentes...

Me encontré con un sabio mago que tenía en la cara los rasgos de haber participado en más de una batalla; un hermosa ninfa, digna de poseer el título de Reina de las Hadas, mostraba una colección de varitas mágicas, de madera con elegantes decoraciones y aseguraba que podían dotarlas de magia y personalizarlas, según los sueños de cada persona.

Por otro lado encontré una cría de unicornio que miraba el lugar, fuegos fatuos que flotaban en el centro de tarros de mermelada, incluso habían conseguido encontrar fósiles de hadas



primigenias y esculpir la forma de las maquievélicas pixies avispa, junto con otros seres de curiosas formas y extraños hábitos, entre los que habían leprechaunts y adorables bebé de duende domésticos no más grande que el dedo pulgar de la mano de un humano adulto.

Por fin había conseguido las pruebas que necesitaba para seguir con mi estudio y que no cancelasen mi proyecto. Marché disimuladamente del lugar con la sensación de haber estado en otro mundo; en un lugar en el que los sueños son más reales que el propio mundo. Afortunadamente, aquel místico evento que rasgó la frontera con la fantasía, ya había ocurrido con anterioridad, y es posible que el próximo año, vuelva a suceder. Sea como sea, un servidor estará preparado, con su cámara y su bloc de notas.



Noticias

(Muchísimas gracias a la organización del evento y a los artesanos que participaron en él. Fuego Fatuo; www.fuegofatuo.es; El dodo albino, <http://eldodoalbino.blogspot.com/es/> ; Miss Niebel: www.missniebel.com; Prop Corn: www.propcorn.es; Cabaret de Medianoche: <https://www.facebook.com/CabaretdeMedianoche?fref=ts>; Arkham Comics: <http://rolloarkham.blogspot.com/es/> ; Verónica Casas: www.facebook.com/veronicacasasvk ; VASILISA'S DOLLS & DEODRA : <http://vasilisasdolls.com/> ; El Costurero Real: www.facebook.com/Costureroreal ; Factoría Googles: www.facebook.com/f.goggles; Erie Bernal: <http://eriebernalibretas.blogspot.com/es/> ; La tienda del dragón Dorado: <http://www.latiendadel-dragondorado.com/>)



Noticias



El castillo de Čachtice



Un juego interactivo del foro de Valinor para la Hermandad del Cisne

El relato que exponemos a continuación es la finalización de la aventura de misterio que hemos propuesto a nuestros amigos y miembros de la Hermandad del Cisne de la Editorial Valinor.

Reunidos todos los investigadores y habitantes de importancia del castillo en el gran salón, la condesa Bathory aguarda que alguien hable mientras bebe una copa de vino.

Por la ventana se aprecia la noche cerrada, la luna llena arroja su claridad a través de las finas y elegantes cortinas.

El investigador con bigote carraspea y se pone en pie diciendo saber quién es el asesino, pretende demostrar su culpabilidad.

—¿Qué indicios tenéis de ello, caballero? —pregunta, incrédula, la condesa.

—Solo uno, señora, pero creo que puede servir.

—Hablad pues, decidnos cual es esa conclusión y decidiremos después si creeros o no.

—Bien, señora, permitid entonces que desarrolle mi lógica.

—Proceded.

—Primeramente he de decir que bajé a las cocinas, como bien nos invitó a hacerlo el cocinero del castillo... —el investigador hace una pausa y ordena sus pensamientos—, y allí en la despensa encontré el cadáver de la criada desaparecida.

Los murmullos se elevan en la sala.

—Sin duda parece un razonamiento lógico —responde la condesa— y un indicio interesante.

—¿Indicio? Disculpadme, señora, encontrar el cadáver no es un indicio, sino una prueba.

—Probadlo pues, llevadnos al lugar.

Y así lo hacen, pero al llegar el cocinero no se encuentra en su lugar de trabajo. Y la puerta de la despensa se encuentra cerrada.

—¡Salid de ahí! —le insta el investigador del bigote—. ¡El juego ha terminado! ¡Responded a las acusaciones!

—Os aseguro que es mejor que no salga —aconseja el sacerdote, un hombre viejo y demacrado que había permanecido silencioso hasta el momento.

—¿Y por qué, si puede saberse? —pregunta el investigador.

Entonces, un terrible aullido emerge de la despensa.

—Por eso.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta imperativa la condesa.

—El cocinero no mentía cuando aseguró que los lobos habrían dado caza a la joven cuando escapó —comprende el investigador.

—¿Un hombre lobo en mis cocinas? —pregunta con asombrosa calma la condesa. En cambio, los investigadores dieron un paso atrás.

—¿Es peligroso? —pregunta una señora.

—Obviamente —responde la condesa y mira de nuevo al sacerdote.

—Tranquilizaos, está encadenado —dice este.

—¿Y por qué lo sabéis vos?

—Yo mismo le he encadenado.

—¿Y por qué no habéis avisado de que mi cocinero es un licántropo?

—Secreto de confesión, mi señora.

La condesa alza la ceja y suspira.

—Bien —dice el investigador del bigote—. Caso resuelto, quiero mi recompensa.

—¡No me pueden acusar de nada! —dice la voz del cocinero.

—¡Pardiez! —se sobresalta el investigador— ¿Puede hablar?

—Claro que puedo ¿es lo que más te extraña de que sea un hombre lobo?

—No, claro, bueno, ¡claro que se os puede acusar, maldita sea! ¡Tenéis el cadáver en vuestra cocina! ¿negáis haberla matado?

—No.

—¿Qué locura es esta? —el investigador mira a la condesa y esta ladea la cabeza.

—¿Qué os sucede? —le pregunta.

—¿Cómo que qué me sucede? ¡Está confesando que la ha matado, tiene el cadáver a su lado... y dice que no podemos acusarle de nada!

—Y así es, caballero. ¿De qué le puede acusar?

—¡De matarla!

La condesa suspira, desganada.

—Señor mío —dice con paciencia—, no estamos buscando al asesino de las chicas. Ellas, de todas formas, van a morir —mira a las doncellas—. Lo siento chicas, es así —vuelve a mirar al investigador—. Lo que quiero es la sangre, ¿es que no me escuchasteis cuando os expliqué la cuestión? ¿Dónde está su sangre?

Una investigadora se une a la conversación, es una joven de buenos modales y rostro afable e inteligente.

—Él podrá aclararlo —señala al sacerdote.

—¿Perdón? —dice él.

—He sabido que apenas salís de vuestra torre, y cuando lo hacéis es siempre de noche. Nadie os ve comer jamás, pues os llevan la comida a vuestros aposentos, además, no solo vuestra apariencia insalubre os delata, sino que debéis ser el único sacerdote de la iglesia que no porta crucifijo.

—¿Algo más? —pregunta el cura.

—Sí, que el propio cocinero os ha acusado cuando yo misma he hablado con él. Es el único que sabe que jamás habéis comido uno de sus platos.

El sacerdote mira con furia al lobo a través de la rejilla de la puerta.

—¡Traidor! —le espeta.

—¿Por qué no lo habéis dicho antes, señora? —pregunta consternada la condesa.

—Porque no era verdad, me lo he inventado todo —dice la investigadora sonriente—. Pero mira tú por dónde, ha confesado. El lobo no ha dicho nada, condesa, bastante tiene con lo suyo y su negocio era redondo. ¿No es verdad, sacerdote? Sospeché de vos desde un principio. Y que fueseis la última persona con la que habló la pobre criada me hizo tirar del hilo.

—¿Qué tiene que decir a eso, padre? —le pregunta la condesa.

—Pues que yo hablé con ella, sí, y de hecho le animé a escapar de aquí.

—¿Por qué razón hizo eso? —pregunta ahora la investigadora.

—¿Quizá porque aquí las están matando? —ironiza el sacerdote.

—No os hagáis el gracioso —advierte la condesa.

—Usted las empujaba a escapar sabiendo que el cocinero no tendría problema en cazarlas, pues previamente las engordaba a conciencia —acusaba la investigadora—. Una vez en las cocinas las desangraba como presas de caza, os daba vuestro botín y él se quedaba con la carne.

—¿Sois el vampiro, padre? —pregunta directamente la condesa—. Jamás os vi los colmillos.

El cura mira a los presentes y se encoge de hombros.

—¿Pensáis que si los tuviera me iba a complicar tanto para alimentarme? Estoy mayor.

Fin

¡La aventura ha concluído! ¡Gracias a todos los participantes! ¡Esperamos veros por aquí en próximas andanzas!

30

primer
**Concurso de
RELATOS**
navideños



40

Primer
**Concurso de
RELATOS**
navideños

BASES

- Podrán participar **exclusivamente** los miembros de la **Hermandad del Cisne**. (Para más información ver nuestro foro - www.editorialvalinor.com/forum).
- Cada participante podrá enviar todos los relatos que quiera, siempre que estos sean originales e inéditos.
- La extensión de los relatos será de un mínimo de 5 páginas de Word, en tamaño A4, tipo de letra Times New Roman 12 puntos, y sin límite máximo de extensión.
- Los relatos deben pertenecer a cualquiera de los tres géneros principales tratados en Valinor (Fantasía, Terror o Ciencia Ficción) y tener **algún componente navideño**.
- La fecha límite de entrega será el día 30 de noviembre de 2014.
- Los relatos deben ser enviados a revista@editorialvalinor.com, indicando en el asunto «relato para concurso navideño», e incluyendo en el mensaje el nombre de miembro de la hermandad que lo remite.
- El jurado estará conformado por los miembros del equipo de la Editorial, e informarán del ganador el día 10 de diciembre a través de nuestras redes, la web, el propio foro y por correo a todos los miembros de la hermandad.

PREMIO

- El único ganador obtendrá un lote navideño compuesto por nuestros cuatro primeros lanzamientos en ebook, así como también el pdf de su propio relato maquetado e ilustrado por nuestro equipo profesional, con la cesión al ganador de todos los derechos del trabajo.

Para más información escribenos a revista@editorialvalinor.com

www.editorialvalinor.com



La génesis del fantasma en la literatura occidental

Un artículo de G. Escribano

Las historias de fantasmas han sido, desde tiempos ignotos, una deseada experiencia para afrontar la posibilidad existencial más extraordinaria: el contacto entre el mundo de los vivos y el mundo de los muertos, suponiendo que sean dos universos paralelos y no el mismo. Esta escalofriante yuxtaposición de planos, hecho trascendente para la comprensión de la vida y la muerte, goza de una sanísima popularidad en la ficción occidental. Cine, televisión, literatura y videojuegos se alimentan de las historias de espectros con un terrorífico apetito.

El género del cuento de fantasmas eclosionó en tiempos del Romanticismo, aunque arrastraba viejas cadenas. Los románticos, en rebeldía contra los padres del Siglo de las Luces, alzaron los puños contra la razón, la lógica y las explicaciones sencillas acerca del ser y el no ser. En un arrebatado artístico sin precedentes, abrazaron la irracionalidad y la oscuridad, generando un amplio catálogo de creaciones acerca de lo misterioso, lo imposible, lo terrible y lo inexplicable.

La superposición de universos (este y aquel; el nuestro y el de los otros; el natural y el sobrenatural) es un acontecimiento habitual en la literatura desde que ésta existe, así como un elemento omnipresente en el vasto y riquísimo folclore mediterráneo y continental. Fuente de la que bebieron los dionisiacos románticos, muy descontentos con sus apolíneos padres de las Luces, preñados de rigideces estéticas. En este desván de locura y tinieblas apareció la primera obra de fantasmas que es, según la tradición, *The Castle of Otranto* (1764) de Horace Walpole.

En efecto, coincidimos con Martínez de Mingo y Jack Sullivan en la cronología, características y generalidades acerca de la aparición de

la *ghost story*, así como el posterior catálogo de obras esenciales del género de lo sobrenatural espectral. Sin embargo, aquí defendemos una tesis particular sobre la génesis del personaje fantasma en la literatura occidental.

El fantasma, sombra o aparecido (que utilizaremos como sinónimos aunque puedan no serlo) está presente en el amplio abanico del folclore europeo, tal y como argumentaron los autores románticos en su tiempo. Sin embargo, los cuentos, tradiciones y leyendas populares no fueron las únicas fuentes utilizadas para conformar el carácter del espectro como hoy lo conocemos. Los románticos, arrebatados por la mística y la imaginación, creyeron estar creando una genialidad de la nada. Pues bien, demostraremos lo contrario.

Los fantasmas están presentes en la tradición literaria occidental desde siempre. El advenimiento de entidades muertas en el plano de los vivos, el contacto entre ambos universos que tienden a ser uno, aparece en varias obras clave de la tradición que han sido ampliamente leídas y comentadas a lo largo de los siglos. Aquí mostraremos un breve catálogo de autores clave: el yavista, Homero, Virgilio, Apuleyo y, tras un salto temporal que obvia el folclore medieval, invitaremos a las tablas al inolvidable Shakespeare, con clara influencia en el imaginario romántico. Centraremos nuestro ensayo en la presencia de seres muertos en el universo de los vivos.

Descartando *El poema de Gilgamesh*, de escasa difusión aunque notable influencia sobre la literatura bíblica, hallamos al primer fantasma ampliamente conocido en los escritos del yavista. Es Saúl, en *Samuel* 28:7-19, el primer personaje literario que quiere entrar en contacto con un

espectro. «Quiero que evoques a un espíritu. Haz que se me aparezca el que yo te diga... Evócame a Samuel», pide Saúl a una adivina. Y es el aparecido Samuel, de esta manera, el primer fantasma de la tradición literaria.

«Veo un espíritu que sube de la tierra... El de un anciano, que sube envuelto en un manto», cuenta la adivina bíblica, considerada como una hechicera diabólica por ser capaz de poner en contacto la esfera de los muertos con la de los vivos. «¿Por qué me has inquietado haciéndome venir?», pregunta molesto el fantasma. Saúl dice: «estoy muy angustiado. Los filisteos me están atacando, y Dios me ha abandonado. Ya no me responde, ni en sueños ni por medio de profetas. Por eso decidí llamarte, para que me digas lo que debo hacer». La contestación de Samuel es, obviamente, una violenta diatriba divina.

Comprobamos que el primer espectro de la literatura occidental cumple con el papel de consejero, como ocurrirá con otros aparecidos posteriores que han sido invitados a cruzar la frontera. Su aspecto fantasmagórico es de lo más normal y no existe ningún tipo de sensación terrorífica durante el encuentro, que se produce dentro de la más absoluta naturalidad. Saúl invoca a un espectro a través de una adivina y tiene una charla con él.

Dos o tres centurias más tarde, hacia el siglo VIII a. C. y no demasiado lejos de la costa filisteá donde circulaba el *Libro de Samuel*, el griego universal Homero puso sobre el papel una larga tradición oral, y nos regaló el primer gran espectro de la literatura: Patroclo el atormentado. En el homérico mundo de la *Iliada*, donde mortales e inmortales cruzan sus destinos, los héroes tienen contacto directo con los dioses y la profanación de un cadáver, el de Héctor, es la mayor aberración jamás cometida por Aquiles, los muertos entran en plano de los vivos con total tranquilidad. Aquí, al contrario que para los hebreos, no es necesaria la figura de un mediador hechicero para tratar con los espíritus.

En el Canto XXIII, el más sublime de todo el poema, encontramos al colérico Aquiles lloran-

do la muerte de su amigo y amante Patroclo (vv. 54 y ss.): «Quedóse el hijo de Peleo con muchos mirmidones, dando profundos suspiros, a orillas del estruendoso mar, en un lugar limpio donde las olas bañaban la playa; pero no tardó en vencerle el sueño, que disipa los cuidados del ánimo, esparciéndose suave en torno suyo». Y es justo en ese momento de sueño cuando se produce una doble yuxtaposición: por un lado, el universo consciente y el mágico espacio onírico; por otro lado, el mundo de los vivos y el mundo de los muertos. Este binomio de binomios se convertirá en una constante literaria muy explotada por los autores románticos y sus epígonos modernos.

Aquí tenemos al recién aparecido Patroclo (vv. 69 y ss.): «¿Duermes, Aquiles y me tienes olvidado? Te cuidabas de mí mientras vivía, y ahora que he muerto me abandonas. Entiérrame cuanto antes, para que pueda pasar las puertas del Hades; pues las almas, que son imágenes de los difuntos, me rechazan y no me permiten que atraviese el río y me junte con ellas; y de este modo voy errante por los alrededores del palacio, de anchas puertas, de Hades».

Patroclo, el primer espectro atormentado de la tradición, suplica a Aquiles que ambos sean enterrados juntos y así queden inseparables hasta la eternidad, después de profetizarle su inminente defunción en el campo de batalla. Profecía y primera e intensa historia de amor entre un vivo y un muerto, subgénero que entusiasmó a los exaltados autores románticos del siglo XIX y que sigue enardeciendo los corazones en romances cinematográficos tan populares como *Ghost* (1990).

Encontramos, además, en el texto homérico, la primera referencia a la incorporeidad de los espectros y aparecidos a pesar de su semejanza con los vivos, aspecto que también fascinará a buena parte de la tradición literaria (vv. 99 y ss.): «En diciendo esto, [Aquiles] le tendió los brazos, pero no consiguió asirlo: disipóse el alma cual si fuese humo y penetró en la tierra dando chillidos. Aquiles se levantó atónito, dio una palmada y exclamó con voz lúgubre: ¡Oh dioses! Cierto es que en la morada de Hades

queda el alma y la imagen de los que mueren, pero la fuerza vital desaparece por completo. Toda la noche ha estado cerca de mí el alma del mísero Patroclo, derramando lágrimas y despidiendo suspiros, para encargarme lo que debo hacer; y era muy semejante a él cuando vivía». Mucho antes de Platón, los griegos ya creían que el alma era el principio que animaba el cuerpo de los vivos, pero lo importante es que Homero, junto con el yavista del Libro de Samuel, inauguran la tradición de identificar a la entidad aparecida en el mundo de los vivos con el alma de un difunto. Esto es, un fantasma no es otra cosa que el espíritu de un muerto. Ya tenemos delimitado al personaje y un universo semántico: alma, muerte, vida, lágrimas, suspiros.

También en la *Odisea* aparecen notables fantasmas, pero esta vez durante el viaje de un vivo, Ulises, al mundo de los muertos. Baste invitar al lector a visitar el Canto XI y conocer a Tiresias, dotado con la facultad de conservar el espíritu después de muerto.

Durante el cambio de era, el romanísimo Publio Virgilio, voraz lector de Homero, dejó constancia de otros famosos espectros en su inolvidable *Eneida*, obra que encadena con los sucesos del ciclo troyano. En esta ocasión y, del mismo modo que el heroico Aquiles, Eneas recibe una visita del universo de ultratumba durante un sueño. En el Libro II, mientras Ulises y sus esbirros salen de las entrañas del caballo de madera que será el fin de Troya, Eneas duerme plácidamente... Hasta que se le aparece el fantasma de Héctor, el héroe troyano que Aquiles había matado y deshonrado.

Así lo pone Virgilio en labios de Eneas: «En sueños, atiende, se me apareció tristísimo Héctor ante mis ojos, derramando un llanto sin fin, como cuando fue arrebatado por las bigas y negro del polvo cruento y atravesados por una correa sus pies tumefactos. ¡Ay de mí y cómo estaba! ¡Qué distinto del Héctor aquel que volvió revestido de los despojos de Aquiles o que lanzaba los fuegos frigios a las naves de los dánaos! En desorden la barba y el cabello encostrado de sangre... y aquellas heridas, que muchas recibió rodeando de la patria los muros». El fantasmal

Héctor de Virgilio, frente a los espectros anteriores, es el primer ente aterrador de la tradición y el que inaugurará el aspecto horroroso del género, frente a la pasmosa normalidad del encuentro entre Aquiles y el alma de su amante muerto.

El Patroclo aparecido era similar al divino Patroclo por el que Aquiles suspiraba, dos entidades de igual aspecto pese a tener diferente estado, uno vivo y el otro muerto. Héctor, sin embargo, es una criatura tumefacta, afectada por las horrendas consecuencias de la guerra, que conserva la apariencia que tenía al morir. Nada queda del bello y heroico defensor de Troya.

Tanto Héctor como Patroclo no son invocados, sino que cruzan la frontera por decisión propia. ¿Qué intenciones alberga la aparición de Héctor? Trascendentales para el devenir del resto de la narración. Nos lo cuenta Eneas: «Nada repuso él a mis vanas preguntas, nada repuso pero sacando un grave gemido de lo hondo del pecho, dijo "Ay, ¡huye, hijo de la diosa!, líbrate de estas llamas. Está el enemigo en los muros; Troya se derrumba desde lo más alto. Bastante hemos dado a la patria y a Príamo [...] Troya te encomienda sus objetos sagrados y sus Penates. Tómalos; compañeros de tu suerte, surca el mar y levanta para ellos unas dignas murallas». La intervención del espectro en el universo de los vivos tiene una función en la estructura de la narración: es de naturaleza profética como en la *Iliada*. También contiene una orden que Eneas no cumple al momento, la de abandonar Troya cuanto antes.

Es la aparición de otro fantasma, también terrorífico, el desencadenante de la definitiva marcha del héroe fundador de Roma. Hacia el final del Libro II, Creúsa, la masacrada esposa que Eneas ha buscado entre las ruinas de Troya, aparece con pasmosa naturalidad en el plano de realidad mortal, sin la necesidad de la conjunción de planos psicológicos y emocionales del sueño. Dice Eneas: «Buscando y corriendo sin parar entre los edificios, se presentó ante mis ojos la sombra de la misma Creúsa, su figura infeliz, una imagen mayor que la que tenía. Me quedé parado, se erizó mi cabello y la voz se

clavó en mi garganta. Entonces habló así y con estas palabras me liberó de cuidado: ¿Por qué te empeñas en entregarte a un dolor insano, oh dulce esposo mío? [...] Te espera un largo exilio y arar la vasta llanura del mar, y llegarás a la tierra de Hesperia donde el lidio Tíber fluye con suave corriente entre los fértiles campos de los hombres». Permanece, como en la aparición de Héctor, el miedo del vivo frente al muerto, que es una horrible entidad desfigurada, tópico que se asentará en los posteriores relatos de terror.

Sin embargo, más allá del aspecto descriptivo, la presencia de los muertos en el mundo de los vivos es capital para el desarrollo de la narración y la lógica de la historia de Eneas. Expresado de un modo prosaico, el héroe troyano nunca habría fundado la Ciudad Eterna sin la mediación de un par de fantasmas que le indican lo que debe hacer.

El florentino Dante, no muy lejos de la Roma de Virgilio y Eneas, en el momento de la luxación que separa la edad heroica de la edad aristocrática, redactó la terroríficamente sublime *Divina Comedia*. Este inolvidable poema, del que tanto se ha comentado y comentará, tiene también una lectura como historia de fantasmas, solo que inversa al estilo de Ulises. En esta ocasión es el héroe vivo el que hace su aparición en un vasto universo de muertos encintado por el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso. No analizaremos el caso, porque se aleja de nuestros intereses argumentativos, pero baste citar al florentino como fuente inagotable para cualquier relato de terror del subgénero demoníaco.

El último gran exponente literario previo al Romanticismo es William Shakespeare. El genio del teatro isabelino nos legó uno de los fantasmas más populares y configuradores del imaginario espectral. Parece casi seguro que el dramaturgo británico leyó a Homero a través de la traducción de su lírico rival George Chapman, pero su gran fantasma, el asesinado padre del melancólico príncipe Hamlet, es creación de una avasalladora creatividad que bebió de las gestas danesas y alguna fuente clásica. Se han vertido ríos de tinta acerca de la Sombra de

Hamlet, incluidas las más freudianas interpretaciones.

El propio término para referirse al espectro, Sombra, es ya un préstamo de la virgiliana sombra de Creúsa, conocida la afición del inglés por los autores latinos. Además, el rey aparecido no es invocado, no se asoma al mundo de los vivos por amor y tampoco es un atormentado o un sabio. La Sombra del padre de Hamlet busca desesperadamente una sangrienta venganza contra el hombre que le asesinó, su hermano, el disoluto tío de Hamlet. Suponemos, por lo tanto, que el autor inglés leyó *El asno de Oro* de Apuleyo, novela clásica donde aparece el primer fantasma con ansias de venganza que tanto juego posterior dará, exactamente en el capítulo primero del Octavo Libro.

Entremos en situación. Carites llora ante la tumba de su marido recién enterrado mientras Trasilo, amigo del difunto, le pide matrimonio con locura. Ella rechaza la propuesta y «esa misma noche le apareció el ánima del mezquino de su marido, que era muerto, la cual, alzando la cara ensangrentada, amarilla y muy disforme, quebrantó el casto sueño de su mujer». Y el ánima del esposo muerto dijo a Carites: «yo te doy licencia para que te cases en buena hora con quien quisieres, con tal condición que jamás vengas a poder del traidor sacrílego de Trasilo, ni hables con él, ni te sientes a la mesa, ni duermas en cama con él; huye de su mano sangrienta que me mató. No quieras comenzar bodas con quien mató a tu marido». Tenemos un espectro que rompe el ciclo onírico, al contrario que aquellos que aparecen durante el sueño como Patroclo o los que se presentan en cualquier situación. Un ser que quiere vengarse de Trasilo y frustrar la deseada boda con Carites.

Volviendo a Hamlet, el fantasma está bien presente desde el principio de la tragedia y con un importante papel en la trama. Ya en la escena primera del Acto I entra en escena el espectro, sin hablar pero provocando varias reacciones. Dice Bernardo: «¡Es la misma figura, semejante al rey difunto!», y así corroboramos una constante literaria de similitud entre el aspecto de un vivo y un muerto inaugurada por Homero.

Encontramos más características de la naturaleza del fantasma que han llegado hasta el imaginario de hoy, ésta vez en boca del personaje Horacio: ¡Detente, fantasma! ¡Si puedes emitir sonidos o usar de la voz, háblame! ¡Si hay alguna buena obra por hacer, que te reporte a ti un alivio y a mi una gracia divina, háblame! [...] O si en vida depositaste en las entrañas de la tierra tesoros mal adquiridos, por cuya causa, según se dice, vosotros, los espíritus, con frecuencia vagáis errantes después de la muerte, dímelo!». Añadimos conceptos y palabras al rico lenguaje que explotarán los románticos, aunque cabe recordar que Patroclo también vagaba con desesperación por un palacio, el de Hades.

En la escena cuarta de *Hamlet*, Sombra aparece de nuevo, y esta vez se dirige al príncipe mediante gestos, rompiendo la frontera comunicativa entre vivos y muertos que hasta entonces permanecía inalterada en el contexto de la tragedia pero sin palabras, algo aterrador en el teatro. Pero es en la escena quinta donde, por fin, la Sombra revela su naturaleza al emitir parlamento: «Escúchame [...] ¡No me compadezcas! Presta sólo atención a lo que voy a revelarte. [...] Yo soy el alma de tu padre, condenada por cierto tiempo a andar errante de noche y alimentar el fuego durante el día, hasta que estén extinguidos y purgados los torpes crímenes que en vida cometí [...] ¡Véngale de su infame y monstruoso asesinato! [...] Pero sabe tú, noble joven, que la serpiente que quitó a tu padre la vida ciñe hoy su corona». De este modo, el personaje fantasma, la Sombra, prosigue narrando la historia de su asesinato hasta que rompe el alba y desaparece.

Encontramos en el espectro de Shakespeare algunas diferencias con el Patroclo de la Antigüedad. El espectro homérico es rechazado por las ánimas del Hades y por esa razón acude a su amado Aquiles, para que le entierre y pueda obtener la aceptación social en su universo de muertos. No es un ánima, sino un paso intermedio, flotando con profunda tristeza en la indeterminación. La Sombra de Shakespeare ya es cristiana, un alma que deambula por los derroteros del plano de los vivos. Además, el genio inglés logra una asociación que será hábilmente

replicada en la tradición posterior, la identificación entre oscuridad, noche y tinieblas, y la aparición del fantasma.

En conclusión, y tras revisar a cinco grandes hitos de la historia de la literatura occidental, podemos comprobar que, aunque el género de *ghost story* es uno de los muchos frutos de la revolución romántica y sus hinchazones góticas, no es para nada una innovación trascendental. La mayoría de los elementos del imaginario fantasmal, de ese cruce de realidades entre vivos y muertos, de la inquietante pero atractiva posibilidad de que ambos universos sean solo uno, ya están presentes en el acervo literario anterior.

Si te ha gustado el artículo puedes seguir a G. Escribano en su ["glob"](#).



Garcan y la maldita sombra

Un relato de fantasía épica de G. Escribano

Nota del transcriptor: como en muchas leyendas de Elisia, no conocemos al autor de esta narración. Es muy probable que en la formación del relato hayan participado tantos individuos como voces lo han recitado desde la Edad Arcaica, que es cuando pudo haberse compuesto. Este texto ha sido reinterpretado en muchas narraciones posteriores, algunas realmente sublimes y otras repugnantes.

Fdo: K. Grafos.

«Entonces, invocó al espíritu de su madre para pedir perdón por haberle robado unos bollos de miel la tarde de invierno en que ella murió. Uno nunca sabe hasta dónde puede llegar la amargura de la culpa». Oído en una procesión fúnebre garcetana.

Aquella tarde, Garcan se hallaría tan confundido como para pensar que estaba, a la vez, vivo y muerto. Semejante enajenación mental era habitual en él, aunque en aquel particular momento existía una diferencia con otras ocasiones, una diferencia un poco más dramática. El escenario.

Aquella tarde, Garcan trataría de sobrevivir a una sanguinolenta y desesperada batalla, como todas las batallas de las que merece la pena hablar. Tripas, sangre, sudor, llantos y todo eso. Pero todavía no había llegado aquella tarde. Aún era mediodía y Garcan estaba cagado de miedo en lo alto del Paso de la Angostura, en la vertiente meridional de las Montañas de la Vida, la cadena que enlazaba con la Cumbre del Mundo y los hogares de los dioses terrenales.

—Deberíamos largarnos a uña de caballo— propuso Auledo, siempre pragmático.

—O cagando leches. Y escondernos en la espesura— añadió Dagonte mientras se limpiaba la oreja con el dedo meñique.

—Callaos un año— atajó Garcan apoyando la mano en el pomo de su falcata.

El enorme y rocoso cerritano, similar a la peña en que estaba emboscado, frunció el ceño y se hundió en profundas meditaciones sobre las maneras de cocinar la liebre montañesa. Su estómago crujió, así que volvió en sí, alzó una gigantesca mano y se protegió los ojos del fulgor de los soles Gemelos. Echó un vistazo llanura abajo, más allá del desfiladero más angosto de toda La Forja. Oteó el camino por el que serpenteaba la espantosa hueste de pálidos, los invasores venidos del otro lado del mar.

Una voz interior le dijo que quizá sus compañeros tuviesen razón, que sería mejor poner tierra de por medio, pero desechó tan funestos pensamientos para estudiar al enemigo.

La polvareda que levantaban los miles de pies, los miles de cuerpos recios, las miles de armaduras de bronce y las miles y miles de afiladas armas, hacía imposible contar. Así pues, Garcan estimó que la cuantía de enemigos rondaba a algo tan abstracto como el concepto de miles de soldados. Nunca había contado por encima de cien y solía perderse más allá de lo que podía enumerar con los dedos de pies y manos; así que, en el fondo, la gigantesca formación de enemigos era en algo tan preciso como...

—Un huevo —dijo Garcan—. Son una auténtica muchedumbre.

—Razón mayor para poner pies en polvorosa— apuntó el poeta Auledo.

—En mi opinión...— arrancó Dagonte, pero Garcan le silenció con una fiera mirada.

—No estamos en la asamblea de viejas, así que cerrad el pico —gruñó Garcan—. Y no hemos venido a debatir sobre la etiqueta en las fiestas tagoideas, ni a promulgar alguna estúpida ley para proteger a los ricos. Hemos venido hasta aquí para...

—Que nos arranquen el pellejo —interrumpió Auledo señalando la enorme hueste enemiga—. No es que sea un cobarde, que lo soy, pero ahí abajo hay demasiados soldados para nosotros. Si tuviera que componer una canción sobre ese montón de pálidos, la titularía "Legión infinita".

—¿Y qué propones, que les dejemos invadir Tierra de Cerros? ¿Quemar nuestros hogares? ¿Violar a nuestras mujeres? ¿Degollar a nuestros hijos?

—Lo cierto es que no tenemos hogar, ni mujer, ni hijos —respondió Auledo sin emoción alguna—, porque somos nétai. Pero no tengo muy claro que este sea el momento y el lugar para enfrentarnos al enemigo.

—Tiene que ser aquí y ahora —insistió Garcan con un brillo de obstinación en la mirada—. Aquí tenemos la ventaja de la Angostura. No pudiendo desplegarse, los pálidos tendrán que luchar en pequeños grupos, situación en la que sus formaciones están en desven...

—Conocemos la teoría —dijo Auledo. Dagonte asintió. Garcan chascó la lengua—. Pero no sé, esta situación me da mala espina. Llámalo intuición, susurro de los dioses, o como te dé la gana. Y ahora que ya lo he dicho, la responsabilidad de la decisión es toda tuya.

Garcan apretó los dientes y estudió al ejército enemigo, que se desplazaba hacia el desfiladero como una funesta turbamulta dispuesta a provocar el horror y la masacre. De vez en cuando, un destello metálico emergía de la polvareda, recordándole que aquella visión no era ninguna imaginación, sino un peligro real y muy afilado. Un peligro propio del mundo de los vivos al que, por fortuna, todavía pertenecía.

Por supuesto, Garcan intuía que los sucesos del

Paso de la Angostura se iban a convertir en un siniestro asunto sobre el que hablarían generaciones y generaciones de habitantes de La Forja, pero no tenía más remedio que seguir adelante y plantar batalla. Hubiese preferido estar bien lejos de allí, pescando unas truchas, aunque las truchas siempre podían esperarle. Suponiendo que sobreviviera al inminente combate.

Al cabo de unos instantes de autoflagelación, e ignorando la advertencia de sus compañeros de armas, Garcan se ajustó el cinto de armas, permaneció en su terca ofuscación y repartió una andanada de órdenes que presagiaron el destino más funesto para su escueta banda de nétai, los guerreros y guerreras más fieros y tarados que recuerden las leyendas de Elisia.

De este modo, un rato más tarde, cuando los exploradores a caballo de los pálidos llegaron hasta el desfiladero, se produjo la primera escaramuza. Poco tiempo después, cuando la masa de cuerpos armados empujó hacia el paso, se desató el orco sobre la tierra. Garcan, situado en la vanguardia, no tardó en caer bajo el peso de las circunstancias y una pesada maza.

* * *

Garcan creyó despertar, o algo así.

Parpadeó, se frotó un espantoso bulto en la nuca y emitió un bufido de dolor. Se incorporó cuando consiguió enfocar la vista y descubrió que estaba plantado, como una calabaza, en un campo de siniestros cadáveres. Columbró un brazo retorcido, un torso decapitado, una pierna de la que aún manaba sangre y otras apetitosas imágenes que le provocaron una inesperada arcada. Un espantoso alarido, no lejos de tan apacible lugar, le erizó el vello de la nuca. Tosió, resopló, recuperó el aliento y tanteó el suelo en busca de su falcata. Tenía que moverse cuanto antes, aunque tuviera el cuerpo pasado por un molino.

—Estás hecho puré— dijo una voz femenina a su espalda.

Garcan dio un brinco, rodó por encima de un soldado destripado, se empapó de fluidos miasmáticos y sufrió un calambre en las pantorrillas. Distinguió una sombra mientras se hacía con un

gladio, la espada corta y puntiaguda del cadáver pálido.

—¿Quién eres?— soltó mientras estrujaba la empuñadura del arma extranjera.

—¿Quién soy? ¿Quién eres tú? ¿Quiénes somos?

Garcan afiló los ojos en la penumbra del atardecer, pero no distinguió más que una siniestra sombra, una figura femenina, una voz de mujer, un cuerpo casi etéreo en la oscuridad. Se frotó los ojos con el dorso de la mano libre.

—Creí que tenías una intuición más fina —comentó la voz femenina, que resopló con desdén—. Soy tu sombra, tontaina. Tu ánima, tu otro yo, tu como quieras llamarme.

—¿Eh?

—El golpe en la testa te ha dejado un poco más atontado, ¿eh?

Garcan alzó una ceja y miró alrededor en busca del artífice de aquella broma pesada, pero no vio nada más que muertos, medio muertos y casi muertos que gimoteaban de dolor y pena. A lo lejos, distinguió una pequeña escaramuza de vivos, y el viento le trajo un hediondo aroma a putrefacción. Las cornejas chillaban enloquecidas en la Angostura, casi tan enloquecidas como su propia y confundida mente. Volvió la vista hacia la sombra, calibrando que el peligro más inmediato procedía de ella.

—¿Qué tal si nos ignoramos en paz? —gruñó el cerritano—. Sigue tu camino, yo sigo el mío y así nadie más tiene que morir en esta pesadilla.

La sombra de mujer soltó una carcajada. Garcan se incorporó con torpeza, molido como estaba, pero decidido a no ceder ante aquel extraordinario suceso, o aquella extraordinaria broma pesada. No tenía la cabeza para gorros paretios.

—La verdad es que la testarudez es un rasgo muy nuestro —dijo la entidad, que adquirió una forma más definida cuando Garcan se acercó un paso. Era, sin duda, una mujer—. Recuerdo una vez en que...

—No tengo tiempo para cuentos— cortó el bárbaro con malas pulgas.

—Pues tienes razón, yo tampoco. El caso es que te convendría escucharme. No es que pueda obligarte, pero sería positivo para aclarar esa testa nuestra que no está para gorros paretios.

—¿Eh? ¿Cómo sabes...?

La mujer resopló con pesar, sacudió la cabeza y se atusó lo que, en las tinieblas, debía ser una larga y lacia melena negra. Garcan apretó las mandíbulas.

—Empecemos de nuevo, ¿de acuerdo? —arrancó la sombra. Paseó a un lado y a otro—. Soy tu ánima y estoy aquí para advertirte de que...

—¿Qué clase de golpe te han dado en la cabeza? —farfulló Garcan—. Tú no puedes ser mi ánima porque eres una mujer.

—¡Oh, vaya! ¡Así que eres un experto en estos asuntos!

El enorme cerritano gruñó algo ininteligible, para después añadir: «pues no tengo ni idea».

—Está bien que admitas tu ignorancia —apuntó ella—. El caso es que, por si no lo sabes, las ánimas no tenemos sexo ni género. No somos ni mujeres, ni hombres, ni cualquier otra cosa similar que se hayan inventado los dioses o los mortales. Somos, simplemente, ánimas.

—Pero tú pareces una mujer— protestó Garcan.

—¡Pues claro, tontaina! —el ánima soltó una risa e hizo una pausa—. La razón es que, antes de reencarnarme en ti, fui mujer. Y me ha parecido adecuado aparecer con este cuerpo, por eso de que atraería tu atención más fácilmente.

Garcan frunció el ceño y parpadeó, todavía incrédulo. Su rostro debió ser un poema, porque la sombra habló con tono divertido.

—¿Tampoco sabes lo de la reencarnación?

—¿Por quién me tomas? —arguyó el nétai, aumentando su estupefacción—. Cada ánima se reencarna siete veces en un cuerpo mortal antes de convertirse en un ancestro. Y estos se comunican con los mortales a través de los sueños.

—Y los ancestros se quedan, para siempre, en la Marca sin Tiempo —dijo el ánima—. Bueno, hay alguna excepción, pero ni tú ni yo, que so-

mos la misma cosa, hemos ganado el derecho a ser diferentes. Así pues, lo que he venido a decirte es que...

Un espantoso chillido interrumpió la locución. Alguien, a lo lejos, empezó a llamar a su hija y su pierna, alternativamente, y con un terrible desconsuelo. Poco después, se oyó un chasquido y un aterrador silencio. Garcan se deslizó entre los cadáveres, evitó a una bandada de cuervos y se ocultó detrás de una roca. La sombra le siguió con absoluta tranquilidad.

—Como iba diciendo...

—¡Chist! —interrumpió el bárbaro. Se frotó una magulladura bajo la oreja derecha—. Vas a llamar la atención de los pálidos y no estoy preparado. Necesito reponerme antes de volver a combatir.

—Eso, en otras palabras, se llama cobardía —peroró el ánima—. Pero no te preocupes, nadie puede oírme salvo tú. Al fin y al cabo, solo estoy dentro de tu cabeza abollada. Y ahora, lo que he venido a decirte es que...

Garcan sacudió la cabeza y se mareó.

—¡Maldita sombra! ¡Por Netón, cállate un año! No quiero oír lo que tienes que decir. Ni siquiera creo que seas un ánima. No eres más que una persona desorientada en medio de un campo de batalla...

—Ambos lo somos, desde luego. Pero baja la voz, a ti sí pueden oírte esos malditos pálidos.

El gigantesco nétai suspiró y apoyó la dolorida espalda contra la roca. El agotamiento, la desesperación y la confusión le provocaron un torbellino de emociones y pensamientos tan incomprensibles como complejos. Apoyó la barbilla, tocada por un espeso matorral de barba, en el pecho. El ánima dijo algo, pero Garcan no escuchó durante un rato.

—Así que esta es la situación —concluyó la mujer—. Ten más cuidado porque estás viviendo mi última reencarnación, nuestra última reencarnación, antes de convertirnos en ancestros. No desperdicies los postreros días de mortalidad como sueles hacer con el resto de tu triste existencia. Podrías morir hoy aquí.

—¿Eh?

Garcan alzó la vista, pero la sombra ya no estaba allí. Hinchó los carrillos, se palpó el bulto en la nuca y meditó acerca de las consecuencias físicas y mentales de sus heridas. Por supuesto, había escuchado historias de aparecidos y espectros, cuentos en que vivos y muertos andaban a la gresca o no, pero era incapaz de creer en un encuentro con su propia ánima, a la que suponía dentro de su cuerpo y que, para más extrañeza, tenía forma de mujer. Era una locura, simplemente. Absurdo. Un suceso sobrenatural como los que... otras veces le habían ocurrido. Cerró los ojos, compungido.

—No puede ser— soltó.

Recordó su encuentro con la diosa Bianna.

—No puede ser.

Evocó la escaramuza con el dios Tagodis.

—¡No puede ser!

Meditó acerca de los extraños acontecimientos durante su visita al Reino del Inframundo.

—¡No, no y no!

Alguien le zarandeó los hombros. Un latigazo de dolor le recorrió la espalda hasta la nuca.

—¡Despierta, tarugo!— gritó Auledo.

Garcan abrió los párpados y se halló, sin comprender cómo, tumbado boca arriba. Una bandada de buitres trazaba círculos perfectos en el cielo violáceo de la noche sin noche, puntos negros en una bóveda cada vez más oscura, salpicada de nacientes constelaciones. El cerritano se incorporó y miró alrededor, atónito.

—¿Dónde estoy?

—Entre los vivos, por desgracia —respondió el poeta Auledo—, al contrario que el pobre Dagonte. ¿Puedes levantarte?

—¿Eh? ¿Dónde está la mujer? ¿Qué hago aquí?

Auledo le estudió con ojos tranquilos, veteranos y abismalmente sabios. Examinó la contusión en la nuca de Garcan y otros golpes y tajos que recorrían su cuerpo.

—No hagas movimientos bruscos —dijo el poeta. Le agarró por la axila derecha—. Arriba, pedazo de carne. ¡Joder, cómo pesas!

—¿Y la mujer?— insistió el cerritano.

—No hay ninguna mujer por aquí —Auledo estiró el cuello y miró alrededor—, al menos viva. Has debido tener una pesadilla o algo, porque no parabas de gritar. De hecho, te he encontrado gracias a tus berridos... Tenemos que movernos, los pálidos están empujando a los últimos nétai que quedan en pie.

—¿Una pesadilla? ¡Por Netón! ¿No era real? ¿No era mi ánima?

Auledo frunció el entrecejo un instante, pero al momento relajó el rostro cubierto de sangre y barro. Intercambiaron una mirada profunda y grave, cargada de vieja amistad y recuerdos difícilmente confesables a extraños.

—Sea lo que sea —dijo el poeta—, tenemos que movernos. ¿Puedes andar?

—Creo que sí— gruñó Garcan mientras se ponía en pie. Un estertor le recorrió la pierna, seguido de un desagradable hormigueo. Se palmeó el muslo varias veces hasta recuperar la sensibilidad.

Auledo espantó unas urracas que andaban picoteando ojos y vísceras a su alrededor. Garcan renqueó hasta él.

—Una vez me contaste un mito de Bardolan el Engañado —arrancó el bárbaro posando una enorme mano en el hombro de su compañero—. Creo que era acerca de una profecía que un espectro le hacía mientras dormía o algo así.

—Pues claro, es una historia muy antigua. El ánima de Gargorio, íntimo y difunto amigo de Bardolan, apareció para advertirle de que se guardase de cierta mujer llamada Yoca. Por supuesto, Bardolan ignoró el asunto y terminó por toparse con Yoca cuando menos se lo esperaba. Ella, disfrazada de campesina, le sedujo y le provocó quebrantos y dolores que se traducirían en...

—Es esa historia, sí.

—¿Por qué lo preguntas?— inquirió Auledo.

Hasta ese momento, Garcan no se había fijado en el maltrecho estado de su amigo. Cubierto de sangre y costras, el peto de cuero hecho jirones, los brazos surcados de tajos y el rostro

desfigurado por los cardenales. Tenía un ojo inflamado como una ciruela madura y aplastada. El cerritano tomó aire y apretó la mano en torno al hombro de su amigo.

—No es nada, un mal sueño —mintió Garcan, que estaba aterrado por dentro—, me dejaron noqueado de un mazazo. Ahora, olvídate de mis estupideces. ¿Estás bien?

—Como una rosa —Auledo esbozó lo más parecido a una sonrisa—. Una rosa pisoteada, pero viva. Los muchachos están al otro lado del collado, intentando detener las oleadas de pálidos. Bodo me mandó a buscarte, ese cabrón sabía que estabas vivo. Los malditos dioses le susurran al oído.

—Vamos.

Ambos nétai renquearon entre los cadáveres y moribundos a los que no podían ayudar. El rumor de la batalla se hizo cada vez más fuerte y avanzaron con aplomo, aunque la penumbra amoratada del crepúsculo sin crepúsculo les impedía distinguir más allá de una masa de cuerpos enzarzados.

—Sin rencor —dijo Auledo conforme se acercaron a la melé—, pero la hemos cagado bien cagada. En mi vida había visto tantos muertos.

—Yo tampoco —afirmó Garcan, aunque el sentido de sus palabras era bien distinto—. Pero teníamos que luchar, por muy difícil que fuera la decisión. Hay que frenar aquí a los pálidos, aunque nos cueste la vida.

—Aunque nos cueste la vida.

Anduvieron un poco más entre los despojos. La masa de pálidos empujaba desfiladero arriba como un río que asciende por la montaña en lugar de correr ladera abajo. Cientos y cientos de soldados, miles quizá, tocados con los yelmos empenachados, presionaban a la pequeña banda de nétai que resistía entre los peñascos, firme aunque agotada.

—Bueno —comentó Auledo—, pues manos a la obra.

Ambos se pertrecharon con desechos. Un par de escudos abollados, falcatas sanguinolentas y un manojo de dardos arrojados. Sus movi-

mientos eran pesados y cansinos, como de mulo que lleva demasiadas semanas en el camino. Se acercaron hacia la línea amiga. Bodo les pegó un par de alaridos indistinguibles en medio del griterío del combate.

—Oye poeta— dijo Garcan antes de echar a correr.

—¿No te pondrás a consolarme porque te sientes culpable, no?

Garcan gruñó.

—No es eso.

—¿Entonces?

—No me hagas mucho caso pero creo que, en ocasiones, estamos vivos y muertos a la vez, y que...

Una lanza arrojadiza se clavó a sus pies. Callaron. Asintieron en silencio. Y volvieron al fragor de la batalla y la incertidumbre de la vida.

FIN

Si te ha gustado el relato puedes seguir a G. Escribano en su [“glob”](#).

¿Quieres **publicar TUS RELATOS** en nuestra revista?

Los requisitos son muy **pocos y sencillos**:



1 Pertenecer a uno de estos tres géneros:
Fantasia, Ciencia Ficción o Terror.

2 Su extensión debe ser de **6 a 10** páginas de Word, a tipo de letra Times o similar de 12 puntos.
[Si tu escrito tiene una extensión diferente, pregúntanos]

3 No exigimos exclusividad. Puedes publicarlo simultáneamente aquí y dónde quieras. **Todos los derechos son tuyos.**

Fácil, ¿verdad?

¡No lo dudes! Si tienes alguna buena historia que contar, **envíanosla**. Estaremos encantados de hablar contigo.

revista@editorialvalinor.com

Imaginarium

Nuria Balaguer, ilustración



Después de la tormenta el mar ha querido calmar nuestros sentidos. Nos mecemos en aguas tranquilas, y de pronto, en la superficie, parecen flotar hojas con la tinta emborronada. No necesitamos esforzarnos, navegamos entre sueños, y con esa lógica que impera en el mundo onírico, somos capaces de leer lo que nos trae la marea. Como retales, las frases brotan y la tinta se extiende, tejiendo cuentos que nos devuelven a la infancia, a aquella época en la que los zorros hablaban y el circo era un mundo al que deseábamos escapar, lleno de magia y

seres increíbles. Así, entre fantasías de niñez, la luz nos devuelve la paz que perdimos en el viaje anterior, la voz de un narrador sin rostro nos descifra los arcanos hechos de tinta, y al cerrar los ojos nos vemos de lleno en ese mundo sin gravedad, donde toda nuestra fantasía toma forma arrancando retazos de realidad.

Nuria Balaguer nació en 1985, y desde entonces, busca incansable su lugar en este mundo. Vivió rodeada de juguetes, llevaba en la sangre la fantasía y la eterna niñez, ya que su familia se dedica a la industria juguetera. Así, el arte la

acompañó desde la cuna, y al crecer, no pudo abandonar el impulso por expresar las ideas que bullían en su cabeza y decidió estudiar Ilustración y Diseño Gráfico en la Escuela de Artes y Superior de Diseño de Alcoy. La vida llevó sus pasos por la gran capital, Madrid, donde siguió buscando un camino en el mundo mágico de la ilustración infantil y trabajando en diversos proyectos para algunas empresas, pero también por libre.

Si queréis conocer más sobre su obra, no dudéis en visitar su página web:

www.nuriabalaguer.com

Nuestro barco vuelve a aguas tranquilas...
¿qué nos esperará en el siguiente viaje?

Myriam Crespo









Entrevista a Borja Antonio Martín Fernández

Este mes contamos en Valinor con un escritor que, pese a su juventud, cuenta ya con bastantes obras a su espalda y también mucho qué decir. La voluntad que esgrime para hacer llegar a todos vosotros sus historias, junto a su tenacidad por hacerse un hueco en estas turbulentas aguas editoriales, bien merecen compartir un viaje en nuestra revista para conocerle a él y a sus obras y proyectos.

Pero empecemos por el principio, su nombre es Borja Antonio Martín Fernández, y se describe como creador imaginativo o, como él prefiere denominarse: un “joven creativo de lo fantástico”.

Bienvenido a bordo, Borja, es inevitable preguntar... ¿Por qué “creativo de lo fantástico”?

Muchas gracias por permitirme realizar esta entrevista. Es una cuestión muy importante para mí.

Respondiendo a vuestra pregunta, ya hace unos años, tras diferentes tipos de formación académica, ya escribiendo mi saga fantástica “Senderos del poder”, y realizando otros proyectos con ciertas influencias fantásticas, me di cuenta que a la hora de elaborar actividades, tener pensamientos, desarrollar proyectos o trabajos, no puedo evitar crear “enormes” obras, y tampoco puedo impedir que mi imaginación cree grandes “utopías”.

Creador de lo fantástico porque hago las cosas con el corazón, un corazón muy diferente, lleno de raíces fantásticas, célticas, vikingas, cristianas, del metal, del mundo de la ceguera y de la luz, de multitud de intereses y gustos personales, cual crisol de colores muy diferentes.

También me considero más creador que escritor, maestro de pedagogía terapéutica, monitor, etc, al ir poco a poco elaborando, construyendo mentalmente, y concretando, “pequeños” proyectos que, en un instante, empiezan a crecer sin control, si con un rumbo fijo, pero sin posibilidad ya de parar de evolucionar.

No soy un escritor de renombre ni un maestro experto y menos un profesional del aquí y ahora, por eso considero que en relación con mi manera de imaginar y crear, era mejor presentarme como creador de lo fantástico, ya que habitualmente aunque no sea en todas mis “creaciones”, suelo “imprimir” cierto aire o chispa de mi desbordante imaginación, amplia diversidad, y de mis gustos personales, entre ellos todo lo relacionado con lo fantástico.

A pesar de ser un escritor joven, como decíamos en la introducción de la entrevista, no solo tienes ya escrita una trilogía, sino que vas camino de la segunda ¿De qué se trata? ¿Forman parte un proyecto más grande?

Como ya he mencionado anteriormente, soy un escritor novel, pero he ido creando a lo largo de mi desarrollo académico una gran saga de literatura fantástica, titulada “Senderos del poder”.

Respondiendo más concretamente a vuestra pregunta, se trata de eso, una saga fantástica que en un principio iba a constar de tres trilogías, nueve libros en total, pero que ahora como suele pasarme con muchas creaciones, seguramente se ramifique en más volúmenes.

Para aclararnos y centrarnos un poco, se trata de un universo mágico, paralelo al de las personas “no mágicas”, en el que conviven diferentes razas, seres, guerreros sin igual, hechiceros poderosos, temibles bestias, y un sinfín de criaturas mágicas.

La trama principal se centra en una joven “hija de la magia”, que inicialmente ha olvidado su pasado como futura soberana de un reino llamado Arcislon, de este mundo arcano, y que tendrá que superar multitud de peligros y dificultades para conseguir que el equilibrio entre lo “positivo” y lo “negativo” existan en su tierra natal.

Esta joven, Marón, tendrá que enfrentarse a grandes peligros, uno será el temible y “negativo” señor rojo Moazpí, otro será su hermana

“negativa” Margona, y otros más irán surgiendo a medida que avance el desarrollo de la saga.

Para convertirse en la reina que debe ser y conseguir que el equilibrio exista, Marón estará ayudada por simpares personajes como un guerrero ciego llamado Anton, una elfa llamada Jura, un gigante llamado Ábrax y un ser semi demoniaco llamado Leo Satan. A medida que acompañen a marón en sus aventuras, nuevos aliados y enemigos irán surgiendo.

Y poco a poco cada personaje irá obteniendo un papel protagonista, una trama propia, profundizándose en su propia personalidad y capacidades mágicas.

En esto consiste la saga “Senderos del poder”, que si podría considerarla como un gran proyecto.

Es la aspiración de un joven muy diverso, con capacidades diferentes, para no solo darse a conocer como escritor novel, sino para buscar su futuro vital y sentimental, y lograr alcanzarlo al fin.

Después de leerte hablar sobre ellas, seguramente todos queramos leer las obras ¿dónde podemos adquirirlas? ¿Las ha publicado alguna editorial? ¿Te has auto publicado?

Centrándome en vuestras preguntas, lamentablemente mis obras no están disponibles a la fecha.

Tan solo podríais ver las sinopsis de la primera trilogía en un grupo de facebook que he creado para que a quien le interese esta saga se una y podamos compartir ideas, opiniones, datos relevantes de la saga, entre otras cuestiones.

Puede ser una equivocación por mi parte pero quiero apostar por la forma de edición de antaño, con una editorial especializada y en papel, que mis obras puedan tener un formato físico.

No descarto la publicación digital, pero antes espero publicar de la forma tradicional.

Como ya se ha comentado soy un escritor novel, y por tanto mis obras no han sido publicadas.

Por este motivo hace un año pensé en intentar darme a conocer por el mayor número de medios posibles, para intentar encontrar a alguien que le interesara mi saga, y con mucha suerte, que de entre los muchos que les atrajeran mis obras en-

contrase a algún editoro o dueño de editorial que quisiera publicármelas.

Si en un tiempo x no encontrara editorial, editor, alguien que quisiera en verdad publicar lo que hasta ahora es “Senderos del poder”, si consideraría autopublicarme, pero hasta la fecha no lo estoy haciendo.

Mi intención como ya he comentado es la de buscar y encontrar una editorial que quiera publicar mis obras.

Por lo tanto de “Senderos del poder” todavía no hay nada publicado por desgracia.

El mundo editorial es complicado en los días que vivimos. ¿Qué dificultades encuentra el escritor para encontrar quien apueste por su obra?

Si nos referimos a escritores a nivel general, seguramente encontrarán tantas o menos dificultades que todo profesional nuevo que intente abrirse camino en el día a día laboral.

Si ya concretamos y nos centramos en mi caso personal, la verdad el intento que estoy haciendo por publicar mis creaciones es un proceso muy largo y tedioso. Primero, claro está, tienes que haber escrito una obra, yo llevo siete años con esta saga, y luego viene la tediosa cuestión de registrar tus obras, la espera a que te den el visto bueno, el tiempo perdido en ese proceso, y luego cuando tienes dicho visto bueno hay que buscar editorial. Y al hacerlo también tienes que armarte de paciencia porque si alguna editorial manifiesta verdadero interés por tus escritos, entonces vuelves a tener que esperar a que valoren tu obra y te den alguna respuesta.

Si la respuesta es positiva pues perfecto, pero como sea negativa, tienes otra vez que volver a buscar y buscar hasta tener la “gracia” o suerte de encontrar un editor a quien realmente le interese lo que presentas y quiera en verdad publicar lo que has creado.

Además en España existen pocas editoriales de fantasía específicas, si hay de ciencia ficción y fantasía o de varios géneros, pero no de fantasía en sí. Es tedioso y dificultoso buscar y encontrar editoriales específicas de este género, lo que a mi personalmente también me ha quitado mucho tiempo.

Añado la problemática de que muchas de las poquísimas editoriales de fantasía que tenemos

en nuestro país no tienen bien detallado la forma de envío de ejemplares o el contacto con el editor jefe, aspecto que incluso ha hecho que me retrasara mucho en buscar editores interesados en mi obra.

En sí estas son las dificultades que he encontrado como escritor novel.

La fantasía es uno de nuestros géneros preferidos y nos gusta mucho que existan propuestas como la tuya. ¿Tienes en mente adentrarte en otros géneros o vas a continuar por este sendero?

La verdad es que al ser una persona muy diversa, que quiere ahondar en todos los temas que ha tratado en su formación académica, en todos los gustos personales que poseo, tengo varios proyectos e ideas para aplicar.

Seguiré por supuesto escribiendo en "Senderos del poder", ya que es mi obra iniciática, mi génesis por así decirlo como escritor de lo fantástico, pero si quiero realizar otras obras como una saga o trilogía inspirada en dragones, una obra fantástica relacionada con el heavy metal, una inspirada en mis raíces celtas y segunda tierra Galicia, otra relacionada y vinculada con mi tercera tierra México-Chiapas, a parte de basarme en diferentes obras, series, películas de la fantasía o con elementos afines a esta en otros proyectos, como uno de psicomotricidad, un pequeño taller de rol, un taller de lectura creativa, un posible "centro" en que se abogue por la diversidad por lo que en este se daría cabida a lo fantástico o el rol u otras aplicaciones fantásticas, una posible biblioteca para personas ciegas en la que como no habría mucho del género fantástico entre otros, y un largo etcétera de posibles ideas y creaciones así relacionadas.

Aunque mi género por excelencia sea lo fantástico, que no es independiente a mi pasión por la educación y la diversidad, por lo lúdico y creativo, por lo cultural y musical, no descarto dedicarme brevemente a otro género como es el de ciencia ficción, para el cual prepararé más adelante una obra de ficción inspirada en la persona de Jesucristo, y otra sobre un mundo futurista en el que la salvaguardia de la naturaleza sería el tema principal.

Y de momento estas son mis aspiraciones como creador de lo fantástico, o los géneros en que pretendo moverme a corto y largo plazo.

Como todos los caminos comienzan en algún punto, y los caminos literarios lo hacen en obras que nos han marcado e influenciado, ¿dónde dirías que empezó el tuyo? ¿Qué autores o novelas hicieron que decidieras comenzar a escribir en serio?

Desde pequeño me gustó mucho leer, los cuentos de antaño y otros escritos me apasionaban, luego al perder la vista una de mis pasiones fue la lectura, comencé a leer todo lo que caía en mis manos y de géneros muy diferentes.

Con las "Crónicas de la Dragonlance" fue como empecé a sumerjirme en el mundo de lo fantástico, y con "Los ojos del dragón" en lo sobrenatural y la fantasía. Luego vinieron una gran cantidad de obras y sagas fantásticas, de las que "El señor de los anillos" fue la que más me impactó.

Pero no fue hasta llegar a mi etapa como universitario que "Senderos del poder" empezará a gestarse en mi desbordante e incontrolable imaginación. En esta época estaba leyendo "El elfo oscuro" de R.A. Salvatore, "La catedral del mar", "Viento de los dioses" de César Vidal, y otros muchos. Y aunque no recuerdo exactamente si fueron unos u otros de estos autores y novelas, la verdad es que inconscientemente me influenciaron para que empezara a escribir la primera parte de "Senderos del poder", la "Trilogía de Marón".

Añado que mi propio caso como universitario con capacidades diferentes, mi situación en esos momentos, ciertos periodos de soledad, también influyeron para que casi de la nada empezara a surgir esta gran saga que hasta la fecha consta de una trilogía completada y otra iniciándose.

Por supuesto la influencia de mi familia y el apoyo de mis amigos me ayudaron a ir poco a poco desarrollando cada volumen de esta saga.

Existen otras influencias que permitieron que comenzara a escribir, pero a nivel de autores y obras son las que ya he citado.

Nuestros espías nos han informado de que además de escribir también tienes en mente otros proyectos; y relacionados con nuestro bien amado rol, nada menos. ¿Qué puedes contar de tus planes?

Tras haber acabado un curso de monitor de ocio y tiempo libre, estuve dándole vueltas a una idea para crear un nuevo proyecto.

Mirando en la red me topé con un juego de rol en desarrollo llamado "Balzur", con un blog muy accesible y en el que se detallaba todo tipo de criaturas, guerreros, profesiones, y un sinfín de aspectos que me parecieron muy interesantes.

Entonces busqué más de este estilo de juegos por la red, a nivel de instrucciones y personajes, y en mi mente fue gestándose la idea de crear un juego de rol. Ya hace unos años intenté crear un pequeño juego fantástico de educación pero no llegó a cuajar por estar inmerso en la creación de "Senderos del poder", en la lectura de algunas sagas fantásticas, y en muchas cuestiones personales.

Poco a poco fui recopilando información e investigando acerca del valor pedagógico de estos juegos, encontré poca información, y entonces se me ocurrió realizar un juego de rol educativo, con el que desde los niños más pequeños hasta los adultos pudieran jugar y aprender ciertos valores, conductas positivas, apreciar la diversidad, valorarse mutuamente y a los demás respetando sus diferencias, en fin todos esos valores que por desgracia hoy en día están olvidados.

Fui creando fichas de personajes, buscando descripciones de escenarios, intentando encontrar armas, armaduras, armamentos, creando incluso algunas de estas por mi mismo, elaborando algunos escenarios basándome en otros juegos a los que ya había tomado contacto como "Dragonlance", y en poco tiempo este proyecto a tomado proporciones gigantescas, sin darme cuenta, y la verdad no tengo claro cuando tendrá final o cuando se podrá publicar o comercializar.

Para que no nos perdamos nadie, este juego a parte de tener una finalidad pedagógica, tiene una historia o trama, y poco a poco iré creando las campañas y aventuras diferentes que puedan surgir en el mismo. Os añado una breve sinopsis del mismo para que tengais "una visión" general del mismo, para que no quede en el aire.

"Una gran historia de proporciones galácticas va a comenzar en breve.

En cada universo, planeta, galaxia, mundo y hogar

de héroes o villanos ancestrales. En cada lugar del cosmos más alejado, muchos de estos seres ya sean humanos, dioses, bestias, seres mitológicos o de lo imaginativo, serán raptados por inconmensurables fuerzas arkanas que los llevarán a réplicas casi exactas de sus mundos o del planeta tierra en si.

En esta otra dimensión, seres de gran poder muy misteriosos les borrarán la mente y los pondrán a prueba para hacerles comprender y aprehender quienes son en realidad. Para los villanos podrá ser una oportunidad para labar su nombre y convertirse en mejores de lo que son, y para los supuestos héroes y otros personajes será una aventura como nunca jamás hubieran soñado vivir, que les dará la fuerza de carácter suficiente para mejorarse a si mismos.

Todos ellos tendrán que participar en grandes gestas, pequeñas misiones, grandes guerras, algunos combates individuales o por grupillos, hasta conseguir encontrar sentido a los acontecimientos que van sucediendo inexorablemente, orquestados por el destino o por quienes les trajeran a este mutable, diverso, y peligroso lugar recóndito del firmamento.

Se trata en si de una cuestión de honor, valor, amistad verdadera, amor en todas sus posibilidades, virtud de la diversidad, respeto a lo diferente, solidaridad, entrega verdadera, sacrificio, justicia, tolerancia, que envuelven a todas estas y otras aventuras en dicha realidad alternativa.

Tras múltiples aventuras, batallas, combates, victorias, derrotas, viajes, misiones, y demás eventos, estos aventureros deben enfrentar un último desafío, intentar descubrir quienes les trajeron a este universo paralelo y, como regresar a sus respectivos mundos y hogares.

Para lo cual, tendrán que buscar, encontrar, enfrentar, derrotar y conseguir convencer a los diferentes "señores oscuros", para llegar a recopilar las "gemas arkanas" que les permitirán regresar a sus mundos de origen."

Y este es en si mi gran proyecto de rol educativo.

¿Eres entonces jugador de rol?

Si pudiera considerarse como rol un juego de ordenador llamado "La huída" donde te predeterminan unos personajes y tienen que escapar de un laberinto, entonces diría que sí porque hace unas semanas he retomado dicho juego

como entretenimiento personal. También lo utilizo como referencia e inspiración para mi proyecto de rol educativo.

También hace ya unos cuantos años jugaba en la red a un mood inspirado en las Crónicas de la Dragonlance que como todos estos tipos de juego online están perfectamente adaptados para personas ciegas ya que solamente hay descripciones con textos y algunas imágenes pero pocas. Por desgracia su servidor quedó abandonado y el juego desapareció.

En este sentido si podría decir que soy jugador de rol, pero más concretamente de la modalidad de juego de rol online o videojuego de rol.

Si existieran juegos de mesa, rol en vivo, y as anteriores modalidades adaptados para personas ciegas, incluso para la diversidad, muy gustoso me ofrecería para probarlos y para jugar como pj o con más tiempo y análisis de los mismos como dj.

Es lo que puedo comentaros al respecto.

A todos los jugadores nos sucede: a veces creamos personajes e historias que nos gustan tanto que no podemos evitar querer trasladarlas a historias noveladas ¿te ha pasado alguna vez?

Me ha sucedido al revés. De hecho cuando jugaba al juego de rol online sobre la Dragonlance, el personaje que manejaba tenía como nombre el de uno de mis personajes de "Senderos del poder".

Luego en este juego podías crear un poco de todo, tus compañeros de batalla, entrar en un clan, comprarte una taberna y hasta construirte una casa. Y en concreto el nombre de la casa que utilizaba mi personaje y sus aliados lo voy a utilizar para otro hogar en mi juego de rol educativo.

Por lo demás como he jugado poco al rol en si debido a lo escaso del material adaptado, al menos a nivel de otros estilos fuera del online y de videojuego, no he tenido la ocasión de crear personajes y menos de querer llevar a estos a una obra o creación mía.

Si existiera la posibilidad de que alguien quisiera adaptar juegos de este tipo para personas ciegas o para la diversidad en si, estaría encantado de probarlos y participar, de jugar como pj, y seguramente debido a mi desbordante imagina-

ción, algo de cualquiera de esos productos acabaría en alguna de mis creaciones.

Como te habrás dado cuenta, no hemos querido incidir en tus capacidades diferentes a las de la mayoría del resto de escritores, porque consideramos que la valía de la imaginación prima sobre el resto. Pero, ¿quieres hablar de ello?

Pues considero que tanto una cosa es importante como la otra. Estoy de acuerdo con vosotros en que hay que valorar aquello que la persona "tiene", sus capacidades propias y generales, y no fijarse en aquello que no tiene.

Pero la verdad si solamente os comentara que soy un joven escritor de la fantasía y un creador fantástico, muchos de vosotros pensaríais que soy un escritor más, si, claro, con una propuesta más o menos innovadora, pero sería un escritor al uso y nada más.

Si os comento que poseo muchas características diferente a la sociedad actual, demasiada imaginación, creatividad, exceso de desarrollo en mis creaciones, un gusto infinito por lo fantástico y cierto interés por la ciencia ficción, por las series fantásticas de antaño, por las películas y videojuegos del pasado, tampoco os diría mucho.

Pero si comento que soy un escritor de fantasía, un creador fantástico con capacidades diferentes, ceguera total y discapacidad auditiva, si lo unimos a las características anteriormente mencionadas, si le añadimos mi gusto por la cultura, naturaleza, diversidad, por personas con capacidades diferentes, y que formo parte de mundos tan amplios como España, Francia y México, que además son mis familias. Si a todo ello le añado que mis raíces espirituales van de los celtas a los vikingos, de los íberos a los hispanos, de los árabes a los cristianos, ya no soy un escritor tan al uso de este género, ¿verdad?

Por tanto creo que todas mis características, ya sean especiales o no, deben considerarse sobre todo a la hora de quien le interese mi obra. Y yo no las comento desde un punto de vista negativo, como la mayoría de la sociedad suele verlas, sino como una peculiaridad más de mi persona, sin la cual, ninguno de mis proyectos serían lo que son y "Senderos del poder" no existiría ni tendría los personajes que encontramos en él, como puede ser un guerrero ciego con inmensos poderes que tiene que aprender a controlar que

va desarrollando a lo largo de la trama, por citar un ejemplo concreto.

Es cierto que mis capacidades especiales a veces me hacen más difícil la función de escritor, sobre todo para documentarme en el caso de otras obras que ya he mencionado más arriba quiero empezar a escribir, y que incluso con respecto a mi juego de rol educativo suelen paralizar su desarrollo, cosa que también sucede con mi discapacidad auditiva, pero yo considero que también son aspectos de mi persona que de forma consciente o inconsciente quedan reflejadas en mi forma de crear en cada obra que realizo.

En si, que por supuesto son capacidades diferentes, pero que para mi no son algo negativo sino un aspecto más de mi, que combinado con todo lo que ya he expuesto, hacen de mi un escritor diferente que umildemente intenta darse a conocer y abrirse paso en el mundillo editorial actual.

¿Piensas que tu situación te ha hecho sentir el mundo de forma distinta a quienes te rodean? ¿Se refleja ello en tus obras?

Mi caso es diferente al de los demás, por supuesto, no solo por mis capacidades diferentes sino por mi forma de pensar, creer, sentir, imaginar, desarrollar, vivir.

Soy una persona religiosa, espiritual, excesivamente afectiva, creo en el amor en todas sus formas, valoro la amistad y familia por encima de todas las cosas, me fascinan las personas con capacidades diferentes, soy un enamorado de los valores y filosofía de antaño, mi pasión es el heavy metal y la educación, soy una persona muy compleja y diversa.

Soy tan diverso que en la actualidad formo parte de tres familias, de España, de Francia, y de México-Chiapas.

Toda mi persona y peculiaridades me hacen muy distinto al resto del mundo, y de forma consciente o inconsciente esto queda reflejado en mis creaciones, y más concretamente en los personajes, actos, situaciones, y demás aspectos de los volúmenes de "Senderos del poder".

En la fantasía todos podemos encontrarnos a nosotros mismos fuera del mundo en el que vivimos. Allí somos todos iguales y nada nos impide serlo. ¿Crees que, en cierta forma, la

fantasía es un buen y necesario refugio para todos aquellos que necesitamos descansar de la realidad?

Considero que evadirse de la realidad es algo positivo para muchos, sobre todo en los tiempos que corremos. Ahora están sucediendo muchas cosas malas, también han sucedido en el pasado, pero ahora nos encontramos con una crisis social en aumento.

Todo está bastante mal, y es necesario tener una vía de escape para al menos intentar sobrellevar la vida que cada uno tiene y salir adelante.

Y si esa vía de escape fomenta la imaginación, creatividad, el gusto por la lectura y, hasta en muchos casos, otros valores o capacidades como la resolución de conflictos, la toma de decisiones, el honor, respeto, valor, la verdadera amistad, el amor verdadero, la familia, la hermandad, la patria y hogar propios... Entre muchos otros que están reflejados en multitud de obras, sagas, personajes, leyendas, batallas, y demás elementos de lo fantástico; entonces la propia fantasía es un medio justificado y honroso para evadirse de este mundo tan complejo y caótico que hoy vivimos, incluso para con todo lo anterior, intentar entre todos mejorarlo.

Esperamos poder adentrarnos pronto en los mundos de fantasía a los que nos llevarán los "Senderos del poder". Será todo un placer y un honor poder leerlos y transitarlos para así conocer de primera mano todo aquello que nos has contado en esta travesía hacia Valinor. Como sabes, no estamos solos en este viaje, nos acompañan muchos amigos y amigas de la revista. Nosotros, por nuestra parte, te agradecemos de corazón esta entrevista. ¿Quieres decir algo a nuestros lectores?

Primeramente dar las gracias a la revista su editor y su equipo por darme esta gran e importante oportunidad.

Creo necesario, mientras no consiga editorial en si, algunas he tanteado pero de momento no hay respuesta, el darme a conocer por cuantos medios sean necesarios. Así que muchísimas gracias por permitirme casi saturaros vuestra revista.

A los lectores que puedan y quieran leerse este tandem de preguntas y respuestas y conocerme como creativo o creador de lo fantástico, comen-

tarles que pese a no tener aún nada publicado de "Senderos del poder", si existe un grupo de Facebook al que os invito a uniros si os interesa esta saga fantástica. La verdad no quiero colgar mucho ahí pues ando en busca de editorial y tampoco quiero mostrar mucho antes de publicar de mis obras.

Pero ahí ya he publicado las sinopsis de lo que es de momento "Senderos del poder", algunos agradecimientos a personas que se han unido, la variedad de razas y seres que pueden encontrarse en el "Reino de la magia", y más adelante iré poniendo otras cosas.

Por tanto invito a quien quiera que se pase por el universo de [Senderos del Poder](#) y que, comentéis, opinéis, deis ideas acerca de dicha saga y de cómo conseguir alguna forma de publicarlas.

También hago una petición a aquellos lectores que a lo mejor sean editores, dueños de una editorial, o que conozcan a alguien al respecto, que traten de hacerse una idea del tipo de escritor que soy, que me valoren como tal, que tengan claro que esto no es solo un proyecto de escritura sino un elemento para conseguir una mayor meta, alcanzar al fin mi futuro personal y afectivo, y que no es un simple intento de introducirme en el mundo de ediciones de temática fantástica como tal. Esto es un gran proyecto vital, personal, afectivo, que si sale a flote puede "abrirme las puertas" de una nueva vida y mundo.


Comentar que debido a mis capacidades diferentes, a la enormidad del mismo, a que vivimos en un mundo por desgracia para videntes, el proyecto del juego de rol educativo está resultándome muy costoso y difícil de continuar, ya que como director de juego tengo que poseer muchos y muy distintos tipos de elementos con sus correspondiente descripciones, para ayudar a mis "alumnos de juego", a desarrollar no solo todos los aspectos del juego sino los valores ya citados. Por tanto también hago la petición, a aquellos/as que os atrajera dicho juego, que os sorprenda o interese mi propia persona, yo mismo, que os pongais en contacto conmigo en los mails: borjaamf@hotmail.com y borjaamf@gmail.com, en el facebook [warsar agotarás](#), o en la dirección de skype [borjacorazonnegro](#) para, si así lo queréis, ayudarme a desarrollar esta creación que literalmente se me escapa de mis manos ya que es mi imaginación la que la hace crecer sin parar.

Dar las gracias a todos quienes me deis la oportunidad de haber entrado en vuestras vidas a través de este más que imprescindible medio de comunicación, una revista que apuesta por lo novedoso, fantástico, creativo, que ha querido apostar por este humilde creador fantástico que aquí teneis.

Gracias de corazón a todos.

Hasta muy pronto o hasta que alguien quiera apreciar mi diversidad e imaginación, mis creaciones en suma.

Diego Bober



MI CAMINO SOLO ES MIO

UN RELATO DE DANIEL DE SANTA MARÍA

Relato terror por Rodrigo S. Olivenza

El alzacuello me oprimía mientras giraba el volante para entrar en la calle. *La calle de las flores*. Efectivamente, así era. *Con dos cojones*. Toma ironía.

La llamada telefónica recibida ayer me daba 24 horas para prepararme y el nombre de una calle en Calatayud. *Bilbilis* concretamente, eso fue lo que dijo la voz al otro lado del teléfono. El antiguo nombre romano de la ciudad. *No me preguntéis por qué, les gustan estas cosas romanas, les recordará algo...*

Llovía. Vaya si lo hacía. Mientras el coche gira siguiendo las órdenes del volante, la lluvia repiquetea en el parabrisas, y eso es algo que consigue ponerme aun más nervioso de lo que ya estaba. Además estaba oscuro, aún cuando no debería estarlo. Son las siete de la tarde, es verano... ¿Y ya es de noche? ¿En España?

Designios del señor. *Supongo...*

Encuentro aparcamiento entre dos coches plateados, su efecto opiáceo debido a la lluvia y a la ausencia de luz. Dos sombras grises a cada lado de mi coche. De todas formas, mi coche es el único que circula por esta calle. Y el ruido muere cuando saco las llaves del contacto y pongo una marcha muerta.

Guardó las llaves del coche en el bolsillo de la chaqueta ligera que llevo puesta y es, en ese preciso momento, cuando me percató que la farola junto a mi puerta no ilumina. Ni ninguna otra en la calle. La luz ha muerto junto con mis faros.

No he visto un alma. Ni en otros coches, ni en la acera, ni en la esquina, ni en las ventanas o balcones desde que he girado el volante.

Abro la puerta y un olor ocre invade mis sentidos, una sensación de pura fuerza, malvada y

pesada me empuja de nuevo hacia el coche. Me quedo, literalmente, clavado en el asiento del piloto, mis dos piernas apoyadas en la calle... pero *gritando* por volver a entrar dentro del coche.

Suspiro. Suspiro fuerte, acompasando mi respiración a la negrura que me envuelve. Cojo mi maletín del asiento del copiloto y, apoyándome en la carrocería me lanzó a la calle, cerrando con un portazo la puerta del coche en el proceso. Muestro mis dientes a la oscuridad mientras la presión se dobla.

Ha comenzado.

La voz al otro lado del teléfono tenía razón, como siempre. Albergo la esperanza de que no la tenga cada vez que ese maldito teléfono suena. De que no suceda y de que no deba hacer lo que estoy a punto de hacer. Que el olor, la oscuridad o la presión no aparezcan en el lugar y a la hora indicada.

Hace ya tres años que me dedico a esto, suspiro, mientras pienso resignado que debería haberme acostumbrado ya. *Nadie puede hacerse a esto*. Me responde esa parte de mi mente que mantiene cierta cordura.

Observo el portal número 56, justo enfrente de la puerta de mi coche. Lo analizo, puerta de vidrio y metal, enrejada y con cuatro plantas y ocho pisos en total. Intento captar todo aquel detalle posible y me acerco a la puerta. Apenas unos centímetros antes de que mi mano roce la puerta la aparto con un gesto. *No, no es aquí*. El cuero del asa de mi maletín cruje cuando la presión que ejerzo sobre el mismo se relaja.

Esto es raro, porque en tres años y en un buen número de calles siempre, Siempre, había aparcado en el lugar correcto. Aunque la calle estuviera llena de coches siempre encontraba un lu-

gar justo delante del foco. *Quizá este no fuera un caso como los demás.*

¿Serían imaginaciones mías? La oscuridad, la lluvia, el que no hubiera nadie en la calle. ¿Sería todo una coincidencia?

Me giro y miro arriba y debajo de la calle. Mientras lo hago, una sensación extraña recorre mi cuerpo. Mi estómago *parpadea* y siento aún una mayor tensión.

—¿Qué está pasando? —Susurro entre dientes. Esto no es como las otras veces. La voz nunca me había enviado a un sitio con una presión así.

Preocupado, *muerto de miedo*, meto mi mano libre en el bolsillo y, fuertemente, agarro el rosario como si fuera la última tabla de salvación en un naufragio. No serviría de nada pero me da el espíritu necesario para empezar a andar hacia el bar —*quién lo diría*— que he visto en la esquina al entrar en la calle.

Su luz es mortecina, pero es la única que aporta algo de luminosidad a la calle. O al menos a la esquina de la misma. *En el bar encontraré a alguien*, confié, mientras me acerco lentamente al mismo. Este es el país que es.

La puerta chirría al abrirse y tan solo dos pares de ojos se giran cuando entro. Tras la barra, la única persona presente en el bar me mira, con decenas de botellas de alcohol en el fondo, camisa funcional amarillenta, trapo blanco al hombro y una expresión horrorizada en un rostro con dos ojos negros que rezuman sangre.

Joder. Joder, mascullo mientras doy un paso hacia delante abriendo mi maletín delante de mí, de forma que me sea sencillo coger de dentro algo. *El plan B*. Recuperado, más o menos, de la impresión le grito con autoridad al camarero:

—¿Quién eres?

—Responde. Eres llamada.

Y si no lo es...plan B. Pienso mientras mis ojos se desplazan, alternativamente, entre el camarero y el interior de mi maletín.

Me mira pausadamente, sin percatarse de la sangre que le recorre la cara y responde, arrastrando las palabras y con sonidos de fatiga.

—Manuel, y usted es Daniel...

Qué demonios...

—Daniel de Santamaría.

Mi mandíbula se abre involuntariamente. Mi cara es un poema, lo sé. Ninguna llamada se había dirigido a mí. A mí. Ni había dado señales de saber quién soy...o lo que hago. Mi mano se crispa dentro de mi maletín y, a mi pesar, retrocedo un paso. El necesario para que mi espalda golpee levemente la puerta. *Esto es una mierda*, pienso mientras Manuel me sigue con su mirada. Imperturbable.

—Me han dicho que le diga que salga fuera, ande y entre en el portal 53.

—Ya —Susurro mientras sonrío. *No hay ninguna opción de que vuelva a salir a la calle hasta que me explique qué...*

Su voz se vuelve acerada cuando añade. — Y me han dicho que le diga que esta es la Palabra. Debes obedecer.

Me paro en el acto. La mano a punto de salir fuera del maletín. Nudillos blancos por la tensión. Miro a Manuel fijamente mientras asiento, me doy la vuelta, salgo del bar y me encamino al portal que me ha indicado sin mirar atrás. Ni me percató de la oscuridad, el olor y la presión.

La Palabra se obedece. Punto.

No hago sino avanzar cinco pasos fuera del bar cuando oigo un grito sordo y un golpe en el suelo. Manuel despertará en unas horas por sí mismo o cuando alguien, un cliente quizá, le encuentre, con sangre en su cara y sin recordar nada desde el preciso momento en el que entré por la puerta de su bar.

Os lo explicaría. De verdad que sí. Pero a mitad de mi camino, aun iluminado por la luz mortecina que emana del bar, un grito, más aullido animal que humano desgarró la lluvia.

Ahora no tengo ninguna duda. La voz no se equivocaba. *Y tengo un trabajo que hacer.*

La lluvia cae pesadamente mientras avanzo.

¿Por qué levanté ese teléfono? ¿Por qué?

* * *

En otro orden de cosas, se recrudecen las investigaciones de la policía en torno a la ola de desapariciones de adolescentes a lo largo y ancho del país. Fuentes cercanas a la investigación afirman que las Fuerzas

al entrar he creído percibir que el edificio no es muy alto, *cuatro o cinco plantas a lo sumo, va, que tu puedes*. Me digo a mi mismo mientras comienzo una ascensión extremadamente cautelosa por las escaleras.

De madera, viejas y cargadas de grietas chirrían con cada uno de mis pasos. Se van haciendo cada vez más angulosas, estrechas y picadas conforme asciendo. Una mano en la linterna y la otra en el asa del maletín, sin rozar siquiera una barandilla prácticamente oscurecida por la negrura que se extiende por el centro de las escaleras.

Una eternidad viene va. Y vuelve a venir y a ir hasta que llego al cuarto piso, un paso tras otro y encuentro aquello que estaba buscando. Qué el olor o la presión parecieran provenir directamente de un foco situado *dentro* de uno de los tres pisos del rellano podría ser un indicativo, quizá infalible. *Pero seamos sinceros*.

La pareja de mediana edad, los padres probablemente, que me encuentro justo al lado de la puerta de la casa son una pista definitiva. Están esperándome. Sus ojos no sangran. Sus ojos son dos torrentes de sangre. La madre, que ha llorado durante la última hora constato, abre su boca y me dice, con un ligero acento argentino.

—Nos han dicho que venía...

—Que saliéramos de la casa y no volviéramos a entrar que nos lo indique —Añade sin mover un solo músculo de la cara al hablar. La boca *quieta* mientras habla.

Efectivamente constato, ambos dos se encuentran dos pasos fuera de su piso.

Más llamadas, pienso mientras los examino desde la distancia del umbral. Dos pares de ojos ensangrentados que me miran sin *verme*. Es de nuevo la madre la que me indica.

—Nos han dicho que le contestemos a cualquier pregunta que desee.

—Bien Llamada. —*Muy bien*, añado para mí.

Las Llamadas no suelen dar más que aquellos mensajes crípticos, como el del camarero, sin opción a respuesta. En ocasiones, sin embargo, son capaces de interactuar y responder a preguntas. *Lo que se puede interactuar con una persona que, momentáneamente, no lo es*.

—¿Cuándo empezó? —Pregunto, mirando a la madre.

No entienden de miradas humanas, así que es el padre quién, con voz profunda y, de nuevo, con un ligero acento argentino el que responde:

—Hace tres días. No parecía nada. —Hace una pausa y añade — Pero hoy ha empeorado. — Incluso con la llamada, su cara parece contraerse con esa última información. *Por Dios, tres días con ella a solas*.

—Hoy ha empeorado. —Clama la madre, creando un charco de sangre en el suelo a sus pies.

—¿Y cuál es su nombre? —Pregunto esperanzado, los nombres son poderosos, normalmente las Llamadas no hablan, pero si pudiera tener el nombre, *¿de Ella por los gritos?*, sería más fácil. No mucho, pero quizá sí lo suficiente.

— Hoy ha empeorado. —Claman—. Os he hecho una...

—Hoy ha empeorado —Me interrumpen.— Hoy ha empeorado.

—¡Basta! —Les gritó mirándoles fijamente a los ojos.

—¡HOY HA EMPEORADO! —Gritan ambos dos al unísono. Ahora con un fuerte acento argentino. La sangre mana sin cesar y las bocas se abren en un rictus de dolor mientras sus palabras me golpean como un muro—. ¡HOY HA EMPEORADO!

Son dos padres, asustados, la Llamada se nutre de su miedo. Pienso mientras contengo el impulso por abrir el maletín.

—¡HOY HA EMPEORADO! —*Creen que su hija va a morir*. No hay plan B para ellos—. ¡HOY HA EMPEORADO! — Suelto el maletín, que cae pesadamente sobre el suelo—. ¡HOY HA EMPEORADO! — Con un rápido movimiento saco mi rosario del bolsillo, lo extiendo en mi palma derecha y acercándome a dos pasos de los padres soy yo quién les grita—, ¡HOY HA EMPEORADO! —haciéndome oír sobre sus gritos de angustia.

— ¡Basta! ¡En el nombre de Dios! —estallo en furia mientras me acerco todavía más a ellos. Mi rosario a un palmo de la cara del padre. La linterna en la de la madre—. ¡Sois llamada y esta es la

palabra! —Les salivo encima mientras su sangre salpica mi cara, mi camisa y mi chaqueta. Se callan ante la mención de la Palabra. Sus gargantas emitiendo gorgoteos sofocantes.

—Voy a entrar. Voy a cerrar la puerta y cuando salga olvidaréis los últimos tres días, así como el haberme visto. Y esto. — Concluyo agitando el rosario.

—Cuando salga, esperareis 300 latidos para entrar. Sois Llamada. Debéis obedecer.

Los dos retroceden un paso, sin ruido ya de sus gargantas. Y se apoyan en la pared, alejándose de la puerta de su casa. Aceptando la orden. Y su esclavitud a mis palabras.

Joder, si esto pasa fuera.... ¡Qué será lo de dentro! Retrocedo sin dejar de mirarles, guardo el rosario y, tras recoger el maletín del suelo entro en la casa. Cerrando la puerta tras de mí. Tristeza en dos caras curtidas que rezuman sangre, en un vestíbulo al que envuelve la negrura sin la luz de mi linterna.

La casa está oscura. *Vaya si lo está.* El interruptor de la entrada, así como el de la cocina a su izquierda y el del baño a la derecha replican en el vacío con sendos clics mientras trato, sin éxito, de encender alguna luz en el interior de la casa.

Recorro con la linterna la entrada y en un recibidor veo la primera foto de la familia. No será la última. El matrimonio con una hija entre ambos. Morena, rozando la veintena. Sonríen con la Sagrada Familia de fondo.

Una mueca aparece en mi rostro mientras avanzo por el pasillo, ya no hay sonrisas en esta casa, la luz de mi linterna de izquierda a derecha, tratando de encontrar un significado, una señal de dónde puede estar ella. *O una luz. O una luz.*

Al fondo a la derecha. Siempre al fondo a la derecha. La puerta está cerrada, pero es aquí. Cada fibra de mi cuerpo lucha por ser la primera en huir. *Cabronas.* Mis manos tiemblan mientras saco del maletín un gran crucifijo de madera y me lo cuelgo del pecho. El agua bendita va después. La espolvoreo sobre mi cuerpo, manos, pelo y cara. Biblia en la mano del maletín. La otra en la linterna.

Abro la puerta con la muñeca y dejo que lo haga

lentamente. La escena que me encuentro dentro es, en una sola palabra. Dantesca.

Es la habitación de los padres. Lo veo perfectamente, una cama de matrimonio, un armario, una cómoda y dos mesillas. Una marca en la pared, encima de la cama, *un crucifijo quizá*, recientemente movido de sitio. *Tres días...*

En la cama, retorciéndose en un cúmulo de sábanas manchadas de excrementos, sudor y sangre está ella. Gritando como si mil hierros candentes le quemasen la piel.

Muy bien, pienso mientras respiro hondo y entro en la habitación. La presión es ensordecedora, el olor atroz y el sonido. *Oh, el sonido.* Mi cuerpo, allá donde lo he espolvoreado con agua bendita humea. El vapor mezclándose con el resto de efluvios en la habitación con un siseo de dolor.

Dejo el maletín en la cómoda, junto a la cama. Abierto, por supuesto. Sin dejar en ningún momento de mirarla. La linterna fija en su rostro.

—Llevo 3 años haciendo esto. Y siempre termino en los cinco primeros minutos. Jamás con el Plan B. —Le espeto desde el borde de la cama. Haciendo chirriar las mandíbulas para hacer frente al olor.

—Somos... —Comienza ella. Una voz *masculina* surgiendo de su garganta.

Mi crucifijo se agita violentamente contra mi pecho, pugnando por salir despedido, la biblia cruje por la presión que ejerce mi mano libre sobre ella. La linterna fija en su rostro.

—¡LEGIÓN! —Concluye mientras salta. Salta y extiende sus brazos hacia mi cuello en un movimiento que ningún humano podría haber hecho. Ni contrarrestado.

Yo soy humano. Vaya si lo soy. Pero no tenía que contrarrestarlo. Tan solo tenía que extender mi Biblia delante de mí. Es ella quién *atrae* su movimiento. Brazos cayendo flácidos a ambos lados antes del impacto. Su cabeza antinaturalmente cambiando de dirección e impactando como una leve brisa contra mi Biblia para ser, automáticamente, despedida a la otra punta de la cama.

Su cuerpo golpea el cabecero de la cama y cae hecha un ovillo. La mitad superior de su pelo ha desaparecido. Quemado sin remedio. Sus bra-

zos siguen flácidos e inermes cuando me mira. Un odio infinito en sus iris.

Sonrío. *Esto acaba ya*. Subo una pierna en la cama y le muestro la Biblia. La linterna fija en su rostro y le exhorto. En letanía:

— ¡No dañarás a un siervo de Dios!

— ¡No dañarás a un hijo de Dios!

Mirándola fijamente subo la otra pierna y le grito, obviando sus débiles gritos de protesta. Desde arriba.

— No tomarás un cuerpo. Esta es la palabra. Yo te expulso. ¡Vade Retro!

Subo el ritmo y le grito con todo lo que tengo. Prácticamente saltando.

— ¡Esta es mi palabra!

— ¡Hijo de puta!

Finalizo con un grito de rabia y golpeo con la Biblia en la cara a la chica, que al contacto vuelve a salir despedida. Golpea el cabecero y cae rendida en la cama. Parte de su cara rojiza y rezumando pus por el golpe.

Mi respiración, agitada y entrecortada se sosiega cuando su cabeza cae, definitivamente, en la cama. *Esto siempre funciona*. Resoplo mientras la presión de la habitación disminuye. El insulto no es necesario, por supuesto, pero... ¡Qué bien sienta!

— ¡Tus padres casi han sido más duros que tú!
— Le digo, volviendo a respirar normalmente. Casi en tono jocoso. *Casi*.

Bajo de la cama y me acerco a la chica, que se recupera lentamente. Sangre desde su nariz. Emitiendo sonidos *femeninos* de dolor.

— Ey, ¿estás bien? — Le pregunto mientras compruebo sus iris. Morenos. *Esto está hecho*.

— Sí... sí... — con acento argentino responde mientras intenta enfocar su mirada en mí. Todavía atontada.

— Pero... ¿Es usted un cura? — Pregunto, sorpresa en su mirada y en la voz.

— Sí... — Respondo sonriendo pacíficamente — Bueno... un sacerdote. Lo decimos así ahora—. Añado encogiéndome de hombros.

— ¿Pasa algo?

— No, no te preocupes. Has estado mala... más o menos. Pero ya estás bien. — Le pongo la mano en el hombro y mirándola a los ojos le digo lo que, creo, espera oír—. Voy a buscar a tus padres niña. En un minuto están aquí.

Me giro de camino a la puerta. *Qué bueno que soy*. Todavía sigue atontada, sin recuperar el cien por cien de la conciencia. *Mejor*. Meto la Biblia dentro del maletín y cuando me dispongo a cerrarlo ella me dice, desde detrás.

— Muchas gracias Padre. Su camino es mi camino. Muchas gracias.

Todo mi cuerpo se revuelve de miedo. Un miedo profundo, primario y puro. Animal. Mis piernas tiemblan cuando me giro, todo lo rápido que puedo, ojos llorosos y la garganta seca. Mis esfínteres contenidos con un esfuerzo sobrehumano. Mi plan B siempre está en el maletín...

Salvo cuando entro en la habitación. Nunca está ahí cuando entro en la habitación. *Soy sacerdote. No subnormal*.

En un movimiento que he practicado mil veces durante los últimos tres años, pero que jamás creí emplear, saco mi pistola de la parte trasera de mis pantalones. En un movimiento la amartillo con el pulgar y le descerrajo un tiro a la chica en la frente. El retroceso casi me saca el hombro, el estruendo me rompe un tímpano, pero no me quedo ciego.

Y lo que veo es una joven. Su mirada, pura e inocente queda suspendida durante un segundo. Su sonrisa angelical clavada en un momento infinito de sorpresa esboza una onomatopeya muda.

Una lágrima recorre mi mejilla.

Y en ese momento todo se va al infierno.

Sus facciones cambian. *Cambian, por Dios santo*. Y una boca inhumana se abre para gritar:

— ¡SU CAMINO ES...

Le descerrajo tiro tras tiro. Cortando sus palabras. Impidiendo que hable. En el pecho, en la cara, en el estómago, en las piernas. En cualquier parte dónde puedo acertar. Caen boca arriba en la cama. Todavía intentando hablar con esa boca deleznablemente inhumana.

Coloco la pistola en su sien y ahogando sus últimos intentos a través de una garganta destrozada le grito con toda mi alma.

— ¡Mi camino solo es mío!

No hay piedad.

Disparo.

— *Jamás dejes que uno te robe tu camino...o que lo haga suyo sacerdote.*

— ¿Pero...por...por qué?

— *Porque ÉL habrá llegado. Y tú estarás muerto.*

Caigo de la cama y me arrastro hasta la cómo-

da. Dónde me apoyo. Todo mi cuerpo tiembla. Suelto mi pistola y miro mis manos ensangrentadas.

— ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! — Tenía razón.

La sangre gotea de mis dedos, que se curvan en estertores incontrolables, mientras mi mente estalla en comprensión.

— No soy un sacerdote normal.

FIN

¿Qué es la revista Valinor?

De manera complementaria a nuestra labor editorial, la **revista Valinor**

da la oportunidad a autores noveles de hacerse conocer por el gran público.

En ella, además de **relatos** de fantasía, terror y ciencia ficción hay espacio para la ilustración, la fotografía, el cine, la música, noticias, artículos, etc.

Si quieres publicar un relato en la Revista Valinor o colaborar de cualquier otra manera (publicidad, entrevistas, eventos o darte a conocer) puedes enviarnos un correo electrónico a la siguiente dirección **revista@editorialvalinor.com** y nos pondremos en contacto contigo.

La playa cósmica

Un relato de ciencia ficción de Daniel Flores Laino

Solemos pasear por la Costa cuando el viento no es muy fuerte; nos gusta, especialmente, cuando hace frío y la humedad es baja y no hay mucho sol. A Hermana Menor y a Mí nos divierte dejar nuestras huellas en la arena y ver cómo hacia el atardecer la marea las va llenando lentamente; al otro día, la sorpresa de que la tierra nos olvida es siempre nueva y repetimos el proceso. A veces tiro la pelota al fondo de la huella para verla emerger. Hay que ver la diversidad de gamas que pueden invocar una pelota, un pozo de arena, el agua marina y el sol rojizo del horizonte; a Mamá, que es tan *sentimental*, esas cosas la hacen llorar porque son bonitas, dice (lo leyó en algún libro).

Siempre que salimos de Casa, vamos todos, incluyendo al pobre Pip, que nos guía, aunque ya no es imprescindible. Durante nuestras excursiones hacemos lo que podemos por mantener y respetar el Estado Natural. Mamá, por ejemplo, tiene esa cosa de llevar el equipo de mate a cualquier lado, siempre abajo del brazo, como los charrúas, pero vuelca todo, es torpe, se quema. Hermana Menor es bastante compañera con Mamá, debo reconocerlo. La ayuda como puede, a veces se queman juntas, aunque ella también tiene su lugar establecido y lo respeta diligente: nunca sale sin su pulserita de los Rolling Stones y los auriculares enchufados a algún aparato que haga ruido. Quizá eso la vuelve un poco distraída, pero estamos todos de acuerdo en que ya se le va a pasar. "Son etapas", dice Pip. De los hombres del grupo, Papá es el menos original de todos: antes de salir a la calle nos dice "un momento, familia", da uno o dos largos pasos hasta el mueble apartado de

la sala, toma un diario cualquiera de entre el montón y lo enrolla (todavía no reconoce todos los signos), y después se pasa el día entero con el diario como una batuta, dice "esto, aquello" y señala con el tubito todo lo que menciona, cosa que a Mamá le encanta, aunque nada de lo que diga Papá tenga sentido. Nos hace reír, al menos. Pero sabemos que él eligió un rol fácil, no como Hermano Mayor, a quien le toca no habla mucho y cuando habla sólo dice groserías y, por lo general, se la pasa tecleando sobre la pantalla vacía de un teléfono de célula; a veces, de la nada, se pone a gritar fragmentos de poemas sencillos y luego queda exhausto, tendido sobre la arena. No puedo evitar sentir un poco de lástima por él, aunque no se puede hacer nada. En fin, por último estoy Yo, el que narra y escribe. Me tocó ser El Del Medio y, aunque me llevó algo de tiempo, después de mucho vacilar tomé un símbolo que me pareció pintoresco: una pelota de fútbol; es blanca y tiene el dibujo de un cometa o algo parecido. Pip dice que la pelota se parece un poco al mundo y que debería ser considerada un instrumento de ciencia; pero Pip no sabe mucho sobre la Familia, él es simplemente un guía. El resto, cada uno es *representamen*. Ahora que lo pienso, las zapatillas Converse también son una suerte de amuleto que tomé para ser conducente con el Estado Natural: nunca salgo de Casa sin unas Converse. Es curioso, pero aprendí a escribir "Converse" sólo setenta y dos días después de la conquista. Eso me enorgullece.

Llevamos apenas cuarenta y dos años en la Tierra. Creo que, de todos los aspectos humanos, uno de los más complejos es el calendario

gregoriano; la idea de que el tiempo deba ser adaptado a un sistema, parcelado. Algunos de nosotros todavía no lo comprenden del todo, y los más viejos directamente tienden al rechazo. Pero es igual, tenemos un compromiso y hacemos lo que podemos por llevarlo adelante. En el Pedregal... (en realidad, la conversión de los signos es difícil, pero el nombre de nuestra tierra podría traducirse como el Pedregal o algo por el estilo). Decía que en el Pedregal no existía esto que se conoce como *instituciones*, ¡y es fascinante! La idea de organizar la vida en función de estructuras escalonadas fue completamente nueva para nosotros. Nuestra existencia, para que se tenga una mera idea, sólo consiste en la adaptación. Cada tres o cuatro mil años terrestres, un grupo de nosotros se reúne por voluntad propia en el centro del Pedregal y sale expulsado en busca de un lugar en el que arraigarse y "hacerse una vida". Si alguna vez hubiéramos tenido una religión, seguramente nuestro Dios habría sido alguna especie de científico curioso y de espíritu aventurero. Somos una raza de individuales (la idea de "raza" también fue novedosa); nos criamos entre las piedras, que son como capullos, digamos, y nos desarrollamos hasta que llega el momento en que nos nace atravesar el Universo. Nuestro viaje hasta que dimos con la Tierra duró aproximadamente unos once mil años, quizá un poco menos. Reconocimos los océanos desde la distancia de Alfa Centauri y, por precaución, orbitamos durante algún tiempo en el Cinturón de Asteroides, esperando el momento en que todos estuvieran de acuerdo para dar el siguiente paso. Luego caímos.

Al emerger de los mares (fue un enero, las costas plagadas de turistas), no esperábamos encontrar resistencia, pero la hubo. Cosa de cinco meses de lucha, nada grave. El gran problema con las armas de destrucción humanas es que están pensadas desde la humanidad y sólo son capaces de destruir formas de vida previsibles. Basta con decir que apenas hubo alguna que otra caída entre los de nuestra raza, y una de ellas fue accidental. Así es que, tras la conquis-

ta declarada, reunimos a todos los supervivientes de la Tierra en la isla de Cuba y aprendimos de ellos todo lo necesario para la adaptación. Hoy vivimos en una pacífica armonía.

Lo que llamamos "Estado Natural" es el respeto por la conservación de las formas preexistentes en la Tierra. No vinimos a imponer nada nuevo; aunque nos hubiera gustado, no teníamos nada que ofrecer. Los pormenores del idioma, según las regiones que cada grupo fue tomando como hogar, al comienzo representaron un obstáculo, pero nuestra composición pedregosa retiene las vibraciones de los sonidos con facilidad y, así como las recibe, es capaz de reproducirlas (como un eco, no tan fieles a la fonación humana, por supuesto), por lo que en un puñado de años ya éramos capaces de establecer una comunicación fluida con un terrestre. Hay cosas que aún se nos escapan y debemos limitarnos a la emulación. Con el aprendizaje de la lengua vino la lectura y ahí se nos complicó todo. Mamá sostiene que hay un lenguaje humano oral para la vida social y otro escrito para la vida mental; el segundo es francamente incomprensible por momentos: al parecer, existe una guerra entre uno y otro, pero sutil, casi indirecta. Una complejidad inútil, pienso Yo. Y venía hablando del Estado Natural... Los pedregales, siempre establecidos en las grandes capitales, nos hemos ido repartiendo las organizaciones y las responsabilidades del terreno social. Todavía no gozamos de esa naturalidad con que se hacen las cosas en las películas, pero ponemos lo mejor de nosotros. A mí se me asignó el control de la economía local: organizo reuniones con otros de la misma área, hablamos de billetes, de la cuidadosa circunferencia de las monedas, analizamos el relieve de los próceres que hay en ellas y la cantidad de números que llevan inscriptos; también dibujamos estadísticas en una pizarra, aunque ignoramos para qué diablos sirven. Después de las reuniones importantes de fin de mes, optamos por un aperitivo de sabrosas monedas plateadas, trozos de acero y material, que acompañamos con cientos de litros de agua mineral;

sólo para los festejos de año nuevo nos permitimos un lingote de oro y cobre. En cuanto a otros pedregales, algunos atienden los bancos, otros los cines; hay quienes cuidan las plazas o dirigen el tránsito... Nada parece tan complejo como advertían los humanos al principio. Recuerdo a un viejo de lentes grandes, uno de los tantos retenidos en Cuba, que del otro lado de las rejas me dijo una vez: "Imitar una raza es ridículo, antinatural, ¿sabe?... Nuestra complejidad es infinitamente superior a su capacidad de adaptación. No es tan simple como meterse en otra piel". Me río. Lo estamos llevando mejor de lo que pensábamos.

A Mamá, Papá, Hermana Menor y Hermano Mayor los conocí en el Cinturón de Asteroides, mientras orbitábamos esperando el momento de caer. Pip es el único a quien conocía porque, lógicamente, cada uno tiene su Pip en el Pedregal; vendrían a ser una suerte de combinación entre una mascota y una nodriza, sólo que un poco más grandes y mucho más inteligentes que nosotros, y su función más importante es la de guiarnos en el proceso de desarrollo. En cuanto al resto, Papá se me acercó en medio de la nube de rocas (él también con forma de roca, para no aparentar) y me sugirió que nos hiciéramos una vida con ayuda mutua de nuestros Pips. Me pareció una sugerencia extraña, pero mi Pip estuvo de acuerdo y aceptó por mí. Más tarde, Papá y yo fuimos en busca del resto.

Luego de la guerra, la Tierra era un campo de muertos. Sobrevino un largo período de orden y limpieza, y también de aprendizaje. Conocimos el significado de "Familia" y repartimos los roles entre el grupo. En la casa que tomamos para vivir, a pasos de la Costa, eran cinco humanos (Andrés, Rosalía, Tomás, Andrea y Lucas), por lo que tuvimos que echar a uno de nosotros, que sobraba. Tenían una sola mascota, también, un perro, así que hubo que elegir al Pip más inteligente y devorar al resto. Supieron entenderlo, naturalmente.

Hubo una tendencia general por aceptar la cercanía de la playa. Hermano Mayor, que de

todos es el que más cerca está del lenguaje para la vida mental, expuso razones solemnes. Con su voz acuosa, nos dijo durante nuestra primera cena *formal*:

—No es agua ni arena la orilla del... mar. Las cosas discretas, amables... sencillas, las cosas se juntan como las... orillas.

Mamá, riendo, mientras se llevaba un trozo de Rosalía a la boca, preguntó de qué estaba hablando.

—Las orillas de los... mundos —balbuceó el otro.

Todos asentimos. Al día siguiente, la decisión fue unánime: nos quedaríamos a la vera de la Costa. Fue una de las pocas veces en que vi feliz a Hermano Mayor.

Con el paso de los años hemos notado que las calles fueron volviéndose más verdes; verdes como nosotros, aunque no tan brillantes. Se me ocurrió en una oportunidad decirle a la Familia que aquello era una señal de que la Tierra nos estaba dando la bienvenida, que por fin nos aceptaba. Era lo más lógico. Aunque es cierto que ignoramos perfectamente para qué sirven las plantas. Por ejemplo, en el fondo de casa tenemos un gran jardín con una multiplicidad de colores y de formas. Hemos visto fotos en las que El Del Medio y Hermana Menor jugaban en el jardín, por lo que eso hacemos nosotros a veces. Sin embargo, no sabemos bien a qué jugar; las plantas son frágiles como el agua y, apenas les respiramos cerca, caen al suelo, grises. Nos sentamos en alguna parte, sobre el césped y movemos las hojas, las hacemos crujir; luego imitamos el crujido con la boca y es divertido. Mamá, con la cabellera rubia de Rosalía, a veces nos mira jugar desde el vano de la puerta. Sonríe. Nos tiene prohibido comernos las mariposas.

Hemos advertido el hecho inevitable de que el Estado Natural, poco a poco, vaya pareciéndose más a nosotros que a nuestros huéspedes. O a una mezcla de ambos. Papá supo definirlo

en una palabra: evolución. Por supuesto que sí. Tarde o temprano, la humanidad hubiera llegado a esta *evolución*, por lo que no hay motivos para desconfiar de nuestro accionar. Es más, debemos alegrarnos porque por fin estamos aportando algo propio y genuino. Desde siempre nos esforzamos por la *naturalidad*, desde el día en que entramos a la casa y desvestimos las pieles de la Familia y adaptamos cuidadosamente nuestras cabezas (a algo parecido) a la pequeña calavera humana, y pegamos metódicamente las pieles a nuestras caras y los cabellos a nuestros cráneos. Prescindimos de los dientes, por minúsculos; al final, los juntamos todos en un puñado y se los dimos a Pip. Nos lo agradeció.

A veces pienso que quizá algún día vengan otros a tomar la Tierra... Solemos pensar en esas cosas. Claro que no hay de qué preocuparse, porque cederíamos de buena gana el lugar y buscaríamos otro, habiendo tantos. Pip dice que los humanos de la Otra Tierra ya están enterados de todo; él sabe de esas cosas. Probablemente estos hombres organicen una reconquista en algún momento. Los recibiríamos con fiestas y consejos. Sería lo más justo.

Igual habría cosas que arreglar, hay que reconocerlo. Hace ya dos décadas que no hay luz en el planeta y Papá no puede ver sus películas. No la necesitamos, pero nos daba cierta tranquilidad por las noches. Ahora el lugar se asemeja un poco más al Pedregal; es como decía recién, poco a poco se va pareciendo más a nosotros. Al pensar en esto, recuerdo lo que Hermano Mayor decía sobre la orillas de los mundos. Realmente parecería existir una conexión cósmica, como un tejido... Es gracioso, ya empiezo a hablar como él. Pero, ahora que lo pienso, quizá sea por esa *conexión* que salimos casi todas las tardes a contemplar el horizonte marino y a hacer nuestras huellas en la arena y a jugar con la marea que sube y, por ende, a continuar con el Estado Natural, que en definitiva no es más que un largo inventario de pequeños ritos. Al final, cuando muere el sol con el crepúsculo, nos abrazamos todos en la orilla,

en Familia, y hacemos silencio; en su rol, Pip aprovecha esas horas para perseguir a las gaviotas por el aire, muy por encima de las olas. A veces, para cuidar las apariencias, les ladra.

FIN

Si te ha gustado el relato puedes seguir a Daniel Flores Laino en [su blog](#).

EL MUNDO QUE MUERE

Un relato de fantasía épica de Miguel Huertas

El forastero bajó de las montañas tras haber matado a un hombre. Llegó al pueblo con las últimas horas de luz, y entró en la posada con caminar pesado. De inmediato, varios pares de ojos se alzaron de las bebidas y le observaron con suspicacia.

El recién llegado era distinto a cuanto estaban acostumbrados los lugareños. Era un hombre muy alto, tanto que había tenido que agacharse levemente al entrar para no dar con su cabeza en el marco de la puerta, y al mismo tiempo demasiado flaco. Aunque sus hombros eran anchos, sus miembros eran largos y delgados, y en conjunto era demasiado enjuto como para parecer saludable. Tenía el cabello más corto de lo normal, áspero y de color humo. El rostro que aparecía bajo él era anguloso, como tallado en un bloque de madera, con la piel tirante bajo los pómulos, y de rasgos tristes. Sus ojos eran duros y fríos como pequeñas piedras pulidas. Tenía el aspecto de un lobo famélico.

Debajo de la capa oscura en la que venía arrebujado, vestía un justillo de cuero con discos de hierro negro sobre el pecho, y pesadas botas que habían visto tiempos mejores. Cargaba con una espada grande, pesada, que parecía llevar como si fuese una carga excesiva, y un puñal curvo como la uña de una bruja era bien visible en la parte de atrás de su cintura.

El extranjero hizo lo posible por evitar las miradas de los presentes y ocupó una mesa pequeña y apartada de la hoguera pese a que parecía aterido de frío, dejándose caer en la silla de madera como si sus piernas se negasen a sostenerlo más.

Tras unos instantes de indecisión, el posadero mandó a su hijo mayor a ver qué disponía el desconocido. El forastero pidió y devoró media

hogaza de pan negro con queso, un hondo plato de estofado montañés y dos pichelos de la cerveza tibia del lugar, y demostró tener buenas piezas de cobre con las que pagar las viandas. Esto último tranquilizó notablemente al posadero, sin embargo, muchos de los presentes habían observado al recién llegado con cada vez más inquietud. Comía pausadamente, sin levantar la mirada de su plato, y se había desatado la correa de la vaina de su arma, pero mantenía la espada apoyada en el borde de la mesa y siempre al alcance de la mano.

No pasó mucho tiempo antes de que el susurro «rebanacuellos» recorriese como una ola a los lugareños, y sólo un poco más hasta que uno de ellos apurase su jarrita de vino ácido y marchase a buscar al alguacil.

El forastero había fingido no percatarse de la atención apenas disimulada ni de los susurros acusatorios, y aún le dio tiempo a pedir otro pichel de cerveza tibia antes de que nadie apareciese.

Tras beber un sorbo, hizo un gesto al posadero, quien esta vez envió a su esposa, como si temiese que el extranjero fuese a contagiarlo de una oscura enfermedad.

—Comadre, ¿es este el pueblo de Tres Alisos? —gruñó el forastero con una voz baja y ronca.

—Lamento decir que no, buen hombre. Esto es Buen Arroyo —respondió ella con voz clara y mirando directamente al recién llegado, demostrando así más arrestos que su esposo—. Si vuestra intención era llegar a Tres Alisos, os habéis desviado varias leguas. ¿Venís de las montañas? —Él asintió una sola vez, lentamente—. Entonces diría que habéis errado el camino, tomando el sendero equivocado en Pico del Oso.

El desconocido no dijo nada, ni siquiera pareció contrariado por la noticia, simplemente indicó con un silencioso gesto que no precisaba nada más.

Cuando los intranquilos aldeanos ya pensaban que el sospechoso extranjero iba a tener tiempo incluso de echar una cabezada, el alguacil hizo acto de presencia.

Era un hombre brutal, de largo mostacho negro que le llegaba al mentón, que vestía un tabardo de cuero reforzado; como de costumbre, tenía los pulgares enganchados en el cinturón, del que colgaba una maza corta erizada de púas de metal negro. Pese a ello, incluso él miró largamente al desconocido y pareció respirar hondo antes de acercarse a grandes pasos.

Esta vez, el forastero sí alzó la vista de su pichel casi vacío, y puso las manos sobre la tabla de la mesa, tan cerca de la empuñadura de su espada que el alguacil se detuvo bruscamente a dos pasos de él.

—¿Qué intenciones os traen a este pueblo? —gruñó el que estaba de pie, tironeándose del extremo negro de su bigote.

—Erré mi camino, alguacil. Me marcharé por la mañana, después de pasar la noche aquí —respondió con voz pausada.

—No creo que eso sea posible, desconocido— murmuró el alguacil acercándose un paso más, con la mano casualmente posada sobre el mango de la maza—. En estas tierras no se le da la bienvenida a cierto tipo de gente.

—¿Y qué tipo de gente es esa? —murmuró el forastero.

A pesar de que había hablado con voz tranquila, sus ojos hervían con advertencia, y la mirada atenta del alguacil saltaba de la mano del extranjero al pomo de su espada, apoyado contra el borde de la mesa.

Cuando parecía a punto de responder, una tercera persona entró en la posada, provocando un leve revuelo de murmullo entre los lugareños, que presenciaban expectantes la escena.

Se trataba de un hombre joven, pesado y rubicundo, de pelo ondulado y castaño, que lucía un jubón verde bordado con perros color plata y

caminaba como si todos los alrededores le pertenecieran.

Al ver al alguacil dar un paso atrás con respeto, el forastero pensó que tal vez así era.

—Me complacería hablar un instante con nuestro más reciente invitado, Fedor —anunció con voz suave y bien modulada.

—Se hará como digáis, mi señor.

El alguacil se retiró varios pasos, y la mirada autoritaria que paseó por el lugar obligó a los lugareños a bajar la visita hacia sus jarras de barro y preocuparse de sus propios asuntos.

—Espero que podáis comprender a Fedor, maese. Tan sólo pretendía cumplir con su deber, como un buen perro guardián. Los campesinos no están acostumbrados a los desconocidos como vos en estas tierras, se ponen nerviosos.

—No soy maese —replicó el forastero escuetamente.

—Desde luego, desde luego —respondió el otro con una sonrisa confiada—. Decidme, si os complace, ¿cuál es vuestro nombre?

—Domenec— gruñó el forastero.

—Bien, Domenec. Vos habláis con German de Allera, aunque podéis dirigirlos a mí como “mi señor”. Velo por estas tierras en nombre del condestable.

El jubón bordado que llevaba el hacendado posiblemente era más valioso que todas las pertenencias de quienes estaban en ese momento en la posada, y de su cuello colgaba un pesado medallón de oro y bronce, con la cabeza grabada de un sabueso. Sin embargo, el forastero había visto con sus propios ojos a los príncipes mercaderes de más allá del mar, y no se impresionaba fácilmente.

German sonrió ante el silencio del desconocido.

—La parquedad de palabras es una ventaja para los de vuestra ocupación, Domenec. Tengo un asunto que tratar con vos, una incomodidad de la que no me importaría deshacerme, si comprendéis.

El forastero, que comprendía, dijo:

—No soy un rebanacuellos.

—Por su puesto que no. Ni pretendía ofenderos llamándoos de ese modo, creedme. Una espada a sueldo suena más elegante, aunque yo prefiero consideraros una persona que conoce el valor de la vida... Su valor exacto. Yo también creo conocer ese valor, y estimaría que ronda las veinte piezas de plata. La mitad ahora, la mitad al terminar. Es un buen puñado de monedas por tan sólo un golpe de vuestra espada.

El forastero se limitó a mirar a German, quien interpretó el silencio como conformidad.

—Veréis, se trata de una cuestión que me supone un gran pesar. La incomodidad en cuestión es una mala víbora llamada Sidhe, una mujer de cabello como el fuego que... Bueno, debo reconocerlo, jugó conmigo y con mi corazón, haciendo promesas que no pretendía cumplir, tendiéndome puentes para derrumbarlos poco después. Ya veis, una mujer sin honor que me hizo perder el mío. Y eso no puedo tolerarlo.

El forastero escuchó en silencio las palabras del hacendado, y después se encogió de hombros.

—Lamento vuestras tribulaciones, pero no tengo intención de matar a mujer alguna. Ni a hombre alguno, ya puestos.

Las mejillas del noble parecieron encenderse un momento, pero después volvieron a su color habitual, y German se limitó a sonreír, acariciando su medallón.

—Pero ya habéis matado a un hombre, ¿no es así, Domenec? Acaban de encontrarlo en el sendero de la montaña, poco antes de que yo entrase en la posada. Unas heridas espantosas, esa que causa vuestra espada.

—¿No tengo elección, entonces?

—Siempre hay elección, Domenec. Una de vuestras opciones es hacer lo que os pido, lavar mi vergüenza y mi deshonra con la sangre de esa mala mujer, y continuar vuestro camino con más plata que antes en vuestra bolsa. La otra es ser ahorcado por asesinato. Fuera de la posada esperan cinco de los hombres del alguacil. No me cabe duda que sabréis blandir bien ese arma horrible y carente de elegancia, pero son demasiados— La sonrisa de German era cada vez más amplia—. ¿Qué elegiréis, Domenec? ¿La plata o la sogá?

—Es una elección fácil... mi señor —gruñó el forastero inclinando la cabeza.

* * *

El sol estaba en su cenit, aunque no calentaba lo suficiente para hacer sudar al forastero a pesar de la inclinación del sendero por el que ascendía trabajosamente.

Llegó a lo alto de la colina, sintiendo el tintineo de las diez piezas de plata en su bolsa. A una docena de pasos a su derecha, el molino derruido se alzaba como un cadáver medio podrido de lo que un día fue, con la mayoría de las rocas que lo habían formado esparcidas alrededor de la única pared que quedaba en pie. El arroyo que le había dado vida y que daba nombre al pueblo era marrón y poco caudaloso, aunque aun así se hacía oír por encima del leve soplado del viento.

Según el hacendado, esa mujer, Sidhe, solía vagar por las ruinas del molino al mediodía, cuando el sol estaba en lo más alto.

El forastero ya estaba comenzando a pensar que la noticia se había propagado y que la mujer simplemente había abandonado el pueblo al amparo de la noche, como debería haber hecho tiempo atrás, cuando vio su silueta destacando sobre la piedra gris de la pared del viejo molino.

Sidhe era poseedora de una belleza distinta, más indómita, más salvaje. Tenía la piel del color de la luna, salpicada de pecas, que formaban una curiosa constelación sobre su cuerpo. Su cabello caía sobre sus hombros y espalda en bucles hipnóticos del color de las llamas a punto de extinguirse.

Vestía ropas de tela basta, como las campesinas, pero llevaba la falda rasgada para permitir la libertad de movimientos, y llevaba un aro de bronce alrededor del brazo, por encima del codo.

Miró al forastero con ojos del color del musgo, y dijo con voz tranquila:

—Has venido a matarme.

—Debiste huir de tu antiguo amado antes de que encontrase a alguien para blandir el acero, Sidhe —respondió el llevando una mano a la empuñadura de su espada y avanzando a pasos largos y pesados—. Ahora ya es tarde.

La mujer, en lugar de retroceder asustada,

avanzó con movimientos flexibles y ligeros como los de un gato de montaña.

—Las hijas de la tierra no huyen, forastero.

Más cerca, Domenec pudo ver que, parcialmente ocultas por sus ropas, la mujer tenía líneas retorcidas, azules como el cielo al anochecer, sobre su piel blanca.

—No me corresponde juzgar qué actos son pecados, si los tuyos o los de él. Sólo debo blandir la espada.

El forastero desenvainó la espada, y el acero brilló y cantó al cortar el aire.

—No puedes huir del juicio —dijo ella mirándole a los ojos cuando él se disponía a golpear—. Nunca podrás huir del juicio de los demás pero, lo que más te aterra, nunca podrás huir del tuyo propio.

El acero se detuvo temporalmente. Siempre es temporalmente.

—No sabes nada sobre mí —gruñó el forastero.

Sin embargo, sentía cómo esos ojos de color musgo arañaban su coraza, le arrancaban el pecho y escrutaban su interior hasta tocar fondo, observando sus más oscuros secretos.

—Eres tú quien no sabe nada de mí, forastero. Sin embargo, has elegido matarme.

—No tengo elección, Sidhe.

—Siempre hay elección.

—Debiste elegir la huida antes que provocar los celos y el despecho del hombre más poderoso de estas tierras. Si no soy yo, mañana será otro, u otro al siguiente día. El acero llegará.

Sidhe echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada, sonora como el trino de un pájaro salvaje.

—¿Eso es lo que te ha dicho? Esa historia de amores es mentira. German no quiere matarme por despecho, quiere matar el conocimiento. El conocimiento que yo poseo.

La punta de acero de la espada del forastero bajó lentamente hasta tocar la tierra.

—Eso es un torque —murmuró Domenec mirando el aro de bronce que tenía la mujer en su brazo—. La marca del viejo pueblo.

La mirada de Sidhe, verde y antigua como los

bosques que habían visto el amanecer de los seres humanos, le atravesó con una intensidad que no habría creído posible.

—Soy conocimiento. Soy el saber de las hierbas y de la luna, del arroyo y la montaña. Soy la sangre de los pueblos del bronce, que hablaban la lengua de la verdad. Soy vida, y soy muerte. *Aes Sidhe*. Celta. Bruja.

El forastero apretó los dientes y una línea se marcó en su mandíbula.

—German te dijo que acudieras aquí a mediodía, porque cree que el sol me hace daño, que sólo en la oscuridad puedo tejer encantamientos...perro ignorante. *Gallaibh*. Él sólo quiere exterminar el conocimiento antiguo, el saber de las plantas y la tierra, de las que daban vida y trataban con la muerte. No tiene nada que ver con el amor, con los celos, ni con la deshonra. Sólo se trata de arrancar las raíces del mundo. Y quemarlas.

—Los motivos no importan, Sidhe. Sólo el acero.

Sin embargo, los ojos de ella, ojos antiguos que ardían con el recuerdo de pueblos casi extintos, no se desviaban a la hoja de espada, no cedían. Sólo miraban.

—No me conoces, forastero, pero yo sí te conozco. Eres un hombre violento, un hombre de acero y de sangre. Pero también tienes acero en tu interior. Otro tipo de hombre ya habría golpeado, regando esta tierra con la sangre de la última *sidhe*. No lo haces por la plata, ¿no es así? Eres como un barco sin remos ni timón, el viento gris sopla y te arrastra hacia donde no quieres ir. Pero no puedes elegir, así que aprietas los dientes y vas. Pero ahí te equivocas, forastero. Siempre hay elección.

Los ojos de la mujer nadaban en él, buceaban, dominándole con su hechizo.

Pero el momento pasó, y el hechizo se quebró en mil pedazos como si jamás hubiese existido.

El forastero levantó el acero.

* * *

German esperaba junto al granero, en el linde del bosque, tal y cómo habían convenido. Se hacía acompañar por dos de los hombres del alguacil, pero tenía la bolsa de monedas en la mano, y se la pasaba de una mano regordeta a la otra con impaciencia.

El rostro del hacendado se iluminó con una ancha sonrisa cuando vio aparecer al forastero y reconoció sus andares pesados, y aún más cuando vio que al cinto llevaba una bolsa de tela basta oscurecida con el color inconfundible de la sangre. Detrás de él había un rastro de pequeñas gotas rojas, un reguero de muerte que seguía los pasos del forastero.

Los hombres del alguacil se intercambiaron una mirada nerviosa y después no quitaron la vista de la espada del extranjero, con las manos enguantadas sobre el mango de sus armas.

El forastero se detuvo frente a ellos con una mirada hambrienta, y palmeó la cabeza cortada que tenía en la bolsa, colgada de la correa de su cinto a modo de macabro trofeo.

—Debisteis decirme que era bruja, mi señor.

—¿Os supusieron algún problema los hechizos de su lengua venenosa, Domenec?

—Sólo durante un momento, mi señor. Da igual de qué criatura se trate, si tiene sangre dentro, el acero la derrama.

German rió y abrió los brazos en un gesto de conformidad.

—Desde luego, desde luego. Lamento haberos mentido, Domenec, pero un hombre de menos valía hubiese dudado ante la palabra "bruja".

—No importa ya. Sólo importa la plata.

El hacendado ríe en tono grave y satisfecho mientras desataba la bolsa.

—Desde luego, desde luego. Otra diez piezas, como prometí.

El forastero tomó la bolsa con manos ávidas y comenzó a contar las piezas de plata. En tono ausente, dijo:

—¿No os acompaña vuestro alguacil hoy, mi señor?

—Estará durmiendo la mona debajo de alguna pila de heno, abrazado a alguna campesina —murmuró German mientras observaba al asesino contar las monedas con impaciencia.

—Bien, mi señor. Habéis hecho honor a vuestra parte del trato —dijo Domenec, guardando las monedas y tomando la bolsa ensangrentada—. Ahora, vuestra cabeza.

—Sabía que erais un hombre brutal, veo que no me equivocaba con respecto a vos —comentó el hacendado, tendiendo las manos hacia el macabro trofeo.

El forastero tomó la cabeza cercenada por el cabello y la arrojó. El rostro de mostacho negro golpeó a German en la frente, haciéndole caer hacia atrás.

Los guardias se quedaron un instante congelados, mirando atónitos la cabeza cortada de su alguacil, antes de echar mano a sus armas. Pero el forastero ya se estaba moviendo.

Antes de que el primero tocara el mango del hacha, Domenec le dibujó una sonrisa en el cuello, con su cuchillo curvo cortando músculo y arterias como si fuesen mantequilla caliente. La sangre roja estalló en el aire y dio en la cara del forastero con una cálida bofetada. El segundo guardia ya estaba alzando su maza, pero Domenec le aferró la muñeca y le miró a los ojos, de cerca, mientras el cuchillo entraba y salía repetidamente de la carne de debajo de las costillas. El hombre cayó de rodillas y tuvo tiempo de lanzar un sonido gorgoteante antes de que Domenec le silenciara hundiendo el puñal en un lado del cuello. El acero entró y salió como rasgando seda, y el guardia murió.

German, que miraba horrorizado la cabeza cortada, levantó la vista hacia los ojos fríos del forastero, y comenzó a retroceder.

Sidhe salió de los árboles como una sombra del mundo antiguo, con líneas de un retorcido azul enmarcando los rasgos de su cara, y con el torque de bronce brillando como el fuego al reflejar la luz del sol.

Puso un cuchillo en el cuello del hacendado, que boqueaba sin encontrar las palabras. La bruja empuñaba con firmeza el mango de madera del arma, cuyo filo de hueso era viejo, pero aún capaz de derramar la sangre de un último sacrificio.

Domenec limpió su puñal en las ropas de los muertos y lo envainó en la parte de atrás de su cintura, contemplando la escena sin intención de intervenir. Esa muerte no dependía de su acero.

German retrocedió hasta tocar con su espalda la puerta de madera del granero, con la cuchilla

de hueso contra su garganta y los ojos de Sidhe vomitando fuego verde sobre él. El hacendado miró con pánico a la mujer, y después al forastero. Al ver que éste no hacía nada ni tenía intención de hacerlo, algo de color volvió a su rostro redondo. Miró a Sidhe con más seguridad, después con abierto desafío, y un segundo después, con sorna.

—Parece que el asesino no tiene intención de matar más, bruja —Murmuró German, soltando una carcajada—. Sólo estás tú. Y ahora no puedes matarme, ¿verdad? . Ese culto que profesas, condenado a su fin, te impide matar. Adoras a los árboles, a los animales, a la vida. A toda vida, ¿eh? Da igual cuantos patéticos huesos pongas en mi cuello. No puedes dar el paso. La muerte os está vedada, bruja.

Se reía con regocijo, seguro de su victoria.

—Siempre has sido un ignorante, German. Confundes a las mujeres con el pecado, y el conocimiento con maldad—siseó ella—. Amar la vida es amar su final. Un lobo no mata por placer, ni por oro, ni por tierras o celos. Pero, cuando es el momento indicado, lo hace sin dudar, y arranca la carne sin remordimiento. Has confundido su aullido con música. Sí, German, has olvidado que unos mueren para que otros puedan vivir. Tu último error.

Sidhe le cortó el cuello despacio, con reverencia, como si contemplar el filo de hueso segando la vida de German fuese algo sagrado. Quizá lo era.

—*Slán abhaile* —murmuró en la lengua de la lluvia y el bosque mientras el hombre se desangraba.

El último adiós.

Sidhe besó el cuchillo, dejándose una marca roja en la cara, y lo envainó sin limpiarlo. Más tarde sumergiría el filo de hueso en manantiales ocultos en lo más profundo del bosque, arroyos puros que sólo ella conocía, para que el agua sagrada bebiera la sangre derramada.

El forastero y la bruja se miraron.

—Ya he derramado demasiada sangre —dijo Domenec—. Debo continuar mi camino.

—Gracias —dijo ella—. Pero esto sólo es una gota de victoria en una tormenta de derrota. El

viejo mundo se muere.

El forastero se encogió de hombros.

—No entiendo esta guerra entre lo viejo y lo nuevo, no entiendo cuál es mi lugar, o si tengo lugar en ella. Sólo vivo.

—Vives. Y matas —susurró Sidhe.

—Sí.

Ella se acercó hasta el forastero con sus pasos felinos, y sus labios se tocaron en un beso brusco, corto, que tenía el sabor metálico de la sangre de los muertos. Domenec lo aceptó como lo que era, un regalo, el fin de un ritual olvidado, una despedida. Nada más.

—Adios, Sidhe.

Los labios de ella, aún manchados de sangre, le acariciaron suavemente la oreja y susurraron:

—Sidhe no es mi nombre. Sólo es una palabra de la lengua antigua, la lengua de mi madre y de mi abuela, mi lengua, que los hombres han convertido en “bruja”.

—¿Cuál es tu nombre, entonces?

La bruja se apartó y lo miró con esos ojos, verdes como el corazón del bosque, en los que cualquiera podría perderse, perderse hasta morir.

—Rhiannon.

Domenec asintió, aceptando ese nuevo regalo, y reconociéndolo como mucho más valioso que el anterior.

—Buen viaje —se despidió Rhiannon, con la voz teñida con la sabiduría de las raíces del mundo—. Pero no podrás escapar de los fantasmas que llevas contigo. Jamás.

El forastero sonrió con una mueca de tristeza, y le dio la espalda, continuando su viaje.

—Adiós, forastero —dijo ella mucho después, con tan sólo los árboles y los muertos como testigos..

FIN

Si te ha gustado el relato puedes seguir a Miguel Huertas en [su blog](#).



FÁBULAS

Tres fábulas de Richard Montenegro

I

Todas las tardes, desde su llegada, parecía un lienzo de Watts. Reclinado sobre un parapeto algo resquebrajado, sin duda, por la usura del tiempo mientras, desde las profundas sendas del sueño, miraba con cierto temor a lo lejos la red de senderos que se entrecruzaban de manera casi Infinita. Ahí estaban ellas y mañana las vería.

Lleno de valor sale temprano a recorrer la madeja de sendas que se entrecruzaban y resbalaban entre ellas como serpientes recién nacidas en su nido. Aún se pierde en los senderos. La gente le miraba con rencor mientras le gritaban: ¡Minotauro! ¡Minotauro! Él ignoró los gritos hasta que sintió unas coles estrellándose contra su cabeza. Volteó y vio un celaje huyendo por una estrecha senda. Corrió por ahí y al final se encontró con una niña. Apretó el mango de la espada al acercarse y ella sonriendo con burla le ofrece un cuenco con agua y un poco de pienso. El se detuvo en el acto y resoplando con furia se vuelve y regresa al palacio.

Su mujer había sido raptada. Muchos dijeron que ella había huido con aquel hombre. Manchado su honor, organizó a sus hombres, buscó a su hermano y en la empresa sumó a todo aquel que gloria quería. Navegaron y al llegar sitiaron las murallas que guardaban el amor. Con tretas poco honrosas las doblegaron y destruyeron, cortando las gargantas de cada poeta

para que no cantaran las bellezas de su ciudad perdida. Temían que retoñaran las piedras.

Mató al hombre que amaba su esposa, la trajo de nuevo a su reino y a su lecho pero ya nada fue igual. Nunca pudo evitar que en los angostos callejones que dejaban los tenderos en la plaza del mercado las mujeres, esas mujeres que perdieron a sus padres, hermanos e hijos en esa lejana guerra le llamaran: Menelao el Minotauro.

VII

Ya olvidó hace cuanto su amado se fue, solo le mantenía en pie su esperanza. En sueños le veía venir por ese sendero que los llevaba a ese jardín oculto donde sudorosos llegaban a abrazarse. Recordaba como él, antes de darle la comida en la boca, jugaba con ella imitando el vuelo de Icaro. Recordaba todas las veces que durmieron juntos y compartieron el calor de sus cuerpos. Aún recordaba el olor de su amado. Como lo extrañaba. Ya no creía que volvería, pero esperaría hasta el final. La vejez quería apoderarse de su cuerpo pero no lo permitiría. Todos los días salía a recorrer ese sendero secreto, que ya no era tal porque muchos hombres y mujeres comenzaron a profanar ese

signo de amor no olvidado. Una ráfaga le trajo un viejo perfume. Le vio venir por ese sendero, que al mediodía dolía caminar, detrás de una carreta arrastrada por bueyes. Caminaba con gallardía oculta. A su lado pasó el herrero, el zapatero y el pescador de esponjas que hacia tiempo que estaba baldado. Ninguno le reconoció, parecía invisible a los demás. ¿Sería él? ¡Claro que lo era! Su corazón se lo decía. Temblando emprendió la carrera hacia su amado, él se detuvo y abrió los brazos. Saltó hacia su pecho y él le abrazó. Volvió a sentir su olor, su calor y el sabor de su piel. Había vuelto, él había vuelto. Con su mirada nublada busca los ojos de su amado y suspira por última vez. Y así Argos descansó por última vez en los brazos del rey de Ítaca.

vivía la justicia y te mostró cual sería tu desgracia. En la edad de hierro, en una tierra aun sin nombre. Más allá del extremo oriental del reino de los Atlantes, él te dio a ver lo que nunca serías:

¡Ay! Aristeo, nunca serás Martín Tinajero.

FIN

Si te han gustado las fábulas puedes seguir a Richard Montenegro en [el blog del Grupo Li Po](#)

XII

El oráculo estudió los signos con sumo celo y mostrándole su visión le dijo: Nunca serás Martín Tinajero.

Tu lujuria desmedida, rompió un lazo que debía ser eterno. No importa lo que pudiste enseñarle a los hombres. Con tu persecución llenaste de veneno un ánfora colmada de un amor que te era ajeno. Ellas, con razón, mataron sin piedad a tus compañeras. Condenaste al mundo a no escuchar más prodigios. Buscaste desesperado el consejo del oráculo. Él te dijo:

—Un octuple sacrificio debes hacer para purificarte.

Seguiste sus palabras y ellas alegres volvieron danzando para ti ¿El sacrificio saldó la deuda? No, no podría. El milagro era producto de tu alcahuete padre. Pero en el corazón del oráculo

LICÁNTROPOS EN NEW YORK



Un relato de terror de Chris Martin L.

Nunca vi nada semejante a lo que mis pupilas captaron en aquel entonces, en una hora y minuto del cual no tenía conocimiento alguno, pues las agujas del reloj se encontraban únicamente en el interior de mi mente, retumbando al compás de los latidos agitados de mi corazón en un constante eco perdido en el tiempo. Lo único que intenté fue hallar un remedio para calmar la frustración incontrolable que se escondía vagando de neurona en neurona, provocando un agudo dolor de cabeza. De igual manera desconocía el clima que cernía las afueras de New York, si el sol o bien la luna estaba aposentada en el cielo, lo que de cierto sabía era que el irreconocible rostro ante mí hizo que me reencontrara con el miedo mas absoluto. Fue una sensación imposible de detallar con precisión, abrí los ojos con lentitud en varios intentos de despertar y ver con claridad, acto seguido parpadeé hasta que vi con nitidez lo que tanto dejó intrigado a mi mente difusa. Un ciclón de pensamientos y sentimientos complejos se enredaron entre sí provocando un bucle de confusión en mi interior, mi estómago rugía y se estremecía al igual que el alma bajo mi pecho. En un intento de tranquilizarme me percaté de que lo único que podía mover eran exactamente mis ojos, los que mantuve cerrados por miedo a volver a ver lo que vieron. Por más que intentaba articular mis músculos o gesticular palabra alguna y pedir ayuda nada podía hacer. Notaba como cada parte de mi ser permanecía atada en cada extremidad de mi cuerpo por algún tipo de material circular a un cálido soporte donde mi espalda estaba estancada, tampoco pude tragar saliva y noté como esta iba descendiendo lentamente sobre mi pecho, lo cual quería decir que estaba inclinado en vertical, lo que también supe

por la intensa presión de la sangre hirviendo en mi cuerpo. Nunca la sentí fluir tan viva como entonces, era como si hubiese vuelto a nacer. Volví a abrir los ojos y descubrí que el rostro de aquel ser estaba alumbrado por la tenue luz de una bombilla a pocos metros de mi, colgando en una pared que permitía dejar ver el espejo en el que estaba encarcelado. Mi rostro. Donde antes había una piel rosada y sin arrugas ahora ocupaba su lugar un voluminoso y oscuro pelaje de color grisáceo, lleno de pliegues que hacían de mi mirada confusa una con ojos penetrantes y cautivadores cuyo iris cristalino brillaba incluso mas que la luz de la bombilla. Un gran morro sobresalía al frente con dos agujeros incrustados en el, y unos finos bigotes blancos sobresalían de el. Bajo este, vi la boca, mi boca, llena de dientes como nunca antes había visto, pues los colmillos eran tan afilados que probablemente envidiaría cualquier ser carnívoro, y sobresalían de la mandíbula entrecruzándose entre si los superiores con los inferiores. No tenía palabras para explicar en que ser me había convertido, solo tenía conocimiento de que la persona que había sido en un pasado ya no estaba allí, era alguien completamente nuevo y los latidos de mi corazón comenzaron a acelerarse una vez mas, lo extraño es que tampoco recordaba quien era antes de mi despertar.

Intenté mover los dedos de mis pies, luego los de mis manos, pero todo intento para ello fue inútil, pues al parecer mi cuerpo había sido paralizado por algún tipo de veneno que desconocía. Solo podía esperar en aquella oscuridad con un mero halo de luz frente a mí, esperar a que pudiese utilizar mi fuerza para desquitarme de aquello que me ataba, o bien ver llegar a alguien

por alguna puerta perdida en aquel salón donde solo me acompañaba la soledad.

Mis ojos volvieron a cerrarse para quedar sumido en un profundo sueño como consecuencia del cansancio. Al volver a despertar pasaron los minutos, no se cuantos pues a lo mejor horas fueron las que pasé de nuevo ahí dentro. Esperé que todo hubiese sido un sueño, una pesadilla de la cual poder escapar, pero no fue así, continuaba preso en aquella celda sin rejas. De la rabia apreté los dedos de mi mano en su palma, entonces me percaté de que había recobrado la movilidad y noté cómo mis zarpas quedaron clavadas en mi piel, desgarrando su superficie y extrayendo la sangre de ella para verterla en el suelo, pues se escuchaba como salpicaba al caer como el agua de un río erosionando en la roca. No se con claridad cuanta sangre perdí pero la herida era profunda, tan profunda que ha día de hoy no me explico como se regeneró sin dejar mas rastro que una leve cicatriz.

Agité mi cuerpo, balanceándolo hacia delante y hacia atrás, luego impulsándome a los lados, no había manera de despojarme de aquello que me tenía retenido. Decidí calmar mi ira, tranquilizar mis nervios y focalizar toda la fuerza de mi nuevo ser en un punto en concreto, agité mi muñeca derecha al frente con tal rapidez acompañada de una fuerza indescriptible que hizo volar por los aires lo que me retenía, a partir de entonces no fue difícil liberarme del resto. Caí al suelo, apoyando los nudillos de mis dedos en el, era momento de huir y descubrir en que lugar me encontraba. Pero antes me asomé al espejo y viéndome el rostro rocé mis mejillas, acaricié unas largas y puntiagudas orejas que hasta entonces no pude ver, pues eran planas y estaban completamente enganchadas a la cabeza.

Moví mis peludos pies descalzos con miedo a pisar cualquier objeto extraño que me provocase el más mínimo dolor, y sentí el frío tacto del suelo adentrándose en mi cuerpo. El miedo en mi interior se exteriorizó esparciéndose por la sala, en mi corazón solo había ira, rabia... un conjunto de emociones capaces de fulminar con la mirada al primero que viese con tal de desahogar la incertidumbre que azotaba mi mente. Choqué contra una pared, la toqué para asegurarme de

no perder su continuidad y proseguí mi caminar sin separar mis dedos de ella hasta llegar a tocar el pomo de una puerta. Al otro lado debía de haber la respuesta a todas mis preguntas, Giré el pomo con suavidad y lentitud, pues no sabía qué me deparaba tras ella. La luz se apoderó de mi ojos como si un rayo hubiese caído del cielo ante ellos, quedé ciego por unos instantes, pero al recobrar la visión pude ver que solo era el efecto tras haber estado encerrado en un complejo a oscuras. La luz que ahora tenía ante mi provenía de viejas lámparas colgantes que alumbraban un largo pasillo blanco recubierto de grietas. Giré al fondo a la derecha, había camas de hospital esparcidas por el camino, pero no había enfermos. La luz parpadeaba como si fuese a apagarse en cualquier instante, parecía haber despertado en el apocalipsis. No se escuchaba mas que el ruido de las chispas que se hacían visibles en los cables de un techo destruido, donde las vigas se mostraban con desparpajo. Continué caminando, aligerando mis pisadas sin apenas darme cuenta de ello, abrí cada puerta con la que me cruzaba, pero solo habían habitaciones vacías, sin luz y sin ventanas al exterior. Cada vez pensaba mas en la idea de estar en el interior de una cárcel que en un hospital, y me convencí de ello, ¿Pero cómo podía haber llegado a aquel lugar? No recordaba nada y estaba bastante confuso, no tenía nada claro, nada excepto que ahora era alguien totalmente distinto a quién fui.

Llegué a unas escaleras que descendían y ascendían, pero el acceso a la parte inferior de aquel edificio era inaccesible ya que el techo se había derrumbado obstaculizándome el paso, no me quedaba otra opción que proseguir hacia arriba. Subí los escalones sin llamar la atención, podía haber alguien con un arma entre sus manos, y por temor a mi sería fácil deducir lo que pasaría. Para mi asombro llegué ante dos puertas, una cerrada con llave y la otra entreabierta por donde se filtraba un rayo de luz, decidí ir hacia ella y llegué a un amplio patio, entonces corrí en línea recta para apoyar mis manos en un diminuto muro. Una gran floresta mantenía enjaulado a los edificios de la ciudad en la que nació, una ciudad engullida por la propia naturaleza de la cual solo quedaban la cima de unos cuantos rascacielos de lo que fue en antaño, sin rastro

de vida humana pues los árboles, las plantas, la hierba, el aroma a humedad y el rastro de animales salvajes la habían invadido. Estaba ubicado en un edificio en pleno corazón de Central Park. De una pared colgaba un cartel sostenido por la fuerza de un par de clavos, donde había inscrito el nombre del centro psiquiátrico, pero tal hecho no me asombró, me hice a la idea observando el interior donde desperté. Vi en uno de mis dedos un diminuto y luminoso anillo dorado con letras inscritas en él, Valery Rose. Un montón de imágenes azotaron mi mente como si de un ciclón se tratase, una vorágine de recuerdos que me aceleraron el pulso con cada latido. Recordé mi vida en cuestión de segundos, mis hijos, mi esposa, a mí. Entonces el pánico me invadió y caí de rodillas como si la gravedad me hubiese aplastado en el suelo. ¿Estaría viva mi familia? De ser así ¿Serían criaturas como yo? La vista se me nubló y escuché abrirse la puerta situada a mi espalda, alguien entró. Me di media vuelta y un ser peludo, idéntico a mí se encontraba presumiendo de una silueta humana pero con rasgos y patas de lobo de gran estatura. Al contrario de mí que vestía con una bata blanca colgando en mi cintura este poseía ropajes que parecían de la antigua edad media, y en su hombro portaba una escopeta de calibre de doce milímetros. Se acercó con elegancia y me dedicó una grata reverencia. Sin mencionar palabra alguna alzó su brazo para señalar un lugar en concreto del bosque. Observé con atención y vi a un grupo como nosotros correr entre la maleza dando caza a lo que parecía ser un grupo de personas, uno que huía de sus perseguidores, o mejor dicho, de sus cazadores. Volví la mirada al desconocido y escuché sus palabras con atención.

—Seguramente estés confuso, pero que el miedo no se apoderé de ti. Los científicos de nuestro país decidieron crear una raza híbrida que las leyendas dictaban como real, pero me temo que sucumbieron a la ira que estos crearon, una ira llamada hombres lobo. La curiosidad sobre el mito de estos seres les llevó a hacerlo realidad y con este acontecimiento histórico trajeron su extinción. Ahora es nuestra era, tu era.

Sus palabras retumbaron en mi oído como el sonido de una campana al chocar su badajo en

sus paredes, comprendí entonces que yo era parte de ese experimento. Los humanos jugaron a ser dioses y al igual que Dios creó al humano el humano nos creó a nosotros. Al igual que el diluvio acabo con ellos, ahora somos nosotros quienes hemos puesto fin a su reinado.

—Bienvenido a nuestra era, tú fuiste el primero de los nuestros y después de diez años dormido has despertado. Ahora sígueme, tu familia está esperando.

FIN

Si te ha gustado el relato puedes seguir a Chris Martin L. en [facebook](#), en este [blog](#), o en este otro [blog](#).



LA NADA



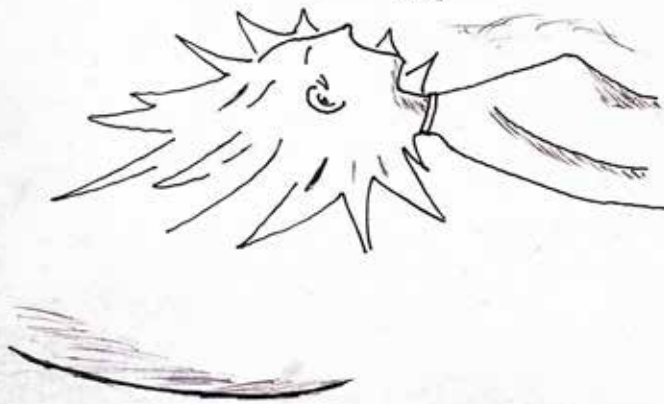
Un cuento gráfico de Óscar Torres Gestoso
basado en un micro-relato de Ángeles Mora

LA NADA

Texto: Ángeles Mora
Dibujo: Osk

...y ahora llega la nada

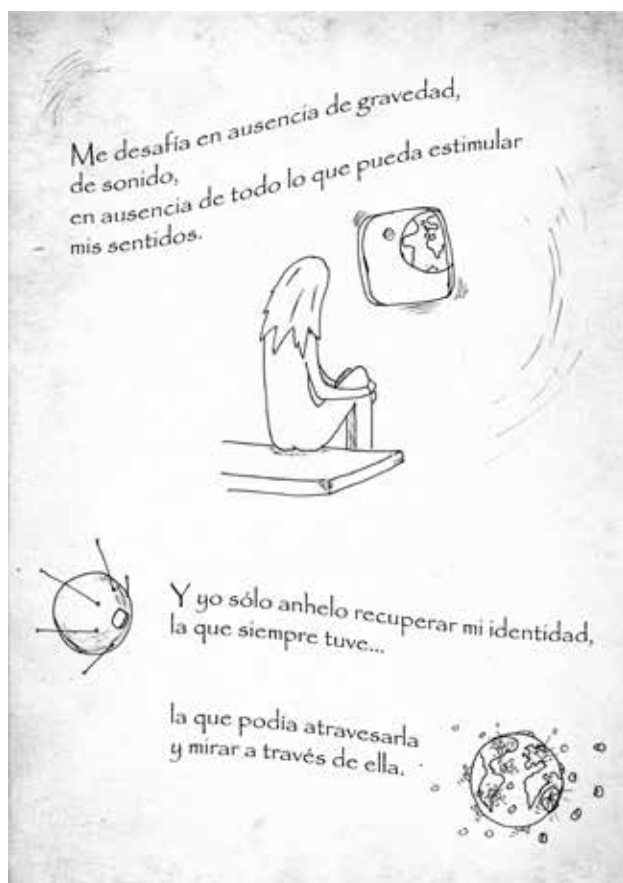
Me envuelvo en silencios estelares
de puntos suspensivos





y la nada me observa silente
desde el techo de este refugio.

Cuelga, hecha jirones vacios,
de las aspas del ventilador.

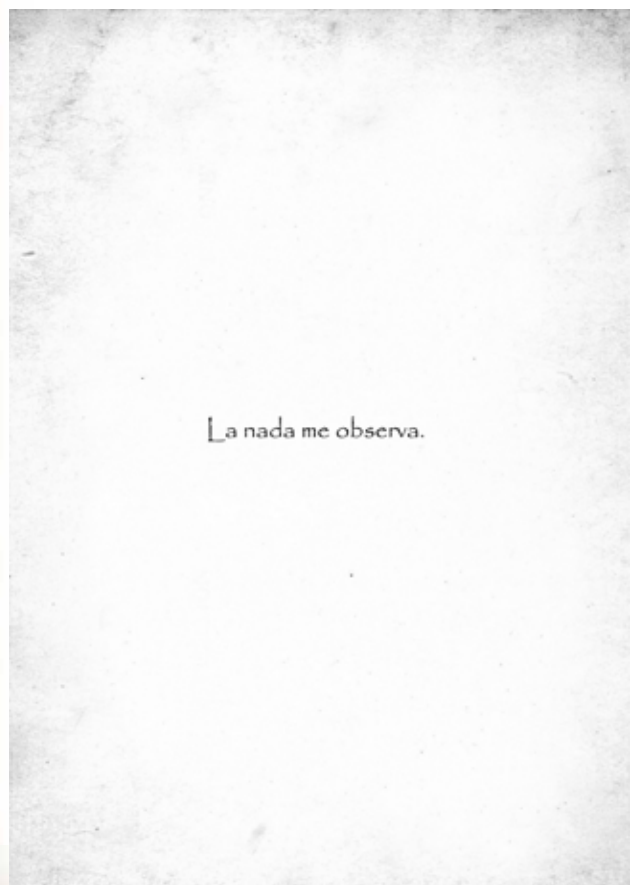


Me desafía en ausencia de gravedad,
de sonido,
en ausencia de todo lo que pueda estimular
mis sentidos.



Y yo sólo anhelo recuperar mi identidad,
la que siempre tuve...

la que podía atravesarla
y mirar a través de ella.



La nada me observa.



Es una fusión contundente de todos los silencios,
los errores

y el hueco que dejaron en la humanidad
todas las cosas que no aprendí
... que no aprendimos.

Ella cuelga sobre este final para
recordarme, de una forma cruel,



todos los sueños que fuimos
olvidando.

FIN

Carretera de MOEBIUS



Un relato de ciencia ficción de José Manuel Mariscal

Odiaba mi trabajo. Odiaba tener que realizar viajes como el que me disponía a finalizar. Pero sobre todo odiaba pensar que en un momento de mi vida pude elegir qué camino tomar y elegí esto. Y encima esta vez las negociaciones que me habían encomendado no habían salido bien. A la mañana siguiente tendría que dar muchas explicaciones en la oficina. Sólo tenía ganas de acabar ya con ése viaje maldito.

El autobús hizo su aparición en la estación a la hora prevista. El maletero se abrió para que los viajeros que se incorporaban, entre los que yo me encontraba, dejaran su equipaje dentro del mismo.

Guardé en el compartimento una voluminosa maleta en la que llevaba la mayoría de las pertenencias que había traído conmigo en este viaje. Le mostré al conductor mi billete, y después de que diera su conformidad, accedí al interior del autobús. Me senté junto una chica joven, de unos veinticinco años, con la que intercambie un educado saludo y un par de sonrisas. Después de unos pocos minutos de espera, el autobús arrancó y salió de la estación. Me esperaban aproximadamente tres horas de viaje hasta llegar a Sevilla.

Viajar en autobús nunca había sido lo mío y si lo hacía era única y exclusivamente porque era la manera más económica de desplazarse largas distancias. Siempre me mareaba con facilidad, así que cerré los ojos e intenté conciliar el sueño. Si conseguía conciliar el sueño el viaje se me haría mucho más corto, incluso si tenía suerte despertaría justo al llegar a mi destino.

Apenas había bajado los párpados escuché la voz de una mujer situada algunos asientos detrás de mí. Estaba abroncando en grito a alguien. Me entró curiosidad por el motivo de su enojo, así que volví a abrir los ojos y saqué la cabeza sin ninguna discreción al pasillo del autobús y miré

hacia atrás. No tenía que haberlo hecho. Para una persona que se marea con facilidad como yo la visión de un niño de unos diez años vomitando no era la imagen más agradable ni apropiada. La mujer que había oído era su madre, y era a él a quien iba dirigida la bronca. Me pareció increíble que en vez de ayudar a su hijo a pasar el mal rato le gritara. ¿Es que acaso pensaba que el chico se había puesto a vomitar queriendo? Además noté que iba excesivamente abrigado para la temperatura que hacía (yo por ejemplo iba en manga corta). Normal que el muchacho tuviera fatiga.

Aquella mujer me había puesto de mal humor. Ganas no me faltaron de decirle algo, pero ya me había metido en algún lío en alguna ocasión por meterme donde no me llamaban. Aquello no era asunto mío y punto, así que dejé de mirar y de nuevo me senté con la mirada al frente. En las pantallas del autobús habían puesto una película en la que Jim Carrey se desencajaba la cara haciendo muecas extrañas. La chica que tenía sentada a mi lado se dirigió entonces a mí al verme mirar la película.

—¿Quieres unos auriculares para escuchar la película?

—No, gracias, ya la he visto —le contesté aunque era mentira. Simplemente quería intentar dormir un rato. Me acomodé en el asiento y cerré los ojos.

No sabía cuánto tiempo me había pasado dormido. Abrí los ojos un poco y la película de Jim Carrey seguía en pantalla. Miré a mi izquierda y mi vecina la seguía con atención y una sonrisa en la cara. Parecía gustarle. Miré a la ventana y alcancé a ver un cartel que anunciaba que estábamos a un par de kilómetros de un pueblo llamado Los Santos de Maimona. Volví a cerrar los ojos y de nuevo me quedé dormido.

Me despertaron unos gritos. De nuevo aquella mujer desagradable parecía gritarle a su hijo. Me asomé y vi que el pobre chaval había vuelto a vomitar. Ya podía su madre por lo menos quitarle el abrigo en vez de abroncarle con esa saña. De nuevo tuve ganas de decir algo, pero me repetí que aquella situación no era de mi incumbencia. Volví a mirar al frente y escuché la voz de la chica a mi izquierda.

—¿Quieres unos auriculares para escuchar la película?

Miré a la pantalla. Jim Carrey seguía allí. O el conductor había decidido dedicar el viaje a un ciclo sobre este actor y había puesto otra película protagonizada por él. Denegué de nuevo la oferta.

—No, gracias.

La chica sonrió y siguió viendo la película. No me había fijado antes pero la verdad es que era bastante guapa. Mientras pensaba en decirle algo un cartel pasó fugazmente por la ventana. No pude leerlo. Me hubiera gustado saber por donde íbamos. Pensé que preguntárselo a la chica era una forma como otra cualquiera de iniciar una conversación.

—Perdona, pero he estado un rato dormido y me gustaría saber por dónde vamos.

—Creo que la siguiente parada es en un pueblo llamado Los Santos de Maimona —me contestó.

—No, pasamos Los Santos de Maimona hace un rato. La chica puso cara de extrañada.

—Bueno, no sé, mi parada es la última así que no estoy prestando demasiada atención a las paredes intermedias. Me habré confundido.

Había conseguido incomodarla. Se puso a ver de nuevo la película ya sin sonreír. Decidí dar otra cabezada, pero apenas había cerrado los ojos la mujer de atrás volvió a gritar.

Me asomé. Su hijo había vomitado por tercera vez y se repetía la escena. Ya aquello me resultaba excesivo. Aquel niño estaría pasando el peor viaje de su vida y su madre lo trataba de aquella manera... decidí ignorar el asunto cuando escuché una voz a mi izquierda.

—¿Quieres unos auriculares para escuchar la película? Me volví hacia la chica.

—¿Te estás quedando conmigo? —le dije con un tono bastante agresivo.

La muchacha puso mala cara y volvió a mirar a la pantalla. Cerré una vez más los ojos y me introduje de nuevo en un liviano sueño.

Aquella mujer gritaba otra vez. Abrí los ojos. Saqué la cabeza al pasillo y miré hacia atrás. La misma escena de nuevo. El chico, aún con el abrigo puesto, había vomitado en el pasillo. La madre le gritaba. No me había fijado hasta ese momento pero me dio la impresión de que siempre decía las mismas palabras. Miré hacia la pantalla. Allí estaba Jim Carrey. Una extraña sensación me embargó. Me volví a mi izquierda y antes de que la chica me dijera nada ya le había contestado.

—No, gracias, ya la he visto.

Se quedó desconcertada y volvió a mirar a la pantalla. Efectivamente iba a ofrecerme los auriculares. ¿Qué estaba pasando? Miré hacia la ventana. Esperé, tenía la certeza de que iba a aparecer y no me confundí. Por delante del cristal pasó el cartel que anunciaba la cercanía a Los Santos de Maimona.

Me llevé las manos a la cara y me froté los ojos. Tenía que estar soñando, aquello no era posible. Aún tenía las manos en la cara y aquella mujer volvió a gritarle a su hijo. No pude más. Me levanté bruscamente de mi asiento y me dirigí hacia ella.

—¡Deje al niño en paz! —le grité.

Por un momento no supo que decir, pero rápidamente se dirigió hacia mí en ese tono agresivo que le dedicaba a su hijo.

—¡Métase en sus propios asuntos! ¡Es mi hijo! ¿Me va a decir usted cómo tengo que tratar a mi hijo?

Todo el autobús nos estaba mirando. Me di media vuelta y me dirigí por el pasillo hasta que estuve a la altura del conductor.

—Pare el autobús, quiero bajarme.

—Haga usted el favor de sentarse —me contestó.

—Necesito bajar.

—Si lo que le pasa es que tiene fatiga, aquí tiene —me acercó una bolsa para vomitar.

—No, no estoy mareado —aunque lo cierto era que empezaba a estarlo. Y mucho.

—Si tiene que salir al baño en breve llegaremos

a Los Santos de Maimona y allí haremos una parada larga. Allí podrá ir al servicio.

Cuando escuché el nombre del pueblo no pude evitar gritar.

—¡Déjeme bajar!

—Haga el favor de volver a su asiento —me dijo sin perder de vista la carretera.

Me lancé hacia la puerta del autobús y empecé a lanzarle puñetazos y patadas. Necesitaba desesperadamente salir de allí. A mi alrededor se formaba un murmullo de voces preguntándose qué estaba haciendo yo.

El autobús hizo una brusca maniobra y acabó detenido en el arcén de la carretera. El conductor se había distraído con mi intento de huida y casi sufrimos un accidente. Tuvo que sacar el autobús al arcén en una maniobra de urgencia para evitarlo.

Yo, sin embargo, seguía a lo mío, a intentar derribar aquella puerta, había conseguido dañar el cristal de la misma cuando noté como varios brazos se lanzaban sobre mí. El conductor y algunos pasajeros se habían lanzado sobre mí para detenerme. Sentí un golpe en la cabeza y perdí el conocimiento.

Cuando recobré el conocimiento esperaba oír de nuevo los gritos de aquella mujer a su hijo. Pero no, me encontré tirado en el arcén, donde seguía detenido el autobús, junto a un coche de la policía. El conductor había llamado por radio y venían a arrestarme. Vi como un policía introducía en el maletero de su coche mi equipaje mientras el otro me hacía incorporarme y me ponía las esposas mientras me explicaba algo que no escuché. Sólo pensaba que había salido de aquella pesadilla. Me sentía aliviado.

Me sentaron en la parte trasera del coche de la policía. Al poco de arrancar vi el cartel de Los Santos de Maimona. Fue la última vez que lo vi.

Como era de esperar en la comisaría nadie creyó ni una palabra cuando expliqué lo que me había pasado. Pensaban que estaba borracho o drogado. Lógico, yo hubiera pensado lo mismo. Decidieron que pasaría aquella noche en el calabozo, y ya al día siguiente me dejarían salir, previo pago de una multa.

A la mañana siguiente decidí llamar por teléfono a la oficina una vez llegó la hora en la que ésta

abría. Dije que había tenido un percance y que no podría asistir a la reunión prevista. Mi jefe me lanzó una colección de alaridos que hicieron que los policías allí presentes se volvieran a mirarme, ya que hasta ellos podían escucharlos. Ya me esperaban de uñas tras mi fracaso en las negociaciones, y mi ausencia en la reunión donde debía rendir cuentas por dicho fracaso era sin duda alguna la firma de mi finiquito.

Por supuesto no iba a coger un autobús, así que alquilé un coche y me lancé a la carretera. A mitad de camino me detuve en una estación de servicio a repostar, y como tenía hambre me quedé a comer algo en el pequeño restaurante que allí había. No había absolutamente nadie, salvo el muchacho que atendía en la caja registradora. Era un lugar de éstos donde vas deslizando la bandeja y cogiendo lo que te apetezca.

Cuando mi bandeja llegó a la caja registradora pregunté el precio al muchacho. Éste respondió y me dispuse a sacar la tarjeta de crédito cuando me habló.

—Tiene usted mala cara.

—He tenido días mejores.

—Se nota que está cansado y agobiado. No ha debido tener buen viaje. Coma con tranquilidad.

El comentario sobre la bondad de mi viaje me hizo sonreír mientras le daba la tarjeta.

—La verdad es que está resultando un viaje interminable.

—¿Sabe qué es lo bueno de los viajes tortuosos?

Mientras me devolvía la tarjeta me pregunté en cuántas veces habría dado ese discurso antes a algún viajero agotado.

—No lo sé, ¿qué es?

—Que hay un momento en que se acaban.

Sonreí.

—Sí, tiene razón.

Me senté a comer, y mientras tanto reflexionaba sobre cuál sería el próximo viaje a realizar. Y esta vez lo escogería bien.

FIN

reciprocidad

Relato terror por Julieta Manterola

Caminaba por una calle paralela a las vías del tren. Pasé por una cortada. Escuché una pelea. Un hombre y una mujer. Miré hacia arriba. Venía del octavo piso, balcón a la calle. Como no quería dar un espectáculo trepando por el frente del edificio, esperé a que alguien saliera para entrar. Salió un hombre a pasear a su perro. Entré. Subí por el ascensor hasta el noveno piso. Subí las escaleras hasta la terraza y, desde ahí, bajé hasta el balcón del octavo. Corrí una de las hojas de vidrio y entré al living. El hombre y la mujer discutían en la habitación. En el living, había un escritorio con un televisor LCD, un sillón y una mesa con un mantel y dos sillas. En la pared opuesta a la mesa había una mancha, a la altura de mi cabeza, como si alguien hubiera arrojado comida. Una porción de pizza estaba desparramada en el piso, cerca del zócalo. Todas las luces del living estaban prendidas. Las de la cocina también. Pero la tenue luz que venía de la habitación principal indicaba que solo estaban prendidos los veladores. Intuí que en ese cuarto, todo era más oscuro.

Atravesé el living y llegué hasta la entrada del pasillo. El baño estaba al final. Las dos habitaciones del departamento daban a la calle y ambas estaban a mi derecha. La primera, bastante chica, funcionaba como estudio –supuse– ya que había otro escritorio con una computadora y una biblioteca. La segunda era la habitación matrimonial.

Avancé unos pasos más y me ubiqué debajo del marco de la puerta de la habitación doble. Era una habitación grande. Entraba la cama matrimonial, que estaba perpendicular a mí, y un

pequeño escritorio, contra la pared opuesta a la pared de la cabecera de la cama, muy cerca de la ventana. Ella estaba sentada en una silla de esas que se pliegan, con los codos apoyados sobre el escritorio y la cabeza entre sus manos. Él estaba detrás de ella. Ninguno de los dos me vio. Yo los veía a los dos de perfil. En cierto momento, el hombre tomó la silla por el respaldo, la levantó y la corrió hacia atrás. Todo fue muy rápido. Ni ella ni yo lo vimos venir. Creo que ninguna de las dos imaginó que el tipo tuviera tanta fuerza. Como consecuencia de la acción del hombre, la mujer cayó al piso inmediatamente. Al caer, se golpeó el mentón con el borde del escritorio. Luego de la caída, se tomó la boca y empezó a llorar. Por el dolor, seguramente. Y por la impotencia, pensé.

Recién entonces él advirtió mi presencia. ¿Qué hacía una mujer parada en la puerta de su habitación? Empezó a gritarme preguntándome quién era y qué hacía ahí. Esquivó a la chica, que seguía llorando en el piso, y se adelantó por la habitación en dirección a mí. Yo también me adelanté unos pasos. Nos encontramos a mitad de camino. Lo empujé sobre la cama. El hombre quiso incorporarse pero enseguida me subí sobre él, con una pierna a cada lado de su cuerpo. Hice que pegara su espalda contra el colchón y le sostuve los brazos abiertos en forma de cruz. El tipo me miraba con una rabia tremenda. Yo, para qué negarlo, sentía una especie de satisfacción. Intentó forcejear un poco. Finalmente, le solté uno de los brazos. Y antes de que él pudiera hacer nada, le abrí la garganta y tomé toda la sangre que pude.

Después de unos minutos, me acordé de que ella seguía en la habitación. Estaba mirándome, un poco asustada. Todavía estaba sentada en el piso. Dejé el cuerpo de su marido, o novio, o lo que fuera, y me paré al lado de la cama. Ella se paró también y empezó a caminar hacia mí. Yo empecé a retroceder. Era flaca y tenía más o menos mi altura. Estaba vestida con unas calzas negras y una remera de mangas largas roja. Era morocha, con el pelo lacio y un flequillo sobre la frente. Seguí retrocediendo mientras ella avanzaba, hasta que choqué con una mesita de luz. El velador se cayó y la habitación se oscureció más todavía. Su cara estaba a veinte centímetros de la mía. Desvié la vista hacia un costado. No podía mirarla. Me sentía paralizada. Incluso diría aterrada. No tenía idea de qué era lo que ella buscaba o quería. Y entonces se acercó un poco más y me dio un beso, mitad en la cara, mitad en la boca. Y después se hizo a un lado, como abriéndome el paso. Sin mirarla, salí casi corriendo de esa habitación. Volví al living, al balcón y a la terraza. Bajé todos los pisos por la escalera. Al llegar a la planta baja, rompí el vidrio de la puerta de entrada y dejé el edificio. En la primera esquina, doblé a la izquierda, en dirección a la avenida. Cuando estaba pasando por la parada del 55, vi que venía un colectivo. Lo paré y me subí, aunque ignoraba adónde iba esa línea. Eran como las cuatro de la mañana. Me senté en el último asiento de los simples, atrás de todo. Me cerré el tapado hasta arriba y metí las manos en los bolsillos. Apoyé la cabeza en el respaldo. Mientras todavía podía ver las luces de los edificios, deseé quedarme dormida y que el colectivo ya no se detuviera nunca.

FIN



Eddan y Kiri

Una serie de aventuras de Isabel Cisneros

«Eddan y Kiri» es una serie mensual de relatos ambientados en las aldeas de la Europa medieval dónde esta pareja de pillos corre sus peculiares aventuras.

Danny

Era uno de los días en los que Eddan ayudó a Kiri a escapar del convento, o que Kiri incitó a Eddan a hacerlo. Entre estos dos ya no se podían establecer responsabilidades. Los dos muchachos correteaban divertidos por los bosques, tirándose piedras el uno al otro, persiguiendo a los patos y cazando ranas, hasta que sus estómagos dieron la voz de alarma.

Cuando se cansaron, treparon a una gran roca apostada junto al camino y se quedaron allí un rato, bajo el sol, a verlas venir.

—Tengo hambre —dijo Eddan.

—Si quieres volvemos. Las hermanas estarán a punto de servir la comida —contestó Kiri.

—¿Estás de broma? No quiero volver allí. Además, este camino lleva a la aldea y seguro que allí podremos comer tranquilos y en libertad.

—Yo soy libre siempre —sonrió la muchacha con cierto tono de burla—. Entro y salgo cuando quiero, y me dan de comer sin complicaciones.

—Ja, no me hagas reír. Tú del convento no sales cuando quieres, sino cuando yo te ayudo.

—Pues eso —rió la niña—: cuando quiero.

El chico frunció el ceño. Esa niña era una listilla que pensaba que podía controlarle. ¡A él, que era «libre como el viento»! Pero no replicó, aunque en verdad se divertía discutiendo con ella. Y es que tenía hambre, y cuando Eddan estaba hambriento en eso era en lo único en lo que podía

pensar. Perdió la vista en el camino. La chica, al verle tan serio, se preocupó.

—¿Te pasa algo?

El muchacho sonrió de repente.

—Nada —negó con la cabeza y se puso de pie—. Venga, vamos. Te invito a comer.

—Pero...

No hubo tiempo de réplicas. Eddan salió corriendo y Kiri bajó de la piedra para seguirle.

—¡Cuidado! —le gritó.

Pero, por increíble que pudiera parecer, aun estando solos en un camino en el medio del bosque, Eddan chocó contra la única persona que había en los alrededores.

—¿Estás tonto, niño? —exclamó el hombre, palmeando el largo abrigo de viaje que le cubría—. Mira por dónde vas.

—Lo siento mucho, señor —se disculpó Eddan inclinándose avergonzado—. Ha sido culpa mía, escapaba de una niña que me persigue.

—¡Eso es mentira! —se indignó Kiri, que llegaba corriendo.

—¿Ve usted? ¡Está loca! —exclamó y emprendió la huida.

—¡Te vas a enterar! —gritó la pequeña rubia, lanzándose tras él.

El hombre miró a ambos sin saber qué decir. Se

colocó el sombrero y prosiguió su camino, negando con la cabeza mientras los dos chiquillos se perdían entre los árboles.

La carrera no duró mucho. Con la suficiente distancia de por medio, Eddan se sentó junto al grueso tronco de un abeto.

—¿Por qué has dicho eso? —dijo la chica, acalorada, al darle alcance.

—Venga ya, era una broma.

—¡Yo no te estoy persiguiendo!

—Ya lo sé —respondió con voz apaciguadora—, era necesario para salir de allí cuanto antes.

—Pero qué... —ladeó su pequeña cabeza— ¿le has robado la bolsa?

Eddan tanteaba un pequeño saquillo de cuero que le mostraba sonriente.

—Yo no robo, cojo lo que me hace falta.

—¡Pero qué dices! A ese hombre también le hacía falta.

—¿Tú crees? ¿Viste sus ropas? —rió el pícaro—. Te juro que ese no necesitaba esta carga.

—No jures —la niña se rascó la nariz, indecisa.

—Vaya por Dios. —Eddan alzó una ceja, divertido—. Y yo que pensaba que querías que te invitase a comer.

—A eso se le llama robar —reprochó Kiri, señalándole con el dedo.

—A eso se le llama ser inteligente —fanfaronó él jugueteando con la bolsa, pero una de las veces que la lanzó al aire esta no volvió a sus manos—. ¡Eh!

Un pequeño animal había descendido desde las ramas para robar al ladrón y salir corriendo con el botín.

—¡Vuelve aquí! ¿Qué demonios...?

Kiri estalló en una carcajada ¡Un mono! ¿De dónde había salido un mono para robarle el dinero al muchacho? No lo sabía, pero sin duda era gracioso. El mono corrió hacia la aldea, Eddan corrió tras el mono, y Kiri, muerta de risa, les siguió a ambos.

* * *

La aldea no era grande en exceso, pero aun así era una de las principales villas de la región. Sus casas de piedra y techos pajizos le concedían un aspecto rural que las gallinas y los cerdos se encargaban de constatar. Como pueblo situado en un cruce de caminos, era bullicioso y mercantil. El ajeteo de los carros de los arrieros y los gritos de quienes intentaban vender sus mercancías se entremezclaban con las voces de la vida diaria de su población.

Aquella mañana, sin embargo, el jaleo era más notable y se respiraba un ambiente festivo poco habitual. Cuando Eddan se adentró por las callejuelas y apareció en la calle principal abrió los ojos de par en par ante el despliegue de telas de colores que formaban un sin fin de tiendas en las afueras.

—¿Qué es eso? —preguntó Kiri llegando tras él.

—¡Una feria ambulante! —exclamó el niño con sorpresa.

El maldito mono corría hacia allí.

—¡Corre, Danny! —gritó la niña— ¡Que se escape!

—¡No me llames así! —se enfadó Eddan. Pero sí, corrió.

* * *

Kiri nunca había visto tal cantidad de colores. Acostumbrada al sobrio convento, se sumergió fascinada en aquel mundo feriante desconocido para ella. Un montón de animales extraños soltaban gritos y hacían cabriolas en sus jaulas. Había pájaros de colores en algunas tiendas, y hombres y mujeres extraños e inquietantes en otras, a las que prefirió no acercarse. Bajo algunas carpas ofrecían juegos y apuestas, otras extendían deliciosos olores a comida y en dos o tres, unos graciosos vendedores mostraban sus maravillosas mercancías a la gente que se agolpaba a su alrededor.

En aquel caótico entorno solo había una tienda silenciosa. Una de colores morados y azules, con estrellas y lunas blancas cosidas en su tela.

—¿Qué hay ahí? —preguntó la niña con curiosidad.

—¿Hum? —Eddan estaba más interesado en encontrar al mono y poder comprar alguno de aquellos manjares. Su estómago rugía como una bestia más.

—Allí —señaló Kiri—, en esa tienda. ¿Qué hay dentro?

El chico miró hacia el lugar.

—Ah, creo que es una adivina de esas que te leen el futuro en la palma de la mano.

—Qué dices —contestó mirándose la mano—, eso es imposible. Vamos a ver.

—Tengo que encontrar al mono.

—Si dices que esa señora sabe el futuro, podrá ayudarte.

El joven pensó en ello, parecía lógico.

—Eso es una chorrada —dijo sin embargo.

—Correr detrás de un mono también —afirmó seriamente la niña.

—Anda, vamos —gruñó el chaval.

Cuando abrieron las cortinas y la luz entró en el habitáculo, una tenue neblina hacía brillar las motas de polvo alrededor de una mujer que se hallaba sentada tras una gran bola de cristal. Detrás del vidrio redondeado, los chicos veían sus facciones deformadas de forma grotesca, con la nariz como una berenjena y los ojos muy pequeños y juntos. Después del esperado sobresalto, la mujer alzó su rostro teatralmente y miró a los niños.

—¿Habéis venido a que os lea el futuro? —afirmó.

—Eso es fácil de adivinar —respondió Eddan, burlón—. Todos vienen aquí a eso.

—Bueno —respondió la señora—, veo que tenemos la típica gracia y al típico gracioso.

Eddan se encogió de hombros y la mujer fijó su mirada en la niña.

—¿Y tú, pequeña? Tienes mucha vida por delante. ¿Quieres saber qué te deparará el destino?

—Sí, señora, pero lo que queremos saber es dónde se esconde un mono.

La mujer parpadeó confusa.

—¿Un mono? ¿No quieres saber cómo te irá a ti en el futuro, jovencita?

—Seguro que va a ser una monja, como las de su convento —dijo Eddan.

—¡Mentira! —se indignó ella— No sé lo que voy a ser.

—Yo puedo decírtelo —terció la mujer.

—Pues ya no quiero saberlo —se enfadó Kiri, molesta por la perspectiva de ser monja—. Y tampoco quiero saber lo que voy a hacer. Yo también soy libre —lanzó una mirada retadora a su amigo y este le sacó la lengua.

—Pues mira, yo también voy a adivinarte el futuro —le contestó el niño—. Vas a ayudarme a encontrar al mono.

—Tú sí que eres un mono.

—¡Basta de tonterías! —dijo la mujer con extrema seriedad y ambos la miraron—. ¿Tenéis dinero? ¿Vais a pagar? ¿Queréis realmente algo?

—Quiero comer —dijo Eddan—. ¿Puede decirme si voy a hacerlo?

—¡Largo de aquí! —les rugió la mujer, señalando las cortinas de la salida.

—Vámonos, Kiri. Esta señora no tiene ni idea de dónde está el mono.

Se dieron la vuelta para salir al exterior.

—Ten cuidado, muchacho —dijo la mujer a su espalda—, antes de que acabe el día vas a ser detenido por la autoridad —Eddan se giró y la mujer le sonrió, divertida a su manera—. Y esa predicción te la regalo.

—Pfff —Eddan echó las cortinas al salir.

* * *

Las improvisadas calles que formaban aquellas tiendas de tela estaban atestadas por el gentío. Eddan y Kiri serpenteaban entre ellas, buscando por igual al mono y a los posibles soldados que pudiera haber por la zona.

—Maldita bruja —gruñía Eddan—, ahora por su culpa me perseguirán.

—Bueno... —pensó en alto la niña—, por su

culpa...

—¡Quieta! —murmuró el muchacho sujetándola del brazo y señalando al frente con la vista. Un par de soldados caminaban charlando entre los aldeanos.

—Te lo dije, ya están aquí —susurró Eddan.

Dio unos pasos hacia atrás para buscar otro camino, pero la mala suerte hizo que chocara con alguien.

—¡Cuidado! —dijo Kiri

—¿Estás tonto, niño? —dijo el hombre— ¿Tú?

—¡Mierda! —exclamó el chaval al verse cara a cara de nuevo con el hombre del camino, aquel al que había sustraído la bolsa.

—¡Corre! —gritó Kiri.

—¡A mí la guardia! —gritó el hombre.

Eddan echó a correr entre dos tiendas y la niña le siguió. El chico corría tanto que ella no le hubiera alcanzado de no ser porque algo le hizo tropezar. ¡El mono! Se había cruzado fortuitamente con él y ambos habían acabado en el suelo.

—¡Danny! —gritó la niña al llegar hasta ellos.

—¡Que no me llames así!

—No es a ti —sonrió Kiri—, es al mono.

—¿Le has puesto mi nombre?!

—No lo es, a ti no te gusta, así que se lo doy al mono.

—Humpf —gruñó el muchacho dándose por vencido.

—¡Se escapa! —Kiri señaló al mono que corría hacia las carpas de los animales.

—Ya no me interesa —afirmó—. No quiero que me vean con esa bolsa. Que se la quede.

—Eddan... —dijo Kiri suavemente, tirándole de la manga.

Los guardias les habían cerrado el paso al final del camino.

—Maldición —susurró el chico.

—Eddan... —insistió la niña señalándole el cinturón.

El chaval bajó la mirada y palideció de golpe ¡Ese maldito mono le había vuelto a dejar la bolsa en el cinto! ¡Seguro que fue al chocar!

—Pero qué... ¿Cómo?

—Danny no es tan tonto como parece

—¡Deja de llamarle así!

—¡Por aquí! —dijo Kiri, empujando a Eddan para que entrara en una de las carpas.

—¡Eh! ¡Que me tiras!

—¡Calla y corre! —apremió la niña, sorteando la multitud de cajas extrañas que se agolpaban en el interior de la tienda.

En cualquier otro momento se hubieran parado a husmear, e incluso a jugar con todo aquello que había por allí. Baúles, cuerdas, objetos de colores, cajas con dibujos, cartas, espejos de extrañas formas que les deformaban al pasar entre ellos... pero entonces lo único que tenían en mente era encontrar alguna salida al fondo de la tienda.

Y así lo hicieron. Por una costura sin cerrar de la lona, escaparon en dirección a la aldea. Con los soldados tras ellos, y el hombre de la bolsa tras los soldados.

* * *

Entraron en la aldea a toda prisa y corrieron hacia la plaza principal.

—¿Dónde vamos? —preguntó Kiri, preocupada y resollando, sin dejar de correr—. Allí nos descubrirán.

—Confía en mí, no lo harán.

Avanzaron entre las familias de los labriegos que paseaban por la plaza y Eddan se encaramó al borde de la fuente natural que presidía el lugar en una de sus esquinas. El río atravesaba el pueblo, y a su paso por la plaza creaba con un salto una bonita cascada. Sobre las piedras del borde, el chico le tendió la mano a Kiri. Esta le dio la cabeza.

—Venga, sube.

Finalmente, aceptó la ayuda y entró con él a través de las aguas. El interior de la cascada era espacioso y seco, las piedras formaban un recoveco

perfecto para ocultarse y, por supuesto, Eddan tenía conocimiento de ello. Ambos, mojados, se sentaron a esperar. Apenas hablaron hasta que los soldados aparecieron corriendo por la plaza y se perdieron por las callejuelas embarradas.

—Parece que se han marchado —sonrió Eddan—, no me van a cazar ¡He vencido a la bruja!

—Es un buen escondite este —asintió ella—. Pero en cuanto pueda vuelvo al convento.

Eddan la miró.

—Oye... perdona por haberte llamado monja.

Kiri le sonrió.

—No te preocupes. Perdona tú por haberte llamado mono.

—¡Más me molesta que le hayas llamado Danny al mono! —bromeó. Ella rió—. Y lo mejor de todo es que nos hemos quedado con la... ¡Eh! ¿dónde está la maldita bolsa? —Eddan se buscó y rebusco en el cinturón y los bolsillos, pero no la encontraba—. ¡No me lo puedo creer! La habré perdido en la carrera.

Kiri rió aún con más fuerza, le resultaba divertido aquel muchacho tan torpe y descarado.

—En fin —dijo el chico poniéndose en pie. Allí dentro tenían espacio suficiente, ninguno de los dos era nada alto—. Volvamos.

—¿Vuelves al convento conmigo?

—Sí —se encogió de hombros—, al final no hemos comido y no tenemos dinero.

Kiri le detuvo, tirándole de la manga.

—¡Espera!

Eddan se volvió para mirarla sin comprender qué pasaba. Pero justo en ese momento vio fuera de las aguas a los dos soldados regresando en dirección a la feria.

—Casi lo echas todo a perder —le reprendió Kiri.

—No pasa nada, está todo controlado.

—Ya, claro, pero si no te llego a avisar, te pillan.

—Sí, gracias por detenerm... —no terminó la

frase, ya lo hizo ella por él.

—¡Detenerte! ¡Ja! —le señaló con el dedo—. La bruja al final tenía razón, te ha detenido la autoridad. ¡Yo soy tu autoridad! —soltó una carcajada.

—No digas chorradas, anda —resopló el chico—. Vámonos, ya se han ido.

—Espera, antes de irnos, te invito a comer.

—Anda ya, tu no tienes dinero.

Kiri sacó la bolsa de monedas de debajo de su vestido y la mostró, divertida.

—Sí que tengo.

—¿Pero...? ¿Cómo...?

Y aquel día ambos comieron. Kiri había aprendido pronto y bien el arte de chocar con la gente, y le había quitado la bolsa cuando le empujó al escapar de los guardias. No quería que le pillaran con la bolsa encima si le acusaban de ladrón. Además, como autoridad suya que era —y así lo creyó desde entonces—, aquella noche ella le invitó a comer a él con su propio dinero, que no era, sin embargo, de ninguno de los dos.

FIN



Christall

Una serie de terror y aventuras de **Géraldine de Janelle**

«Christall» es una serie mensual de relatos ambientados en la llegada y exploración del Nuevo Mundo. Un lugar desconocido y misterioso para la mentalidad de los personajes de esta narración, que nos transporta a épocas antiguas a través episodios históricos mezclados con oscura fantasía.

El lago negro

¿En serio están tirando todo ese oro al lago? —preguntó *El Obispo* a sus chamanes— ¿Por qué habrían de cometer semejante despropósito?

Caía la tarde y el capitán y sus hombres se encontraban ocultos entre la maleza, observando a aquellos salvajes volcar desde un saliente rocoso grandes bandejas rebosantes de objetos dorados tales como brazaletes, diademas, empuñaduras, anillos o incluso algo parecido a monedas. La preciada mercancía relucía en su descenso hacia los fondos de las aguas más oscuras.

—Son ofrendas a los dioses —susurró el chamán mostrando un cierto respeto que su condición de traidor y pirata no había conseguido corromper del todo.

—¿Ofrendas? —gruñó el capitán—. Menudo sacrilegio, ¡menuda fechoría! —Negó con la cabeza y sonrió con codicia—. Pero qué buena noticia para nosotros.

El chamán tomó aire, vacilante. El voraz apetito por el saqueo rasgaba la voz del religioso, ahora reconvertido en pirata, y aquello le incomodaba seriamente.

—Guardad silencio, muchachos —ordenó a la veintena de hombres que se ocultaban tras él—.

Fundíos con la noche y esperad a las estrellas. En cuanto se marchen estos locos recuperaremos del lago todo lo que pueda ser considerado valioso.

—Eso hará enfadar a los dioses —musitó el chamán sin esperanza de convencer a ninguno de aquellos truhanes.

—Nosotros somos los dioses —respondió el altanero capitán—, tal fue así como nos creísteis al llegar al nuevo mundo. Y lo que nos hace enfadar es que tiren al agua nuestras legítimas ofrendas.

El Obispo asintió, satisfecho de sus propias palabras y en absoluto silencio conspirador, pese al cual pudo sentirse su carcajada.

* * *

«No pienso meterme en ese lago» se dijo don Álvaro, convenciéndose a sí mismo de que lo mejor era quedarse en vigilancia mientras sus «camaradas» se internaban en las aguas negras. La noche les cubría hasta la cintura mientras tanteaban con cuidado el fondo viscoso que sentían bajo sus pies.

—¡Adelante, muchachos! —animaba su capi-

tán desde la orilla—. ¡Cuanto más saquéis más habrá para repartir!

«Y para pagar a nuevos marineros para enrolarse en el *Incursor*», pensó el escriba al escuchar sus bravatas. Tras vivir ya no pocas experiencias a bordo de aquel barco pirata había asistido a cuantiosas bajas humanas en diversos enfrentamientos y desventuras, con mayor o menor gloria y traición, y comenzaba a calcular mentalmente en qué dilapidaban gran parte de los tesoros saqueados. Y también podía entender ahora por qué aquellos barcos piratas buscaban tripulación en cada puerto en el que atracaban.

—¡Adelante, cobardes! Sumergid vuestros repulsivos cuerpos en el agua para purificarlos, salid de mi vista, y no volváis a emerger si no es con las manos llenas. ¡Y ojo con tragarse nada! ¡A quien pese más cuando embarquemos yo mismo le abriré en canal!

Don Álvaro sintió un escalofrío cuando los marineros desaparecieron en pos del resplandor del fondo del lago. A diferencia del oro, los hombres no brillan bajo las aguas, y pronto la oscuridad pareció tragárseles. *El Obispo* se sentó sobre una roca, satisfecho.

—No me gusta esto —dijo un susurro invisible al lado del escriba.

—A mí tampoco —respondió don Álvaro a la nada, sin volver la vista siquiera. El viento comenzaba a soplar con fuerza y agitaba su negra capa de viaje—. ¿Percibes algo?

—Si con «algo» te refieres la muerte, puedo decirte que escucho su canto no demasiado lejos —dijo la muchacha—, pero también te aviso de que no estamos solos. No mires, pero detrás de nosotros, sobre aquellos riscos, alguien nos observa.

El español se contuvo de mirar dónde la chica le informaba, acarició la empuñadura de su espada maldita y caminó en dirección opuesta al espía. Solo cuando estuvo en las entrañas de la jungla, lejos de las miradas de todos, incluidas las de su capitán, miró a las rocas donde una

tenue silueta aparentemente humana permanecía agachada.

—¿Qué es? —preguntó don Álvaro.

—Uno de ellos —contestó la chica.

Y antes de que pudiera preguntar «¿de quiénes», sintió que la presencia de la muchacha se había alejado.

El escriba miró hacia el lago. *El Obispo* comenzaba a inquietarse en su espera, ninguno de sus hombres salía con sus ofrendas, y aquello le impacientaba sobremanera. Tras constatar que nadie se percataría de su ausencia, don Álvaro se envolvió en la oscuridad de su capa y, espada en mano, rodeó el pie del montículo para comenzar a ascender por las rocas rebosantes de musgo y vegetación, con el sigilo de un felino.

* * *

En el alto de los peñascos el viento helado silbaba en los oídos del médico brujo, y este contestaba en un lenguaje que sólo el viento conocía. A ojos del escriba parecía estar hablando solo, y aquello le hizo desconfiar. Apenas había dado un paso al frente cuando los sentidos del viejo indio le detectaron.

«Cuidado con él», advirtió la voz de la muchacha.

—Identificaos. —Don Álvaro apuntó hacia el salvaje el filo de la espada y este permaneció en silencio—. en nombre de los reyes de España, ¿quién sois?

El hombre comenzó a hablarle en un idioma nativo que no comprendía.

—No pretendo haceros daño —levantó la palma el español—, a menos que lo merezcáis o lo busquéis. Permaneced quieto hasta que nos marchemos y podréis volver en paz a vuestra aldea.

—Tus reyes no tienen poder sobre mí —dijo el brujo en una lengua inhumana que, pese a ser completamente desconocida por el mundo, a

causa algún extraño sortilegio pudo comprender perfectamente—, y tú aún menos que ellos.

—¡Atrás! —replicó don Álvaro al ver que la figura se incorporaba—. No lo repetiré, no os tengo miedo.

—No pretendo haceros daño —dijo el indio devolviéndole sus propias palabras—, a menos que lo merezcáis o lo busquéis. Acercaos.

El escriba no movió un solo músculo.

—Venid, los dos.

Y pese a no querer hacerlo, una voluntad que no era la suya tiró de él hacia el borde de las peñas. El viejo salvaje indagó las profundidades de sus ojos y sonrió de forma desagradable.

—Vuestro interior es sombrío, español, mucho más que la noche que os rodea. Mucho más que la que se extiende bajo el lago.

—No estoy libre de pecado —contestó el escriba y bajó la mirada hacia las aguas.

—Vuestros hombres no van a regresar.

Don Álvaro frunció el ceño y con presteza apuntó de nuevo la espada hacia el médico brujo. Este retrocedió lo mínimo ante el acero maldito, apenas un movimiento perceptible, pero suficiente para que el español supiera que en cierto modo, aquel indio temía aquel arma profanada.

—¿Y quién lo va a impedir? —amenazó el escriba.

—Nadie. Ellos mismos se han marchado para jamás regresar. Mirad —le hizo un gesto con la mano—, mirad.

En ese momento el espectro de la muchacha emergió de las sombras para materializarse al lado de don Álvaro. Ambos quedaron absortos por el resplandor del oro en el fondo de la noche.

—No son ofrendas a los dioses —despreció el viejo indio—. Y tampoco hay dioses ahí abajo.

—Explicaos pues —se impacientó el espa-

ñol—. ¿Qué demonios hacen desprendiéndose de tales tesoros?

—Mostrar el fondo del lago para saber que está ahí.

—Habláis como un loco, indio, con ese oro o sin él, el fondo del lago no va a irse a ninguna parte...

—¿Estáis seguro? —El médico brujo sonrió y volvió la vista hacia las aguas que tenían bajo ellos. En la orilla podía verse al capitán andar en círculos y gesticular mientras gritaba a sus hombres—. Hay algunos lagos que son más que eso. Nada en este mundo mortal puede reunir tanta oscuridad como el agua en la noche. Los mares y los lagos pueden ser abiertos en las noches del diablo.

—¿Las noches del diablo? —preguntó bruscamente el español.

—No preguntes lo que jamás podrías comprender. No tienen fechas que conozcan vuestros calendarios, ni horas que puedan situarse en el día o la noche. Son momentos fuera del tiempo y de la luz, en los que los fondos de los lagos desaparecen y bajo ellos se abren los acantilados infinitos hasta los infiernos más negros.

—¡Imposible!

—¿Vos creéis? —el indio se irguió en toda su descomunal altura y rió—. Mirad y buscad el oro, español.

Así lo hizo y don Álvaro palideció. El brillo del metal había desaparecido. ¡Ya no había oro en el fondo del lago!

—El infierno se lo ha tragado, y junto a él, también a ellos. Incautos, codiciosos e insensatos.

No se escucharon gritos, tampoco se percibió movimiento alguno en las aguas, pero bajo ellas pudo sentir que la tierra había desaparecido y que los piratas descendían sin retorno hacia un infinito delirante de gran maldad.

Don Álvaro permaneció inquieto, en la duda y

la congoja, con el puño aferrado en su espada.

—¿No vais a avisarles? —preguntó el indio sin esperar hallar respuesta—. No, claro que no, Álvaro de Leonor, ni pensáis hacerlo, ni queréis hacerlo —afirmó sonriendo.

El escriba sintió un escalofrío cuando el brujo le llamó por su nombre completo. Volvió el rostro hacia a la muchacha que permanecía a su lado, silenciosa y sombría, y ella le devolvió una mirada sin sentimiento alguno. La imagen de la pobre chica hundiéndose en los mares tras ser tirada por la borda por esos mismos criminales, que ahora eran pagados con la misma moneda, golpeó su mente. Una dura expresión se adueñó de su rostro.

—No, no voy a hacerlo.

—Ya lo sabía, Álvaro de Leonor, solo quería que te acercases a verlo. Y a verte a ti mismo.

Y diciendo esto el indio se transformó en un alarido negro e incorpóreo, y como un grito desequilibrado en la noche, batió sus alas infa-

mes y se precipitó hacia las aguas para cruzar aquel portal.

—¡Santo Dios! —exclamó el escriba dando un paso hacia atrás.

Miró a la muchacha y esta suspiró. El viento dejó de soplar.

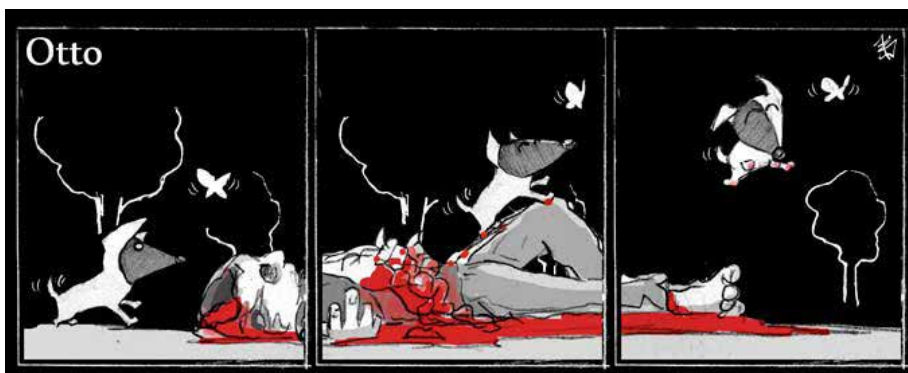
FIN



Otto

Boebaert

¿Conocéis a Otto? Es un pequeño perro, ajeno al amanecer zombi, que descubre que su amo se encuentra "un poco raro". Contamos con sus extrañas tiras cómicas con nosotros cada mes. ¡No os lo perdáis!



POEMARIO

Amantes

Son amantes apasionados,
en una relación prohibida.
Amantes desde siempre,
la muerte y la vida.

Brilla el sol del mediodía
y cobija un arco iris.
El viejo árbol da sombra
mientras una suave brisa sopla,
acariciando gentilmente
todo lo que toca.

Se oyen aves cantando
y el murmullo de un arroyo,
atravesando el paisaje
en un día caluroso.

Pareciera el retrato
de un perfecto paraíso.
El sitio soñado,
utópico.

Pero la oscuridad existe,
está en todos lados.

Bajo el árbol
una mancha.
Figura oscura,
diminuta,
inmóvil.

Los restos de un pequeño ser
que intentó volar
y no pudo evitar caer.

¡Eso no es todo!
El arroyo es carmesí,
mezclada está el agua con sangre.
Sangre de una muchacha que
flota,
que lleva horas sin vida.

Rubia,
con el cabello mojado
y la sonrisa púrpura.

Está cansada de avanzar
sin puerto de destino.
Se detiene en la orilla
con los ojos abiertos,
apagados,
envidiando el brillo del sol.

Son amantes
la crueldad y la misericordia.

Brilla el sol del mediodía
y cobija un arco iris.
El viejo árbol da sombra
al cuerpo inerte de un gorrión,
mientras una suave brisa sopla
acariciando gentilmente
sus alas rotas
y llevándose consigo
las últimas plumas.

Se oyen aves cantando
la marcha fúnebre al pequeño
y el agua del arroyo
chocando con un cadáver,
atravesando el paisaje
en un día caluroso.

Pasa un zorro salvaje
y mastica al ave,
deliciosa.
Desfigura su cuerpo,
lo destroza.

Se acerca a la rubia,
la huele, curioso.
Le muerde un brazo con ansias,
pero escupe luego los trozos,
con sabor aguado y sin sangre.
¡Que desperdicio de carne!

Se va el zorro
y de su hocico cuelga
uno de los ojos.
Un souvenir morboso,
o, quizás, un postre delicioso.

Son amantes apasionados,
en una relación prohibida.
Amantes desde siempre
la muerte y la vida.

Un poema de Nathalia Tórtora.

Si te ha gustado puedes seguir sus obras en su [web](#).



CUC DE PI



Violeta
Moreno
Triviño

Corrección profesional

Resultados profesionales



www.correccionprofesional.com

¿Quieres anunciarte en nuestra revista?

Al ser una publicación **GRATUITA**,

la **Revista Valinor**

**LLEGA A MUCHOS LECTORES
Y PASA POR MUCHAS MANOS.**

No lo dudes,
si quieres que te vean, contacta con nosotros y pregúntanos.

revista@editorialvalinor.com

WWW.UNDERCINE.COM

UNDERCINE

CINE DE TERROR. CINE FANTÁSTICO Y MUCHO MÁS



EDITORIAL VALINOR
www.editorialvalinor.com

